

UN MATRIMONIO REAL: ALFONSO XIII Y VICTORIA EUGENIA CIENTO VEINTE AÑOS DE LA BODA DE 1906



UN MATRIMONIO REAL :
ALFONSO XIII Y VICTORIA EUGENIA
CIENTO VEINTE AÑOS DE LA BODA DE 1906

UN MATRIMONIO REAL:
ALFONSO XIII Y VICTORIA EUGENIA
CIENTO VEINTE AÑOS DE LA BODA DE 1906

ÁREA EDITORIAL DE LA AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO



AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2026

Primera edición: abril de 2026

En cubierta: Visita de Alfonso XIII y Victoria Eugenia a Salamanca en octubre de 1922.

En contraportada: Azulejo sevillano, c. 1925.

- © Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado para esta edición
- © De las imágenes reproducidas en este libro: Archivo General de Palacio, Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid y los museos e instituciones que se citan.

Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons-Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional-CC BY-NC-ND 4.0



<https://cpage.mpr.gob.es>

NIPOS AEBOE: 144-26-026-X (edición en papel)
144-26-027-5 (edición en línea, PDF)

ISBN: 978-84-340-3124-1

Depósito Legal: M-10452-2026

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
PRESENTACIÓN	11
PARTE I. EL CUENTO DE HADAS	
CAPÍTULO I. UNA CUESTIÓN DE ESTADO	15
1.1 Calabazas reales	17
1.2 Una novia indeseable	19
1.3 La cuestión de la hemofilia	22
1.4 Carácter de la novia. Conversión	28
CAPÍTULO II. LOS DÍAS PREVIOS A LA BODA	31
2.1 Entrada de Victoria Eugenia en España	33
2.2 Los invitados regios	34
2.3 Actos y recepciones en el palacio de El Pardo	37
CAPÍTULO III. UNA CIERTA INQUIETUD	39
3.1 La rosa de fuego	41
3.2 Las autoridades comienzan a preocuparse	42
CAPÍTULO IV. LA CEREMONIA EN LOS JERÓNIMOS	47
4.1 El trayecto a la iglesia de Los Jerónimos	49
PARTE II. LA PESADILLA	
CAPÍTULO V. LA BOMBA ORSINI	61
5.1 El precedente francés	63
5.2 La calle Mayor de Madrid	63
5.3 Los reyes en palacio	71
5.4 El día después	73
5.5 En el hospital del Buen Suceso	74

	Págs.
CAPÍTULO VI. PRIMERAS PESQUISAS	77
6.1 En Mayor 88	79
6.2 La guarida	80
6.3 La tribuna de periodistas	82
CAPÍTULO VII. ¿QUIÉN FUE MATEO MORRAL?	85
7.1 Algunos datos biográficos	87
7.2 Se mueve por Madrid	88
7.3 ¿Héroe «romántico», personaje «literario»?	91
CAPÍTULO VIII. LA HUIDA Y LA MUERTE	95
8.1 El fin	97
8.2 En el Buen Suceso	99
8.3 Conspiración	104
8.4 El monumento	105
8.5 Algunas conclusiones sobre el atentado	108
PARTE III. CRÓNICA DE UN FRACASO MATRIMONIAL	
CAPÍTULO IX. Y COMIERON PERDICES... ..	113
9.1 Un niño malcriado	115
9.2 ¿Matrimonio de amor?	116
9.3 Entorno y ceremonial cortesano	120
CAPÍTULO X. LA LABOR SOCIAL DE LA REINA VICTORIA EUGENIA	125
10.1 Concienciación de la reina	127
10.2 La Cruz Roja y la guerra de Marruecos	129
10.3 Otras labores sociales de la reina Victoria Eugenia	132
CAPÍTULO XI. VISITAS REALES	137
PARTE IV. LA CREACIÓN DE UNA IMAGEN	
CAPÍTULO XII. EL REY DE LOS FOTÓGRAFOS	147
12.1 Los antecedentes	149
12.2 Franzen	150
PARTE V. JUICIOS LITERARIOS	
CAPÍTULO XIII. BAROJA Y UNAMUNO	175
13.1 Tertulias domésticas	177
13.2 En la península de la Magdalena	191

Índice general

	<u>Págs.</u>
EPÍLOGO (1934-1944). MUERTE Y RESURRECCIÓN	193
ANEXO I. LOS HIJOS DE LOS REYES	199
ANEXO II. LAS JOYAS DE LA REINA	205
BIBLIOGRAFÍA	213

PRESENTACIÓN

En este libro se pretende hacer un acercamiento, desde diferentes facetas, al matrimonio entre Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, del que se cumplen ciento veinte años en 2026. Acontecimiento que no se puede circunscribir a la esfera íntima, ya que los actos de la familia real española siempre han tenido (y tienen) una trascendencia que afecta al devenir de la vida nacional: estos personajes no tienen derecho a una vida privada como el común de los mortales, pues no son corrientes ni comunes.

La obra analiza en su primera parte las circunstancias que rodearon la celebración de un matrimonio de Estado, divulgado ante la opinión pública como matrimonio por amor, en una hábil operación de propaganda monárquica; los antecedentes familiares; los obstáculos iniciales a la boda; la polémica sobre la enfermedad de la hemofilia y el ceremonial y boato que la rodeó.

En la segunda parte pasamos a examinar el atentado de Mateo Morral; las pesquisas policiales; los posibles sospechosos y las circunstancias que rodearon la muerte del anarquista. Un examen de las causas que lo facilitaron por errores gubernamentales hoy provoca estupor, sin que haya cesado la polémica sobre el supuesto suicidio de Morral.

En la parte tercera nuestro libro se adentra en la intimidad de la pareja; su fracaso matrimonial motivado en gran parte por la aparición de la hemofilia en el seno de la familia real y por el creciente rencor de Alfonso XIII hacia la reina Victoria; el entorno cortesano y las amistades de la pareja, con malas y buenas influencias.

También haremos mención de las tareas de representación de la pareja real, con sus principales viajes al extranjero y, en España, con un recuerdo especial a la visita de 1927 al protectorado marroquí.

Por último, la parte tercera también se centra en la labor asistencial de la reina Victoria Eugenia, dominada por dos factores: su vinculación con la Cruz Roja y su implicación en la atención hospitalaria en la guerra de África a raíz del desastre de Annual.

La parte cuarta recuerda la figura de Christian Franzen, que a través de sus fotografías fue decisivo a la hora de divulgar una imagen amable de la familia real.

En la parte quinta, dos de nuestros más brillantes escritores, Baroja y Unamuno, escriben y opinan sin tapujos sobre la real pareja después de 1931.

Finalmente, en el epílogo la propia reina Victoria, a través de sus cartas, rememora hechos trágicos vividos por la familia real en el exilio, así como la muerte de Alfonso XIII en 1941.

Área Editorial Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

PARTE I
EL CUENTO DE HADAS

CAPÍTULO I

UNA CUESTIÓN DE ESTADO

1.1 CALABAZAS REALES

Aunque el matrimonio de Alfonso XIII se encuentra impregnado de un perfume de romanticismo, en sus orígenes era una cuestión de estado de gran urgencia. En 1901, la princesa de Asturias María de las Mercedes contrajo matrimonio con el príncipe Carlos de Borbón Dos Sicilias, enlace polémico por la implicación con el carlismo en su juventud del padre del novio, el conde de Caserta. De este matrimonio nacieron dos infantes, Alfonso e Isabel Alfonsa; el nacimiento de ésta última le costó la vida a la madre en 1904. Por tanto, el heredero de Alfonso XIII en 1905 era su sobrino, de apenas año y medio de edad, lo que en caso de fallecimiento prematuro del rey crearía una situación política delicada. El rey debía casarse y tener descendencia directa, aunque el temor constante por su vida, sobre todo después del atentado que sufrió en París ese mismo año, colocaba a la dinastía Borbón en una difícil coyuntura.

La gran influencia de la reina María Cristina sobre el ánimo de su hijo permitía suponer que se impondría su candidata, una sobrina de María Cristina, María Ana o María Gabriela, hijas de su hermano el archiduque Federico. No obstante, la delicada situación política y bélica en Europa aconsejaba valorar otras opciones, para no vincular excesivamente la política exterior española con los intereses de los imperios centrales. Ello impulsó la visita a Londres de Alfonso XIII en busca de esposa en la primavera de 1905. Alfonso había acudido a visitar al rey Eduardo VII con una propuesta de matrimonio para su sobrina la princesa Patricia de Connaught, nieta de la reina Victoria e hija del príncipe Arturo y de la princesa Luisa-Margarita de Prusia, pero la joven, no se dejó

regalar los oídos porque estaba enamorada de un aristócrata británico, Alexander Ramsey, con quien acabaría casándose y porque, según se cuenta, dijo que no quería «ser reina, que es ser esclava de todos». De hecho, con las ideas tan claras, Patricia también rechazaría en 1908 una propuesta del rey Manuel II de Portugal. Esta visita, organizada por el embajador en Londres Villaurrutia, parecía terminar con una situación muy desairada para el rey.

El fracaso revitalizó la opción de los imperios centrales, con la candidatura de la princesa María Antonieta de Mecklemburgo, prima de la princesa heredera de Alemania Cecilia, pero los escasos atractivos físicos de la posible novia no atraieron al rey, el cual había conocido a Victoria Eugenia, nacida en 1887 y conocida por uno de sus cuatro nombres, Ena (Victoria Eugenia Julia Ena), en el transcurso del baile celebrado en la primavera de 1905 en el palacio de Buckingham. La visita a Gran Bretaña fue cubierta por el ABC con un joven periodista llamado José Martínez Ruiz, Azorín.

Alfonso XIII cortejó a Ena en el otoño-invierno de 1905, mediante el envío de tarjetas postales que la princesa coleccionaba, cada vez más atraído por su belleza. No fue el suyo un enamoramiento muy espiritual, y tal vez el rechazo de Patricia de Connaught había herido su orgullo masculino y le estaba impulsando a buscar con demasiada rapidez una candidata de repuesto. Para Victoria Eugenia, aquel joven rey, nada apuesto pero hablador y extrovertido, representaba el carácter meridional, tan distinto al de las personas que había frecuentado toda su vida; por otro lado, su vanidad debió de sentirse halagada ante la perspectiva de convertirse en reina, como sus primas María en Rumanía, Maud en Noruega, Alicia en Rusia y Sofía en Grecia. La España de la época presentaba retos y dificultades inimaginables para una joven que apenas había salido de un entorno predecible, seguro y confortable, justo lo que no iba a ser su patria de adopción. Entre las misivas de los meses previos a la boda, se conserva en el Archivo de Palacio una de su tío, Eduardo VII, escrita tres meses antes de la boda real:

«Confío en que lo hayas pensado seriamente y nunca te arrepientas de esta decisión.»

Si fuera cierto que la emperatriz Eugenia, madrina de la futura reina, usó de sus influencias en las cortes británica y española para impulsar su candidatura, sorprende que la emperatriz, dada su experiencia de la política y del gran mundo, no tuviera en cuenta los retos que la joven iba a tener que afrontar en solitario.

1.2 UNA NOVIA INDESEABLE

Para la reina María Cristina y para los miembros conservadores de la corte española, la elección del rey era motivo de disgusto. En las jerarquizadas cortes europeas, Victoria Eugenia era una princesa de menor rango. En cuanto hija de la hija pequeña de la reina Victoria, la princesa Beatriz (1857-1944), ocupaba el último escalafón, junto con sus hermanos, en la corte británica. Por otro lado, el rango de una princesa en esta corte venía condicionado por el rango del padre. Henry de Battenberg, padre de nuestra novia, era hijo de un matrimonio morganático entre Alejandro de Hesse-Darmstadt y la aristócrata polaca Julia Hauke, lo que le había impedido a él y a los tíos* de Victoria Eugenia utilizar el apellido que les correspondía. Beatriz, cuyo destino era ser compañera y secretaria de su madre a perpetuidad, pudo gracias a su testarudez contraer matrimonio, con una condición impuesta por la reina Victoria: Henry y Beatriz no abandonarían suelo británico y siempre la acompañarían. El padre de Victoria Eugenia no tenía rango ni en la corte ni en el ejército de su suegra, lo que terminaría por provocarle frustración y hastío. Su deseo de enrolarse en el ejército británico en la guerra contra el imperio Ashanti en África Occidental, le conduciría a morir de malaria en aquella campaña el 20 de enero de 1896, dejando a su esposa e hijos dependiendo de la generosidad de la reina Victoria. A la muerte de la reina en enero de 1901, la situación económica de Beatriz empeoró, teniendo ella y sus hijos que abandonar el castillo de Osborne en la isla de Whigt e instalarse en una casa del entorno,

* María Carolina; Alejandro, príncipe de Bulgaria por corto espacio de tiempo; Francisco José, casado con Ana de Montenegro, hermana de la reina Elena de Italia y Luis, casado con Victoria de Hesse, nieta de la reina Victoria y padres del futuro Lord Mountbatten, de Luisa, futura reina de Suecia y de Alicia de Battenberg, madre de Felipe, duque de Edimburgo.

Osborne Cottage. Beatriz sería nombrada gobernadora de la isla por su hermano Eduardo VII en 1905, y comenzó con la tarea que absorbería el resto de su vida: la transcripción de los diarios de su madre, seleccionando lo que, a su juicio, debía ser conservado y destruyendo los originales.



Victoria Eugenia con su madrina en los jardines del palacio de las Dueñas en Sevilla. Esta fotografía fue tomada por Alfonso en 1920, dos meses antes de morir la exemperatriz de los franceses a los noventa y cuatro años

Victoria Eugenia era pues una princesa que sólo tenía el tratamiento de Alteza (no Alteza Real) y que en caso de matrimonio tendría que mendigar su dote de su tío Eduardo VII. Su religión anglicana obligaba a plantear la cuestión de su conversión: la familia

real española podía transigir con una princesa conversa de mayor rango como Patricia de Connaught, pero no con una de rango menor. En otras cortes europeas, la cuestión de la diferencia de religiones también había planteado dificultades, pero en el caso de Victoria Eugenia era la primera vez que se producía la conversión de una princesa británica a la fe católica, lo que provocaba sarpullidos en la fina epidermis de la opinión pública inglesa. Las conversiones anteriores de primas de Victoria Eugenia—María de Rumania y Alejandra de Rusia— se habían producido a la fe ortodoxa griega, que era más soportable para el pueblo británico que la católica romana.



Victoria Eugenia y su abuela la reina Victoria de luto por la muerte del padre de la pequeña Ena en 1896

Fue la habilidad del rey Eduardo VII la que auspició el desenlace. En el plano político-religioso, el rey supo vencer las reticencias tanto del arzobispo de Canterbury, Randall Davidson —que trasladaba la preocupación de un sector importante de su clero— como de buena parte del *establishment*, que interpretaba una conversión de la princesa como una claudicación ante una potencia, España, muy inferior. El conflicto se resolvió gracias a la buena disposición de la interesada, que no consideró un impedimento abrazar una nueva fe, y también a la de la princesa Beatriz que era el miembro de la familia real británica menos hostil al catolicismo, tal vez por su pertenencia a la High Church, en la que la liturgia era cercana a la tradición católico-romana. La elección de la persona que iba a dirigir el proceso fue un acierto: monseñor Richard Brindle, obispo católico de Nottingham, antiguo capellán castrense, que congenió con la princesa desde el primer momento.

1.3 LA CUESTIÓN DE LA HEMOFILIA

La reina María Cristina se había informado sobre la existencia en el seno de la familia de Victoria Eugenia de la existencia de una misteriosa enfermedad que hoy conocemos como hemofilia. Fue la infanta Eulalia, tía de Alfonso XIII, la que, gracias a su afición por viajar por las cortes europeas para escapar del escándalo de su separación matrimonial, y también a su carácter entrometido y amigo de chismes cortesanos, obtuvo algo de información sobre la cuestión, aunque inexacta.

Se creía, erróneamente, que la enfermedad se había originado en la familia gran ducal de Hesse, a la que pertenecían Henry de Battenberg y la zarina Alejandra. Se ignoraba o se fingía ignorar que la transmisora era la reina Victoria. Es posible que el desarrollo del gen de la hemofilia B de Victoria fuera una mutación espontánea, que ocurre en un 30% de los casos, o bien que le fuera transmitida por su madre la duquesa de Kent, un misterio que seguirá sin ser resuelto. Como la reina Victoria era portadora, cualquier hijo varón que tuviera tendría un 50% de probabilidades de desarrollar hemofilia B y cualquiera de las hijas tendría las mismas probabilidades de ser transmisoras del gen

defectuoso. De sus cuatro hijos varones, solo el príncipe Leopoldo heredó el gen y desarrolló hemofilia B. De sus cinco hijas, las princezas Alicia y Beatriz heredaron el gen y se convirtieron en transmisoras. Leopoldo murió en 1884, a los 30 años, justo un año después del nacimiento de su hija, Alicia de Albany. El príncipe murió en Cannes después de haber sufrido un golpe en la cabeza que le causó una hemorragia cerebral, un golpe del que podría haber sobrevivido de no ser por el sangrado y la falta de coagulación, causada por la hemofilia B. Su hija Alicia era transmisora de la enfermedad, como sucede con las hijas de varones que la padecen. De sus tres hijos, tan solo el más joven de ellos heredó el gen defectuoso, el príncipe Rupert: murió en un accidente de coche a los 20 años.

De los cuatro hijos que tuvieron Beatriz y Henry, dos de los varones, Mauricio y Leopoldo, padecieron el gen de la hemofilia B, y Victoria Eugenia era transmisora. Leopoldo de Battenberg murió tras una operación cuando tenía 32 años. Mauricio murió combatiendo en Ypres en la Primera Guerra Mundial, a consecuencia de una herida de escasa importancia. Por el contrario, el mayor de los varones, Alejandro, conocido como Drino, era un joven sano y atlético.

En cuanto a la otra hija de la reina Victoria, la princesa Alicia contrajo matrimonio con el gran duque de Hesse Luis IV. Respecto a la hemofilia B, al menos tres de los hijos que Alicia y Luis tuvieron heredaron el gen: Federico como enfermo e Irene y Alix como transmisoras. Federico murió antes de su tercer cumpleaños tras caerse por una ventana por una hemorragia que, en condiciones normales hubiera respetado su vida. Tras el matrimonio de Irene con su primo Enrique de Prusia, dos de sus tres hijos varones heredaron la enfermedad, Valdemar y Enrique. Mientras que Valdemar sobrevivió hasta los 56 años, el pequeño Enrique murió a los 4 años, por una caída, muerte que también podría haber sido evitada de no ser por la hemofilia B. No obstante, la historia de la princesa Alix es la que tiene una importancia histórica mayor. En 1894 se casó con Nicolás II de Rusia. Alix se convirtió a la fe ortodoxa con el nombre de Alejandra Fiodorovna. En 1904 nació un varón, Alexei, con hemofilia B grave.



En esta imagen, una Victoria Eugenia preadolescente de doce años posa en 1899 junto a su abuela la reina Victoria, su prima Victoria Melita (más tarde gran duquesa Victoria Feodorovna) y la hija de ésta, Isabel.



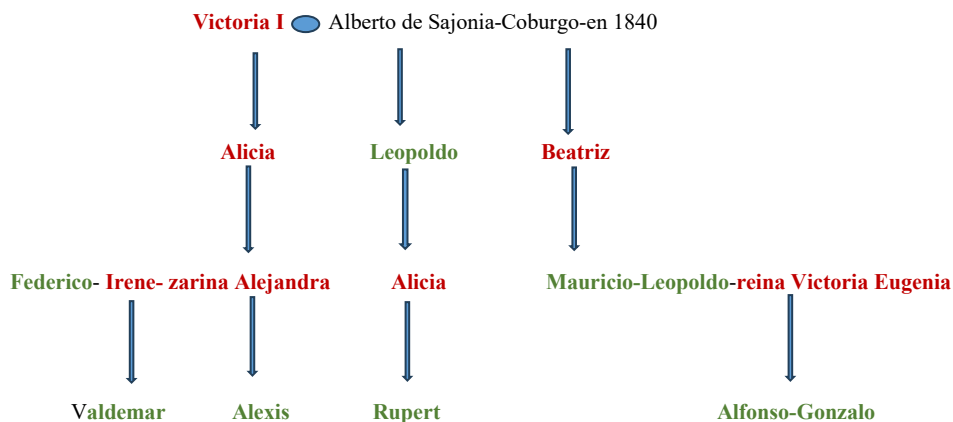
La princesa Beatriz con sus hijos: de izq. a dcha., Leopoldo, Victoria Eugenia, Mauricio y Alejandro

Nuestro primer secretario de embajada en Londres, Rodrigo Saavedra, II marqués de Villalobar, uno de los mejores diplomáticos españoles de la época, protegido de la emperatriz Eugenia, fue el encargado por ésta de patrocinar en el diario ABC la candidatura de Victoria Eugenia. Villalobar, nieto del dramaturgo Ángel Saavedra, duque de Rivas, intentó tranquilizar a la reina madre, desechando como alarmistas los informes de la infanta Eulalia, describiendo la enfermedad como «un defecto o insuficiencia de pigmentación en la piel, propia de los albinos», e insistiendo en la excelente salud de

la novia. La infanta Eulalia luchó por defender la candidatura de su sobrina, Luisa de Orleans, como futura reina de España, sin éxito (Luisa sería la madre de la condesa de Barcelona) e hizo cuanto pudo por desacreditar a los Battenberg.

Alfonso XIII fue informado por su madre de todas estas circunstancias, aunque años después el rey pretendería que su suegra la princesa Beatriz le engañó y le ocultó la verdad.

En España los primeros estudios rigurosos de la enfermedad se deben en 1922 al eminente doctor Pitaluga, médico de los dos hijos enfermos de los reyes, Alfonso y Gonzalo. Sin embargo, la hemofilia no estuvo formalmente tipificada hasta 1928, cuando el médico sueco Friedrich Hopff la describió y le puso nombre. Hasta entonces, se ignoraba todo o casi todo de una enfermedad que no tenía nombre, ya que los datos que hemos expuesto son el resultado de una investigación histórica completada a principios del siglo XXI. Alfonso XIII sí conocía el delicado estado de salud de sus futuros cuñados, Mauricio y Leopoldo, pero no fue engañado por nadie ya que nadie tenía una información médica completa y exacta. La reina María Cristina intuía, pero tampoco sabía a ciencia cierta cuál era el panorama médico de los descendientes de la reina Victoria.



En rojo mujeres transmisoras

En verde varones enfermos

1.4 CARÁCTER DE LA NOVIA. CONVERSIÓN

Podemos decir que Victoria Eugenia recibió una educación «victoriana» que, como valores positivos, le inculcó el sentido de la disciplina, el cumplimiento del deber, la implicación en causas benéficas, la fidelidad a los amigos y el autocontrol. El aislamiento de su familia, dedicada en cuerpo y alma al servicio de la reina Victoria, explicaría su seriedad, no exenta de cierto sentido del humor, y algo de introspección en su carácter. Su educación formal fue tal vez superficial: la que una señorita de la época recibiría para brillar en los salones (música, arte, nociones de geografía e historia inglesa). Políglota, aparte de su lengua natal, dominaba el francés y el alemán. Lo que caracterizaría a la futura reina sería su gusto por la lectura, que le acompañaría toda su vida. Sergio Vila-San Juan en *La Vanguardia* de 3 de enero de 2026 analiza el contenido de los 900 volúmenes que se conservan de su biblioteca en Patrimonio Nacional: apuntan a autores británicos de distinta índole como Dickens y el poeta Tennyson, Jane Austen, Bulwer-Lytton —el autor de *Los últimos días de Pompeya*—, Kipling, Chesterton o Conan Doyle; bastante novela popular, entre ellas las obras «casi eróticas» —se-

gún la mentalidad de principios del siglo pasado— de Elinor Sutherland. También el *Rubaiyat* de Omar Khayyam. Son las lecturas propias de una británica de su tiempo de cultura media. Victoria Eugenia cultivó en cierta medida, pero comparativamente bastante poco, la literatura española: Cervantes, el padre Coloma, Alarcón, Fernán Caballero, el antimonárquico Blasco Ibáñez (republicano y masón y el mayor fabricante de best sellers de la época, como *Sangre y Arena*, *Entre naranjos* o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*), Concha Espina y Galdós, entre otros.

Nunca se la consideró una mujer particularmente religiosa, no al menos en el estilo de su futura suegra, y su autodominio daría en España la sensación, falsa, de que era fría y vanidosa.

La petición de mano se formalizó el 25 de enero de 1906 en Villa Mouriscot, residencia de Federica de Hannover (amiga y prima lejana de la princesa Beatriz) en Biarritz.

La boda se celebraría una vez que Victoria Eugenia hubiera cumplido con los requisitos para que se pudiera celebrar el enlace: ser nombrada por Eduardo VII «alteza real», ya que para casarse con el rey tenía que responder a un tratamiento real y, por último, como vimos anteriormente, convertirse al catolicismo y bautizarse. La conversión tuvo lugar en la capilla del palacio de Miramar en San Sebastián, residencia de verano de la reina madre, en una ceremonia sombría que duró varios días, y que siempre dejaría en la nueva reina un mal recuerdo. La emperatriz Eugenia propuso que tuviera lugar en Villa Cygnos, su palacio de verano en Cap Martín en la costa azul, en un entorno que sería más flexible y amistoso para Victoria Eugenia, pero la reina Cristina impuso Miramar, al considerar que la pequeña corte de Eugenia en la costa azul estaba llena de personajes poco recomendables, siempre según su rígida manera de pensar. El 7 de marzo de 1906, en Miramar, Victoria Eugenia pronunció la fórmula de abjuración:

«Yo, Victoria Eugenia de Battenberg, teniendo delante de mis ojos los santos Evangelios, que con mi mano toco, y reconociendo que nadie puede salvarse sin la fe que la santa Iglesia, católica, apostólica y romana mantiene, cree y enseña, contra la cual yo siento grandemente haber faltado, en atención a que he sostenido y creído doctrinas contrarias a sus enseñanzas...»

A continuación, fue bautizada (como Victoria Eugenia Julia Ena María Cristina), con la reina madre de madrina, y posteriormente Brindle la absolvió de la excomunión.



Palacio de Miramar, San Sebastián

CAPÍTULO II

LOS DÍAS PREVIOS A LA BODA

En el apartado 2.1 seguimos lo expuesto por Eduardo Valero García en *Historia Urbana de Madrid*, 2016.

2.1 ENTRADA DE VICTORIA EUGENIA EN ESPAÑA

Victoria Eugenia de Battenberg junto a su madre llegó a Calais el mediodía del 24 de mayo de 1906. Desde allí comenzarían su periplo en tren hasta España. El viernes 25 la estación ferroviaria de Irún mostraba un aspecto solemne y festivo. Alfonso XIII, junto a una destacada comitiva, esperaba la llegada del tren que conducía a su novia

Un primer cañonazo desde el fuerte de Guadalete, anunciaba que el tren estaba cruzando el puente internacional cercano a Hendaya. Al poco se estacionaba en el andén francés de la estación de Irún y sonaban más cañonazos. La banda no dejó de entonar la Marcha Real durante todo el tiempo que duró el ceremonial de bienvenida. La augusta pareja accedió al salón de espera del lado español y poco después embarcaron en el tren que los llevaría a Madrid.

El convoy hizo parada en San Sebastián, donde la pareja recibió los saludos protocolarios de las autoridades y ovaciones del pueblo allí presente. Luego se puso en marcha y continuó su ruta recibiendo mismo fervor del pueblo en cada una de las principales estaciones hasta Valladolid. En Segovia el recibimiento fue apoteósico, había más de 8.000 personas, además de batallones del ejército y autoridades. A la estación de El Plantío, donde ya estaba la banda del regimiento del rey, había llegado la reina madre para recibir el tren que salió puntual de El Espinar (Segovia). Poco después entraba el convoy real en El Plantío y descendía la pareja, recibida con

vivas y sones de la banda. El rey y la princesa pasaron revista a las fuerzas allí presentes. Se echó de menos el tren llamado «del Gobierno», que lamentablemente llegó tarde cuando debía haber llegado antes que el del rey. En él iban viajaban los ministros de Hacienda, Instrucción pública, Estado y el Subsecretario de Gobernación.

Desde El Plantío salió una extensa columna de coches, carruajes y jinetes rumbo a El Pardo. Una gran cantidad de gente se había acercado para conocer a la que sería nueva reina de España. El palacio de El Pardo sería la residencia de la novia hasta el enlace: la comitiva llegó a palacio a las siete y cuarto de la tarde.

En la mañana del día 27 de mayo la real pareja viajó de incógnito a Madrid, entrando en el palacio real a través de los jardines del Campo del Moro.

El 28 por la mañana la pareja recibió a una comisión de la Diputación provincial de Madrid. También llegó una comisión catalana que traía un rico y espléndido presente a la princesa, una diadema de brillantes valorada en 24.000 duros. Además, le hicieron entrega de un álbum que contenía acuarelas de prestigiosos artistas de Barcelona, valorado en 10.000 duros.

2.2 LOS INVITADOS REGIOS

Gran quebradero de cabeza para la Casa Real española fue el de encontrar acomodo en Madrid para los regios invitados a la boda. Algunos de ellos, no todos, pudieron alojarse en sus respectivas embajadas, aun así, hubo que acudir a la generosidad de la nobleza madrileña, que tuvo que abrir sus palacios a estos huéspedes de pedigrí. La duquesa de Medinaceli alojó en el desaparecido palacio de Uceda en la plaza de Colón al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro. Otros palacios que se pusieron a disposición de los invitados fueron el de la calle Quintana, propiedad de la infanta Isabel y en la actualidad del Ejército del Aire; el de Cervellón en la calle Santa Isabel, propiedad de los duques de Fernán Núñez, sede de la Fundación de los Ferrocarriles Españoles y el desaparecido palacio de Portugalete, propiedad de

los duques de Bailén, en la calle de Alcalá con vuelta a la calle Alfonso XI. Conviene recordar que Madrid era entonces una ciudad de modestas casas de huéspedes, careciendo de establecimientos hoteleros homologables a los lujosos de las capitales europeas (el hotel Palace abriría sus puertas en 1912). El único hotel digno de tal nombre era el hotel París, en la calle Alcalá esquina a Sol, con siete habitaciones.

El día 29 llegaban a las estaciones del Norte y Mediodía (actual Atocha) los príncipes extranjeros invitados a la boda:

- Los príncipes de Gales. El príncipe, futuro Jorge V en 1911, era primo hermano de la novia.

- Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro, que sería asesinado en 1914 en Sarajevo.

- Archiduque Federico Fernando de Austria, tío de Alfonso XIII, hermano de la reina María Cristina. En 1914 ostentó el cargo de general en jefe de las fuerzas armadas del imperio austrohúngaro.

- Príncipe Luis Felipe, heredero del trono de Portugal, que sería asesinado en 1908 junto a su padre el rey Carlos I en el atentado de la calle del Arsenal en Lisboa.

- Príncipe Eugenio Napoleón de Suecia.

- Príncipe Alberto de Bélgica, futuro rey Alberto I de los belgas, heredero de su tío Leopoldo II.

- Gran Duque Vladimiro de Rusia, tío de Nicolás II.

- Duques de Génova, de Italia. La duquesa, María Isabel de Baviera, era prima hermana de Alfonso XII.

- Príncipe Alberto de Prusia y su hijo el Príncipe Federico Enrique.

- Luis, príncipe heredero de Mónaco.

- Gran duquesa María de Sajonia Coburgo-Gotha y su hija la Princesa Beatriz. La gran duquesa era tía de la novia y Beatriz, *Bee*, su prima hermana y su mejor amiga. En la boda *Bee* conocería a Alfonso de Orleans (Ali), primo del rey e hijo de la infanta Eulalia. El matrimonio de *Bee* y Alfonso suscitaría un pequeño escándalo, ya que el novio, supuestamente, no pidió la venia al rey (aunque contaba con una autorización verbal) y la novia no se convirtió al catolicismo.

Esta pareja, que ostentaría el título de duques de Galliera, acabaría por instalarse en España después de sufrir dos destierros ordenados por el rey; sus relaciones con Alfonso XIII fueron difíciles, ya que el rey sentía envidia del prestigio militar de su primo (conocido como el infante-aviador), y se dijo que acosó sexualmente a *Bee*.

- Princesa Federica de Hannover, amiga cercana de la princesa Beatriz, en cuya Villa Mouriscot, como vimos, se formalizó el compromiso matrimonial.

- Príncipe Alejandro Augusto de Teck, hermano de la princesa de Gales y su esposa Alicia de Albay, prima de la novia, hija del príncipe Leopoldo del Reino Unido.

- Príncipe Luis Fernando de Baviera y su hija Pilar. El príncipe Luis Fernando era el esposo de la infanta Paz, tía del rey.

- Príncipe Alfonso de Baviera, primo hermano de Alfonso XII, y su esposa Luisa de Orleans.

- Príncipe Andrés, de Grecia, hijo del rey Jorge I de los Helenos, casado con Alicia de Battemberg, prima de la novia (hija de Luis de Battenberg). Serían los padres de Felipe de Edimburgo, esposo de Isabel II de Inglaterra.

- Príncipes Raniero, Jenaro y Felipe de Borbón-Dos Sicilias, hermanos del infante don Carlos.

- Príncipes Alejandro, Leopoldo y Mauricio de Battenberg, hermanos de la novia, que lucieron los famosos *kilt* escoceses de los higlanders para asombro de los madrileños.

- Princesa María Carolina de Battenberg, condesa de Erbach, tía de la novia, y su hija la princesa María Isabel.

A todo lo anterior había que sumar las misiones de Francia, Países Bajos, Dinamarca, Noruega y Rumanía, embajadas del sultán de Marruecos, del imperio otomano y del rey de Siam, así como delegaciones de las repúblicas hispanoamericanas. Incluso se desplazó a Madrid el maharajah de Kapurtala, que se enamoró de la bailarina española Anita Delgado, con quien se casaría.

Resulta extraño que entre los miembros de la realeza no figurara la emperatriz Eugenia, madrina de la novia y gran hacedora de su matrimonio; tal vez la edad de la exsoberana, de ochenta años, des-

aconsejó su traslado a Madrid, aunque llevaba una vida muy activa para su edad y había estado presente en 1902 en la coronación de Eduardo VII. Cabe pensar que fue un caso de ingratitud que no sería achacable a Victoria Eugenia sino, más bien, a la reina madre, tal vez molesta por la, a su juicio, entrometida actuación de la anciana exemperatriz.

2.3 ACTOS Y RECEPCIONES EN EL PALACIO DE EL PARDO

Eduardo Valero García en *Historia Urbana de Madrid*, 2016 nos cuenta que el día 28, a las nueve y media de la mañana, en el Paseo de la Castellana, formaron los 178 coches inscriptos en una caravana automovilística Madrid –El Pardo, organizada por el Real Automóvil Club.

El curioso espectáculo llamó la atención del público congregado por el lujo de los automóviles y el colorido de sus insignias. Se formaron grupos de 10 a 20 coches, con un director a la cabeza de cada grupo, con una separación de 10 metros entre unos y otros. Pasadas las diez de la mañana se puso en marcha la caravana siguiendo este recorrido: La Castellana, Recoletos, Plaza de Castelar (Cibeles), calle de Alcalá, Puerta del Sol (por el costado de Gobernación), calle Mayor y calle Bailén, deteniéndose en la Puerta del Príncipe para que se unieran los coches del rey y altezas reales. Continuaron la marcha por la plaza de San Marcial, Cuesta de San Vicente y carretera hasta El Pardo.

Una vez en el palacio los automóviles quedaron formados en grupos de cinco por fila, recibiendo los saludos de la princesa Victoria Eugenia.

Más cortesano fue el espectáculo teatral. En la noche del día 29 se verificó en el pequeño teatro del palacio de El Pardo una función dramática en honor de la princesa Victoria y de los príncipes extranjeros. El salón del teatro y decorado del escenario fueron retratados por el eminente fotógrafo Franzen y las imágenes se publicaron en *El Progreso*. La organización de la fiesta estuvo a cargo de la ilustre actriz María Tubau y su esposo el autor dramático Ceferino Palencia, poniéndose en escena la comedia de Miguel

Echegaray titulada *Echar la llave*, y el sainete de costumbres españolas *Comediantes y toreros* o *La Vicaria*, original del mismo Palencia. No sabemos si este espectáculo fue del agrado de Victoria Eugenia ni si pudo entender algo de la acción. Sin embargo, a los seis meses de su llegada, ya era capaz de entender una conversación en español, y pudo hablarlo al año y medio, y todo ello de manera autodidacta pues no tuvo profesores asignados.



Salón del Teatro de El Pardo. Fotografía de Franzen. © Archivo HUM. © 2016 Eduardo Valero García-HUM 016-001 Bodareal. © 2016 Historia Urbana de Madrid ISSN 2444-1325

CAPÍTULO III
UNA CIERTA INQUIETUD

3.1 LA ROSA DE FUEGO

Desde 1893, Barcelona, conocida como la «Rosa de Fuego», vivía sumida en una agitación constante por la acción del anarquismo. Las repercusiones nacionales de los atentados anarquistas habían sido de extrema gravedad. Así, en el otoño de 1893, el atentado contra el general Martínez Campos provocó la consiguiente acción represora contra los elementos terroristas, lo que llevó a la venganza de éstos dentro de la dinámica acción-represión acción: la respuesta fue el atentado perpetrado por Santiago Salvador en el Gran Teatro del Liceo ese mismo año, al arrojar una bomba en el patio de butacas durante una representación de Guillermo Tell de Rossini.

El pánico se adueñó de las fuerzas del orden, incapaces de realizar una operación de desarticulación de los elementos anarquistas de la ciudad, los cuales actuaron de nuevo en 1896 al arrojar una bomba en la calle Canvis Nou al paso de la procesión del Corpus. Ello desencadenó los llamados procesos de Montjuic: casi 400 personas fueron encarceladas en la citada fortaleza, aunque las pruebas fueran débiles e inconsistentes en muchos casos y probablemente torturadas para arrancar confesiones. El número de condenas a muerte y deportaciones a Río de Oro fue relativamente pequeño, pero esta acción represora a gran escala, además de ineficaz, desencadenó en el resto de Europa manifestaciones de protesta y pronunciamientos contra el gobierno español de los principales intelectuales y rotativos de Europa. La respuesta a los procesos no tardaría en llegar con el asesinato de Cánovas en el balneario de Santa Águeda, en Guipúzcoa, en agosto de 1897 a manos del anarquista Angiolillo.

A lo anteriormente expuesto, se une el hecho de que las ramificaciones internacionales de los grupos anarquistas les permitían

actuar con agilidad en toda Europa. Así, en 1898 la emperatriz de Austria Isabel fue asesinada en Ginebra por Luigi Lucheni; en 1900 el rey de Italia Humberto I fue asesinado en Monza, como venganza por la represión de las manifestaciones obreras de Milán de 1898 y en 1905 el gran duque Sergio, tío de Nicolás II y gobernador general de Moscú, fue despedazado en un salvaje atentado en el contexto de la revolución rusa de aquel año. El propio Alfonso XIII sufrió un grave atentado en 1905 en su vista oficial a París, al que se le quiso quitar desde Madrid importancia. Para agravar aún más la situación de los gobiernos europeos, no existía una adecuada coordinación de las policías nacionales en cuanto a la distribución e intercambio de los datos –fotografías, huellas dactilares– de individuos fichados por sus antecedentes, y los controles fronterizos carecían de dossiers que pudieran ayudar a detectar los movimientos de elementos terroristas.

3.2 LAS AUTORIDADES COMIENZAN A PREOCUPARSE

El Ayuntamiento de Madrid, ante la avalancha de visitantes que iba a provocar la boda real publicó un extenso Bando, del que ofrecemos fragmentos facilitados por *Historia Urbana de Madrid* (obra citada):

«En los kioscos del servicio de Policía urbana, establecidos en la Puerta del Sol, estación del Norte y servicio de carruajes de la del Mediodía, encontrará el público todos cuantos auxilios necesite referentes a hospedaje, precios de carruajes, extravío de niños y de objetos, etc.

Los coches de todas clases, automóviles y máquinas deberán observar en su circulación lo dispuesto por el art. 78 de las Ordenanzas municipales, no entorpeciendo el libre paso y circulación de los demás, debiendo ir siempre por la izquierda de la línea que sigan, la que tomarán forzosamente cuando se encuentren otro que vaya en dirección opuesta.

Todos los coches deberán llevar en sitio visible la tarifa de precios.»

«En las calles que debe recorrer la comitiva Regia el día 31, se suspenderá la circulación de tranvías desde las nueve de la mañana hasta que aquélla haya pasado. Los coches de los invitados a la ceremonia de los desposorios en la iglesia de los Jerónimos, palati-

nos y del Cuerpo diplomático, provistos de pases expedidos por la alcaldía, deberán seguir el siguiente itinerario:

Por los bulevares al paseo de coches del Retiro, hasta la Casa de Fieras, calle de Venezuela, Plaza de Honduras, Paseo del Perú, paseo alto del Parterre, para cruzar la Chopera y salir por la puerta de Murillo a la calle de Alfonso XII, Espalter y Moret, a apeaar en la iglesia de San Jerónimo por la puerta de la sacristía, y esperar con los coches en las calles de Alberto Bosch y Casado del Alisal. El regreso al Real Palacio se hará por el mismo itinerario. Las personas que vayan al Congreso de los Diputados dejarán los carruajes en las calles del Prado y San Agustín.»

«En la mañana del día 31, y hasta que se presente a la vista la sección de la Guardia civil montada que ha de abrir el paso de la Regia comitiva, los carruajes pueden atravesar y cortar la carrera que ha de seguir la comitiva oficial en todo el trayecto, por las siguientes calles: Postigo de San Martín a Bordadores y Siete de Julio; Peligros a Sevilla y Príncipe; Barquillo á Marqués de Cubas y San Agustín; Cibeles a Prado, Plaza de Cánovas y Paseo de Trajineros.

El tránsito de personas durante el mismo tiempo se permitirá, pero sólo precisamente a la altura de las vías transversales, y al único efecto de pasar de una a otra calle.

En la mañana del día 31, y durante todos los festejos que exijan la suspensión del servicio de tranvías, las Compañías cortarán la corriente de fluido eléctrico por los cables aéreos, al objeto de evitar peligros y desgracias por el contacto, si, a pesar de todas las disposiciones adoptadas, ocurriera el desprendimiento de algún hilo telefónico, lo cual se hace presente para tranquilidad del público, o si, por cualquier contingencia, se desprendiese alguno de los conductores de fluido eléctrico.»

Estos cables, a los que se refiere el bando del alcalde, don Eduardo Vincenti, serán de enorme relevancia en el momento del atentado.

El gobernador civil, don Joaquín Ruiz Jiménez, también publicó un bando centrado en la seguridad del ciudadano y, en particular, en la de los regios invitados. Su artículo primero, casi profético a tenor de los acontecimientos posteriores, es muy significativo:

Se prohíbe en absoluto «Que se arrojen en ningún momento y desde ningún sitio ramos de flores ni objeto alguno a la vía pública durante el paso de los cortejos oficiales».

Según *El Imparcial* del 29 de mayo, a dos días de la boda:

«Madrid ha sido invadido casi por completo de millares de personas forasteras (...) La aglomeración de público en las vías centrales de Madrid era, por consecuencia, enorme. Difícil acceso en la Puerta del Sol, difícil tránsito por las calles de Alcalá, Montera, Carretas, Arenal, Mayor, etc (...) Los datos que existen en la Casa Municipal declaran que hay más de 5.000 habitaciones por ocupar. Según otros datos también recogidos en los centros oficiales, en la actualidad existen en 420 calles de esta corte alojamiento para 4.326 huéspedes. Hay 891 habitaciones, cinco hoteles y 20 pisos. El precio de estos hospedajes oscila, desde 25 céntimos diarios una cama hasta 3.000 pesetas los hoteles y algunos pisos amueblados».

Ante esta situación, el misterio de la Gobernación, presidido por el conde de Romanones, tendría que haber extremado la precaución en las casas de huéspedes próximas al paso del cortejo real, tanto en la ida del rey a la iglesia como en el regreso de la pareja real a palacio. Para ello, los dueños de aquellos establecimientos deberían haber sido inscritos en registros del gobierno civil, y haber actuado como confidentes de la policía, para denunciar cualquier movimiento sospechoso. Es probable que así se intentara hacer, pero de forma descoordinada entre Ayuntamiento, Diputación y ministerio, y con pocos efectivos policiales dada la magnitud del acontecimiento. Además, Romanones estaba obsesionado con la idea de que un posible atentado podría tener lugar en el interior de la iglesia, lo que supuso la prohibición de la presencia de periodistas en el templo y en la escalinata de acceso: para el ministro, la seguridad del trayecto de las comitivas por las calles estaba suficientemente garantizada.

La policía estaría infiltrada entre las multitudes, pero el reto de seguridad era enorme. Es cierto que la proclamación de Alfonso XIII en 1902 no suscitó ningún incidente, pero entonces no hubo ni tan elevado número de forasteros de todas partes de España ni apenas regios visitantes. En 1906 los trayectos de palacio a la iglesia eran casi idénticos a los de la jura de 1902, de palacio al Congreso, pero la multitud en las calles desbordó en 1906 todas las previsiones. Tal vez no fue acertada la elección de la iglesia de Los Jerónimos. Su

capacidad para albergar a los ilustres invitados era escasa, y su lejanía de palacio alargó los trayectos de los reyes, incrementando el riesgo. Es cierto que en las dos bodas de Alfonso XII en 1878 y 1879, el itinerario hasta la desaparecida basílica de Atocha había sido similar, ya que el templo, demolido en 1890, se encontraba en la antigua calle del Pacífico, en la esquina de la glorieta de Atocha con el actual paseo de reina Cristina de Madrid, pero entonces no existía la acción anarquista organizada en España.

Más acertado hubiera sido escoger la basílica de San Francisco el Grande, de gran amplitud y próxima a palacio; es cierto que la ostentación de la corte y de la monarquía hubiera sido menor por lo corto del trayecto —de la basílica a palacio sólo se debía cruzar el viaducto de las Vistillas, recorrer unos metros de la calle Bailén y entrar rápidamente a palacio por la plaza de la armería— pero se hubiera garantizado una mayor seguridad de los regios contrayentes y del público. Se prefirió convertir la boda en la apoteosis de la restauración borbónica y, de esta manera, asumir riesgos en la esperanza de que los acontecimientos se desarrollaran con brillantez y sin sobresaltos.



Postal conmemorativa del enlace real

CAPÍTULO IV
LA CEREMONIA EN LOS JERÓNIMOS

4.1 EL TRAYECTO A LA IGLESIA DE LOS JERÓNIMOS.

La mañana del enlace, 31 de mayo, la pareja real había desayunado después de escuchar misa a las 6:30 de la mañana en el palacio El Pardo. A las ocho menos veinte emprendieron el viaje hacia Madrid los novios junto con la familia Battenberg.

A las ocho y media llegó la princesa al ministerio de Marina. En la antecámara, una Comisión del Instituto Agrícola de San Isidro le hizo entrega de un ramo de azahar y un pañuelo de encaje. Más tarde, desde este ministerio saldría la novia rumbo a la iglesia de Los Jerónimos. Este edificio que alojaba el ministerio era el palacio de Godoy o de los secretarios de despacho, obra de Sabatini, y fue parcialmente demolido en 1932 para ensanchar la calle Bailén y mejorar su conexión con la plaza de San Marcial (actualmente de España); lo que ha sobrevivido de él tiene su acceso por la plaza de la Marina Española y alberga el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

A las 9 en punto un cañonazo anunció el arranque, desde el palacio real, de la comitiva del rey que estaba formada por 40 coches de caballos, entre los que se encontraban los carruajes de las casas reales invitadas y los de una veintena de grandes de España. Unos días antes de la ceremonia, se había convocado a los 54 grandes de España a participar en este recorrido hasta el templo, siempre y cuando contasen con carroza de gala propia. En el primer coche iban los reyes de armas, seguidos por berlinas donde iba la servidumbre de palacio. Después el coche «de París», con el duque de Sotomayor y el marqués de la Mina, y varios coches más con todos los príncipes e infantes, hasta llegar al coche de la Corona Real, en el que viajaban el rey, el príncipe Carlos

de Borbón, viudo de la princesa de Asturias y el heredero de la Corona, infante Alfonso.

En esta comitiva, detrás de la escolta real, iba el conde de Romanones en coche oficial del gobierno.

Por la puerta del príncipe salía poco después otra comitiva, la de la reina madre, que iba al ministerio de Marina a recoger a la novia. Estaba compuesta por cinco carrozas, ocupando la última la reina María Cristina. En otra viajaba el presidente del consejo de ministros, Segismundo Moret, que se incorporó con retraso a la comitiva, provocando una demora de media hora. Según explicó a la televisión francesa la reina durante una entrevista grabada en 1966: «El día de mi boda me llevaron al Ministerio de Marina, que estaba entonces justo enfrente de palacio y allí me vestí, tuve que esperar un poco ya que el primer ministro Moret llegó tarde a recogerme. Esto preocupó al rey, que sabía que había una amenaza de atentado».

Llegados al ministerio, subió la reina madre a las antecámaras y entró en el tocador donde se encontraba la princesa. A las once menos veinte de la mañana se pusieron en marcha la reina madre, la princesa Victoria y su madre. Sonaron entonces los acordes del himno inglés y la Marcha Real.

El 16 de abril de 1969, un día después de la muerte de la reina, el diario *ABC* recogía algunas de sus declaraciones referidas a su traje nupcial:

«El vestido de novia me lo regaló el rey, según la costumbre española. Era blanco, todo de encaje. Como todas las novias. Solamente que el mío era enorme, larguísimo».

El diseño fue obra de Julia de Herce, una destacada modista española, estaba bordada en plata y salpicada de azucenas. Llevaba también un manto de la reina Isabel II, abuela paterna de Alfonso XIII.

El conjunto lo coronaba la diadema de las Flores de Lis, regalo de su prometido. La tiara, también conocida como «La Buena», está confeccionada en diamantes y montada en platino. Diseñada y producida por la joyería española Ansorena, dibuja tres flores de lis, emblema heráldico de los Borbones, unidas por roleos y hojas, así

como por ondas decrecientes. El *porta-bouquet* de novia era obra del pintor y platero Lluís Masriera y en él estaban representadas las flores de lis, la rosa Tudor de los ingleses y el cardo escocés.

La princesa también llevaba prendido al pecho un broche de brillantes en forma de lazo del que colgaba la perla «Peregrina». La falsa, porque la original –en forma de pera, de origen panameño, que recibió como regalo Isabel de Portugal de Carlos V– la envió a Francia José I Bonaparte.

Alfonso XIII, que desde pequeño tenía el gusto de vestir de militar para emular al padre, a pesar de que su historial al respecto era nulo, esperó la llegada de su prometida a la entrada del templo vestido de capitán general junto a su cuñado y padrino, el infante Carlos Tancredo de Borbón-Dos Sicilias, viudo de su hermana fallecida Mercedes.

No se escatimó en gastos para la decoración del templo. El altar estaba cubierto en su base por palmeras y el ara con grupos de flores, principalmente de azahar. A Los Jerónimos se habían trasladado las lámparas de bronce de las capillas de la basílica de San Francisco el Grande, que siguen hoy en día en la iglesia de Los Jerónimos. La reina Cristina había costeadado la construcción del órgano que hoy vemos en el coro alto, de estilo romántico y debido al organero Ricardo Rodríguez.

En el exterior de los Los Jerónimos, se tuvo que construir la actual escalinata de acceso, ya que, hasta entonces, había un terraplén como único medio de llegar al templo.

En el presbiterio se había colocado un lujoso reclinatorio, con dos tronos para los reyes y al lado, un tercer trono para la reina madre. A la derecha del presbiterio tomaron asiento los cardenales Casañas, Martín Herrera y Nuncio de S. S.; a la izquierda, los arzobispos de Valencia, de Tarragona y Zaragoza y Obispos de Madrid, Lugo, Solsona, Oviedo, Jaén, Sigüenza, Coria, Segovia, Astorga y San Luis de Potosí. Cerca de estos los capellanes de honor de Palacio y clero de la parroquia.

Entre los prelados tomó asiento el obispo de Nottingham, quien había asistido a la reina en la ceremonia de su conversión. La misa fue presidida por el cardenal Sancha, arzobispo de Toledo, quién se

encargó de dirigir la misa de velaciones después de la misa nupcial, con la tradicional bendición de las arras.

En las tribunas, el lado derecho fue destinada para príncipes extranjeros, el gobierno, el cuerpo diplomático residente en Madrid, miembros del congreso, del Consejo de Estado y de los altos tribunales, así como los caballeros del Toisón de Oro. Por otra parte, el lado izquierdo acogió a embajadas extraordinarias, miembros del Senado, damas de la nueva reina y de la reina madre, Consejo Supremo de Guerra y los altos tribunales.

Como ya indicamos, la regia novia se hizo esperar por el retraso provocado por Segismundo Moret. A su llegada volvieron a sonar los acordes de la Marcha Real. Abrieron la entrada de Victoria Eugenia el duque de Sotomayor, la marquesa de la Mina y la duquesa de San Carlos. Como su futuro esposo, la princesa entró bajo palio acompañada de su madre y la reina Cristina. La princesa Beatriz vestía de raso gris, y la reina Cristina con un traje malva y collar y diadema de brillantes. La reina madre llevó a la novia de la mano hasta llegar al reclinatorio del altar mayor. El rey se arrodilló al lado de la princesa, mientras que la reina madre y el infante Carlos de Borbón ocuparon el puesto de los padrinos. Entonces comenzó la ceremonia.



La ceremonia en Los Jerónimos, por Juan Comba. Los reyes están entre los padrinos, la reina Cristina y el infante don Carlos. Se pueden observar las lámparas de bronce trasladadas desde San Francisco el Grande

Antes de pronunciar el consentimiento, Alfonso XIII pidió la venia de su madre, quien le abrazó y dio su beneplácito. Mismo abrazo recibió la novia por parte de la princesa Beatriz. Hecho esto, la pareja volvió a los reclinatorios y pronunciaron el sí a viva voz. Desde ese instante, Victoria Eugenia Julia Ena de Battenberg se convertía en reina de España.

Al final de la ceremonia se cantó un *Te Deum*: se había prolongado durante casi tres horas. En el claustro, en la actualidad restaurado para la ampliación del Prado, y ante una mesa cubierta de terciopelo rojo, se procedió a la inscripción del matrimonio en el Registro civil, y en la sacristía, adornada con tapices se sirvió un refresco a los príncipes invitados.

Finalizada la ceremonia, Alfonso y Victoria, y todo el acompañamiento, salieron de Los Jerónimos en la misma forma que habían entrado, recibiendo estruendosas aclamaciones en el atrio; las mismas que recibirían durante todo el trayecto por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor. A la una y cuarto empezó en la Puerta del Sol un grandioso desfile de caballos y carrozas, con intensas ovaciones al paso de cada una de ellas: la berlina de gala con los Príncipes de Gales, el coche caoba en el que viajaba la reina Cristina, la princesa Beatriz y el infante don Carlos, el coche de respeto y finalmente el coche de la Corona Real, de tiempos de Fernando VII, con los recién casados.

Esta boda fue la primera en España en la que se sirvió tarta nupcial. Una tradición inglesa que incorporó la reina Victoria Eugenia. En este caso la Wedding Cake la trajeron desde Londres, pesaba 300 kilos y estaba elaborada con una mezcla de crema glase, pasta de bizcocho y perfumes culinarios. La formaban seis costados separados por columnas corintias y estaba adornada con viñedos españoles elaborados con azúcar. «En el centro del pastel aparecen el escudo, el monograma y la corona real y dominándolo todo un grupo de amorcillos que sostenían en sus brazos canastillas, de donde caen, por toda la altura del pastel hasta la base guirnalda de mirto y rosas», según lo descrito en un telegrama por corresponsal del diario *ABC* en Inglaterra.

El mismo periódico dejó escrito que los reyes fueron felicitados en su paseo por las calles de Madrid por unos 400.000 cu-

riosos: «la capital de España se veía invadida, en tanto, por una verdadera multitud procedente de los más apartados rincones de la península que, llenando hoteles y fondas, establecimientos públicos, pensiones y casas particulares, pugnaba, ansiosa, por disponer de un puesto desde donde poder presenciar el paso del cortejo nupcial».

Todo discurrió con brillantez (paseo del Prado, plaza de Cibeles, calle de Alcalá y Puerta del Sol). El desfile de los diecinueve carruajes reales llegó a palacio sin novedad, pero las cosas cambiaron dramáticamente para el coche ocupado por los reyes a la altura del número 88 de la calle Mayor (actualmente el 84).



El cortejo de los invitados al enlace a su paso por el palacio de Uceda, entonces sede de la Capitanía General de Madrid



La fotografía recoge el momento en que el coche de la Corona Real ocupado por los novios, arrastrado por ocho caballos, hace su entrada en la Puerta del Sol (fuente, *Historia Urbana de Madrid*). Archivo de la revista *Historia Urbana de Madrid*



Imaginativa ilustración de Achille Beltrame de la boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg para una revista milanese de la época (*Los domingos del Corriere della Sera*)

PARTE II

LA PESADILLA

CAPÍTULO V

LA BOMBA ORSINI

5.1 EL PRECEDENTE FRANCÉS

La noche del 14 de enero de 1858, Napoleón III y la emperatriz Eugenia llegan a la ópera. Justo en el momento en que el carruaje se detiene en el pórtico de entrada, resuenan tres explosiones, los mecheros de gas se apagan, los caballos relinchan enloquecidos y los heridos aúllan de dolor: la bomba ha estallado en las ruedas de la carroza que, roto el eje está medio volcada y el balance es de seis muertos y ciento cuarenta heridos. Se detiene a tres italianos, Orsini, Pieri y Rubbio: los dos primeros serán guillotinado el 13 de marzo de 1858. El artefacto ha hecho su entrada en la historia como la «bomba Orsini». De forma circular, sus espitas o resaltes están llenos de fulminato de mercurio y el estallido se produce al ser arrojada, con el impacto sobre la superficie.

Este procedimiento será empleado por Santiago Salvador en noviembre de 1893, al arrojar una bomba Orsini en el patio de butacas del Gran Teatro del Liceo. Ahora los efectos mortíferos de la bomba se iban a mostrar con toda crudeza en Madrid el 31 de mayo de 1906.

5.2 LA CALLE MAYOR DE MADRID

Nos cuenta María Pilar Queralt del Hierro en *La Vanguardia* el 17 de septiembre de 2021 que, cruzada la Puerta del Sol, el cortejo tomó la calle Mayor. Tras pasar la plaza de la Villa, el rey se asomó a la ventanilla de la izquierda y atrajo hacia sí a la reina, con la intención de saludar a los altos funcionarios del Estado, que ocupaban una tribuna colocada junto al Palacio de Uceda, actual sede del Consejo de Estado.

En aquel mismo instante se oyó una fuerte detonación, y una espesa nube de humo cubrió el cortejo. Cuando la humareda se disipó, el espectáculo era dantesco. Los heridos y fallecidos yacían sobre el pavimento, y los gritos de espanto y las peticiones de auxilio eran ensordecedores. La reina permanecía recostada sobre el asiento, con los ojos cerrados y la falda llena de cristales. Tras asegurarse de que se encontraba bien, el rey bajó del carruaje y acompañó a Victoria Eugenia hasta el coche de respeto. La reina tenía el vestido y los zapatos manchados de sangre, y, según un testigo presencial, el soberano no cesaba de repetir: «¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia!».

El balance final del atentado fue de veintitrés muertos y un centenar de heridos.

La propia reina describió el atentado terrorista, en el citado documental galo de 1966, de la siguiente forma: «yo lo ignoraba todo, pero mi marido, claro había recibido anónimos y una fotografía de aquel hombre tan horrible. Sólo fue al final de la calle (Mayor) cuando me arrojaron flores. Mi marido me dijo que había prohibido que echaran flores pero que ya no había peligro. No tuve ni tiempo de preguntar ¿qué peligro?, cuando ocurrió. Les puedo asegurar que no fue agradable bajar y ver toda aquella sangre. Vi a un pobre soldado con las piernas así (dibuja una equis con sus dedos) ¡Qué horror! Otro que puede ver estaba completamente destrozado».

Todo se había desarrollado con arreglo a lo previsto (paseo del Prado, plaza de Cibeles, calle de Alcalá y Puerta del Sol) hasta la llegada del coche de la Corona Real al número 88 de la calle Mayor (actualmente el portal 84), donde el vehículo real fue alcanzado por el impacto de una bomba. El artefacto estaba camuflado en un ramo de flores, había sido lanzado desde la cuarta planta del edificio y, fatalmente, era una bomba Orsini. De no haber chocado contra los cables del tranvía el ramito-artefacto habría alcanzado de pleno su objetivo, el coche de los recién casados.

Un trozo de metralla penetró en la carroza y quedó incrustado en el asiento. Este trozo de metal, en su vuelo, partió uno de

los collares que llevaba el Rey (no sabemos si fue el de la orden del Toisón de Oro o el de Carlos III) y rasgó su uniforme a la altura del pecho. El trozo de metralla fue extraído y entregado por la reina María Cristina a la infanta doña Paz, quien lo donó a Nuestra Señora de Altotting: en la capilla de Altotting, junto con 28 corazones de diferentes miembros de la familia Wittelsbach, podemos encontrar la placa que contiene el trozo de metralla.

Eduardo Valero García en *Historia Urbana de Madrid* nos traslada las declaraciones de un testigo, recogidas por el diario *El Liberal*:

«A las dos y diez minutos de la tarde, el público, que llevaba largo tiempo aguardando al final de la calle Mayor, removiéndose impaciente. Habían pasado casi todos los carruajes del cortejo, llenos de herederos de tronos, de altísimos personajes, y la pompa palatina admiraba a la bullanguera multitud. Y de pronto sonó un grito:

—¡Los Reyes! ¡Ahí están!

Todos avanzaron nerviosamente, haciendo vacilar a los soldados (...)

«En el suelo había tres cadáveres: un soldado, sin pies, con el pecho hundido, con las piernas maceradas.

Un palafrenero convertido en un montón de carne sangrienta, chamuscado por el soplo terrible de la bomba.

Un guardia con la cabeza deshecha. Los soldados de la escolta, rabiosos, temblando de emoción é ira, galopaban; revolviendo los caballos, agitando los sables, sin oír las voces de sus Jefes, gritando ellos también palabras sin sentido.

Por las junturas de los adoquines corrían hilillos de sangre, y su púrpura trágica manchaba el estribo de la carroza regia, los trajes, las paredes.

Los caballos del tiro, ametrallados en el vientre, cubiertos de heridas, con los ojos llenos de vértigo, encabritábanse sacudiendo fieramente el coche. Uno de los del tronco, el de la derecha, que había recibido parte de la descarga en el vientre, estaba muerto, y el otro, materialmente acribillado, relinchaba vacilante, con la finísima piel recorrida por nerviosos estremecimientos.»

Pilar de Baviera, prima del rey e hija de la infanta Paz, nos da una versión de lo sucedido, basada en lo narrado por los propios reyes y testigos presenciales:

«Cayó en la calzada, con un ruido espantoso, un gran ramo de flores; hubo una explosión como el disparo de un cañón grande, un olor nauseabundo, una llamarada; y el coche real se bamboleó y se inclinó, envuelto en una nube de humo negro, tan espesa que el Rey no pudo ver a la Reina, quien se había echado hacia atrás con los ojos cerrados, de manera que, por el momento el Rey creyó que había muerto. (...) Seguidamente [el Rey] se apeó y ayudó a la Reina a salir del coche. Estaba conmovida, pero también era dueña de sí. En el acto de bajar se mancharon de sangre sus zapatos y su traje. Dando el brazo a la Reina, el Rey intentó evitar que viera a los muertos y heridos mientras la conducía al coche de respeto. (...) El ejemplo del soberano y de su séquito calmó en cierta medida a la muchedumbre horrorizada. Antes de seguir a la Reina dentro del coche de respeto, se volvió el Rey hacia su cuñado, el infante don Carlos de Borbón-Sicilia, y los oficiales apiñados alrededor del carruaje y dijo en voz alta, clara y deliberada: «¡Despacio, muy despacio, a Palacio!».

Los caballos de la carroza fueron desenganchados. La escolta despejó el trozo de la calle siniestrada y los heridos empezaron a ser auxiliados. Se les transportó a la Capitanía general, a la Farmacia militar, y a las Casas de Socorro.

Los soldados llevaban en brazos a sus compañeros heridos. Otros soldados y los camilleros eran ayudados por la gente que había acudido a vitorear a los reyes.

Escenas dantescas se repetían una y otra vez, sumando a las víctimas aquellas que se desmayaban o estaban aturdidas y desorientadas por los efectos de la explosión.

Muchos vecinos, gritaban desde los balcones ofreciendo sus casas para auxiliar a los heridos; otros para indicar que allí también había muertos.

Así ocurrió en los balcones e interiores del número 88, propiedad del duque de Ahumada, donde fallecieron o sufrieron impacto de esquirlas las siguientes personas:

La marquesa de Tolosa.

La joven Teresa Ulloa, sobrina de la anterior e hija de la condesa viuda de Adanero.

Don Antonio Calvo González, administrador del duque de Ahumada y secretario de Segismundo Moret.

La señorita Carmen Prieto, sobrina de don Antonio Calvo González.

Don Julio Prieto, padre de Carmen, que resultó herido en el pecho.

En el piso segundo de la misma casa:

Don Manuel de Sola Tejada y don Luis Fonseca Cabañel.

En el piso cuarto, en el balcón inmediato al en que el criminal lanzó la bomba:

Don Eusebio Flores Turbado, huésped de la casa, siendo extraño que él muriera, no habiendo recibido lesión alguna el dueño de aquella casa de huéspedes, José Cuesta, y su esposa, que estaban en el balcón junto a esa víctima.

En la calle fallecieron los siguientes miembros del regimiento de Wad-Rás:

Capitán don José Rasilla Ceballos, primer teniente; don Roberto Reinlein Gispert, primer teniente; don Jacobo Prendergast; cabo de cornetas don Lorenzo Navalón de Fez; tambor don Gregorio Sánchez Rodrigo; soldado don Isaac Romanillas y soldado don Hilario Gorrea. También el guardia municipal número 473 y un palafrenero.



Calle Mayor, 88. Con el número 1 aparece marcado el balcón desde el que se arrojó la bomba.



La noticia del atentado no tardó en dar la vuelta al mundo, publicándose en miles de periódicos. Eugenio Mesonero Romanos era un joven estudiante de Medicina de diecisiete años, descendiente del escritor Ramón de Mesonero Romanos y aficionado a la fotografía que, segundos después del atentado, tomó la única fotografía del ataque más arriba reproducida, una auténtica exclusiva informativa publicada entonces por el diario *ABC*. Él mismo se presentó en el periódico para revelar la imagen, recibiendo una gratificación de 300 pesetas, una cantidad considerable para la época.

Se trata de una de las fotografías de prensa más conocidas, representadas y analizadas de la historia del fotoperiodismo español. Esta instantánea daba comienzo a una época de madurez de la prensa gráfica en la que la imagen ya no sólo se basaba en grabados, dibujos o ilustraciones estáticas, sino que se convertía en un medio para transmitir la vida en movimiento, la inmediatez del suceso.

5.3 LOS REYES EN PALACIO

Desde el palacio real, donde se concentraban los invitados al enlace, se escuchó la detonación. Ha de tenerse en cuenta que el coche de la Corona Real fue el último en abandonar la iglesia, con lo que ninguno de los carruajes se vio afectado por el atentado salvo el de los reyes. De hecho, en palacio se pensó que el estruendo era debido a salvas de ordenanza que anunciaban la llegada de los reyes a la puerta del príncipe.

El almuerzo previsto se sirvió en el comedor de gala, pero el baile que iba a tener lugar por la noche quedó anulado, y el rey declaró que los festejos programados sólo tendrían lugar cuando hubiera concluido su visita a las capillas ardientes del hospital del Buen Suceso y hubieran tenido lugar los correspondientes entierros. Para nuestra sensibilidad actual, es incomprensible que se sirviera el banquete cuando a escasos metros de palacio quedaban en la calle restos humanos esparcidos, pero, al fin y al cabo, ni los reyes ni ninguno de los invitados habían resultado heridos y eso era, al parecer, lo que importaba en el ministerio de la Gobernación.

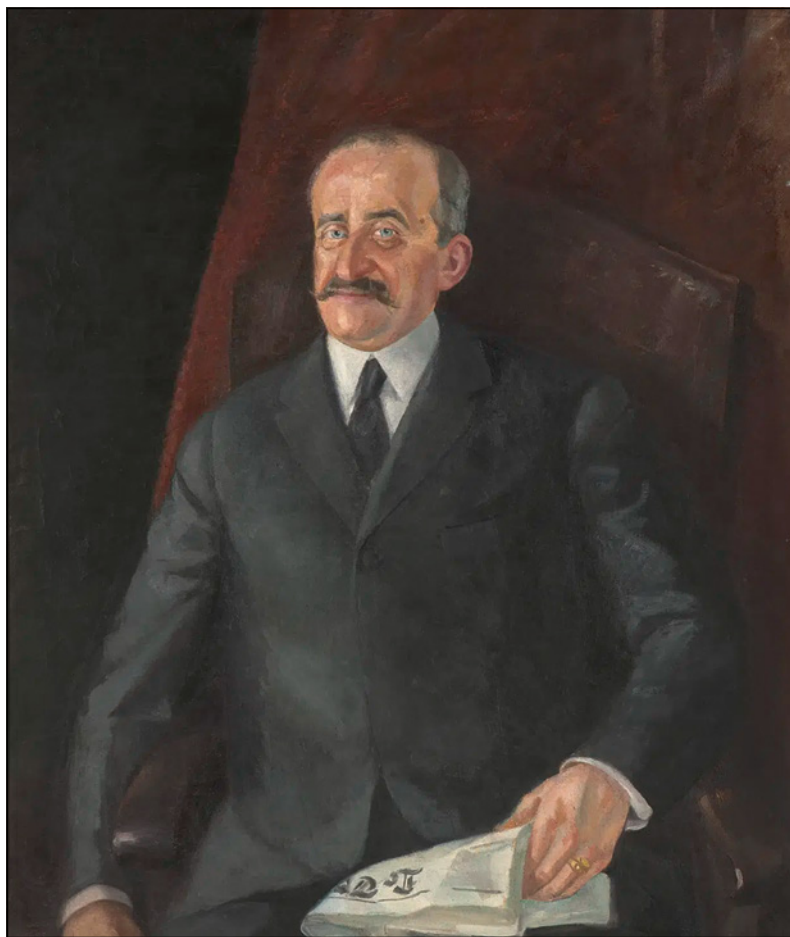
A las cinco de la tarde se reunieron los ministros en la casa de Segismundo Moret, prolongándose el improvisado consejo hasta las siete de la tarde.

Se trataron tres temas, todos ellos relacionados con el atentado.

El primero cuestionaba las medidas de seguridad adoptadas, puesto que varios ministros habían recibido anónimos en los que se anunciaba el suceso. También en palacio se había recibido uno indicando que la princesa Victoria Eugenia no se sentaría en el trono.

En el segundo se trató, de conformidad con los deseos del rey, de la suspensión de todos los festejos previstos en el programa, que continuarían una vez ejecutadas las indicaciones de Alfonso XIII.

Por último se trató el tema del anarquismo y de la adopción de medidas de represión, pero el asunto fue tratado con tanta cautela que no se tradujo en ninguna medida concreta. Nada se acordó ni se legisló, dejando el tema aplazado para debate en las Cortes.



Álvaro Figueroa, I conde de Romanones y ministro de la Gobernación en 1906. Retrato de Vázquez Díaz, 1921, Fundación Mapfre

En definitiva, un consejo completamente inútil. Este gobierno Moret se extendió del 1 de diciembre de 1905 al 9 de junio de 1906. Romanones no presentó su dimisión en ningún momento, cuando todos le daban por muerto políticamente. En el gobierno formado el 9 de junio de 1906, que duró tan sólo hasta el seis de julio, no figuraba Romanones. Sin embargo, el seis de julio Romanones fue rescatado como ministro de Gracia y Justicia, lo que demuestra lo correosos que son en España nuestros políticos ante circunstancias dramáticas que demandan su salida de la escena política nacional. Nadie asumió respon-

sabilidades en aquel gobierno, Romanones continuó siendo el gran cacique de Guadalajara de los liberales hasta la caída de la monarquía en 1931: al menos, tuvo el pundonor de asumir la defensa del rey en 1932 cuando las Cortes iniciaron el proceso de condena del soberano por traición.

5.4 EL DÍA DESPUÉS

El día 1 de junio, a las doce de la mañana, el rey y la reina tuvieron el gesto, digno de alabanza, de salir de palacio a mostrarse por las calles céntricas. Iban sin escolta, sólo acompañados por otro coche que ocupaba el presidente del consejo de ministros.

La gente vitoreaba a los monarcas y se acercaban a los automóviles para saludarles. Estas muestras de afecto se repitieron durante todo el recorrido, que discurrió por la calle Mayor, Puerta del Sol, carrera de San Jerónimo, paseo del Prado y calle de Alcalá. Aproximadamente a la una de la tarde regresaban al palacio real, encontrando la plaza de Oriente abarrotada de gente que les ovacionaba. Tal era la multitud que agentes del orden público montados y a pie casi no podían abrir camino al automóvil.

Por fin pudieron llegar a la puerta del príncipe. Desde el automóvil los reyes saludaron a las masas y, más tarde, se asomaron al balcón que da a la plaza de Oriente. Esta salida demostró gran valor en los reyes, ya que en aquellos momentos no se sabía si el atentado era producto de la acción de lo que hoy denominaríamos «lobo solitario», o si existía un grupo anarquista organizado en Madrid dispuesto a actuar de nuevo. En 1881, después del atentado en San Petersburgo contra el zar Alejandro II de Rusia, su hijo y sucesor, Alejandro III, abandonó con su familia la capital imperial ante el temor de la repetición de nuevos atentados, instalándose por varios meses a cuarenta y cinco kilómetros de San Petersburgo, en el palacio de Gatchina. Nada parecido sucedió en Madrid, donde jamás se barajó la posibilidad del traslado temporal de la corte a otro real sitio alejado de la capital.

5.5 EN EL HOSPITAL DEL BUEN SUCESO

Seguimos lo expuesto en *Historia Urbana de Madrid*.

A las cuatro de la tarde de ese 1 de junio llegaron al hospital del Buen Suceso, en la calle de la Princesa, dos automóviles. En el primero iban Alfonso XIII y el infante don Carlos; en el segundo los coroneles Milán del Bosch y Loriga.

En ese día agotador e intenso, el rey visitó la capilla ardiente donde permanecían los ataúdes de las víctimas militares y luego habló con los heridos. La capilla ardiente fue instalada en una galería de la planta primera del hospital. Las paredes y el suelo habían sido cubiertas con grandes paños negros. En el centro de la estancia un gran crucifijo y a sus lados los féretros de los militares fallecidos.

A las siete de la tarde dieron comienzo los funerales militares, al aparecer la primera carroza fúnebre por la Puerta del Sol. A esa le siguieron más carrozas, en total ocho. En algunas se veían emblemas militares y todas llevaban grandes coronas con cintas. Seguían a los carros mortuorios, personas de todas las clases sociales, así como el regimiento de Wad-Rás con su banda de tambores (con ausencia del tambor Gregorio Sánchez, fallecido) y la bandera desplegada. Detrás de ellos los piquetes de todos los regimientos que había en Madrid y los tiradores del Riff.

Este cortejo había salido del Buen Suceso siguiendo trayecto por la calle de la Princesa, Leganitos, Preciados, Puerta del Sol, calle de Alcalá y Plaza de Castelar (Cibeles). En ese punto se bifurcó el cortejo, conduciendo el féretro del primer teniente don Jacobo Prendergast al cementerio de San Justo y el resto al del Este.

En cuanto a las víctimas civiles, a las cinco de la tarde eran depositados en los carruajes fúnebres los féretros de la marquesa de Tolosa y su sobrina, la joven Teresita de Ulloa, hija de la condesa viuda de Adanero, fallecidas en el edificio del número 88 de la calle Mayor. El de la primera era un coche estufa color negro, el de la segunda, color blanco. Presidían el duelo: en representación del rey, el duque de Sotomayor; en el de la reina Victoria, el duque de Santo Mauro; en el de la reina Cristina, el marqués de Aguilar

de Campóo; en el de la princesa Beatriz, lord Cecil; en el de la infanta Isabel su secretario el Sr. Coello; en el del infante don Carlos, el marqués de la Mesa de Asta, y en el de los infantes María Teresa y Fernando, el marqués de Sanfelices. Su destino fue la sacramental de San Isidro.

CAPÍTULO VI

PRIMERAS PESQUISAS

A continuación, seguimos lo expuesto por Manuel Sancho Ruiz en la *Revista de la Escuela de Medina Legal*, en enero de 2007.

6.1 EN MAYOR 88

Muy pronto se personaron en el lugar de los hechos el juzgado de guardia y el juzgado militar, así mismo de guardia. El juzgado militar que fue el primero en llegar, lo hizo a las tres menos cuarto de la tarde, iniciando la inspección ocular y comenzando a tomar las primeras declaraciones. Según el testimonio de un guardia civil llamado Torres, un individuo que se asomó al balcón del último piso colocó sobre la barandilla de hierro un objeto que le pareció semejante a una caja de almendras y que dejó caer provocando la explosión.

En el edificio del número 88, había dos establecimientos en la planta baja: una taberna y una tienda de comestibles. En el entresuelo vivía y trabajaba un sastre llamado Mingote. El principal era la vivienda del duque de Ahumada. Finalmente, en el piso superior había una casa de huéspedes, propiedad de un tal José Cuesta.

La fachada mostraba signos de la tragedia que se había vivido, en concreto una veintena de impactos de unas bolas de níquel de un centímetro de diámetro, así como unas manchas de un líquido rojizo en las colgaduras de los balcones, así como en el toldo de la sastrería.

Rápidamente el juzgado de guardia, el juzgado militar y numerosas autoridades y agentes penetraron en el edificio y subieron hasta la casa de huéspedes. Allí se procedió a inspeccionar el lugar, a efectuar los primeros interrogatorios y a detener a todos los pre-

sentes. Pronto se supo que el único huésped ausente era un joven que, según las señas oficiales, fue descrito de la siguiente manera: de unos veinticinco años, alto, delgado, elegante, de tez pálida, cabellos castaños oscuros cortados a la parisién, muy cortos por los lados y plano por el centro, ojos azules y un pequeño bigote no muy poblado y de guías finas.

Este viajero llegó a la pensión el día 27 de mayo y se inscribió con el nombre real o supuesto de Mateo Moral. Sólo más tarde se conoció que el verdadero apellido era Morral.

6.2 LA GUARIDA

La habitación que había venido ocupando era un gabinete con balcón a la calle Mayor. La cama de hierro, con dos colchones, estaba cubierta por una colcha de piqué blanca. Junto a ella una mesita de noche y en un rincón un lavabo de hierro. y un paño blanco con manchas de sangre. En el suelo se encontraron unos pañuelos manchados de sangre. Junto a una de las paredes una mesa de pino para escribir, y distribuidas por la estancia cuatro sillas de Vitoria. Permanecía en la estancia su maleta, de piel de cerdo y confección inglesa, conteniendo sus pertenencias: un neceser en su interior, un gabán de tela, varios frascos de sustancias químicas, (probablemente usadas para la manufactura de la bomba) varias prendas de ropa blanca y un plano de Madrid donde se encontraba marcado con lápiz el itinerario de la comitiva real.

Los huéspedes indicaron que el 31 de mayo iba vestido con un traje color café oscuro, sombrero flexible de paja, de los llamados «Panamá» y botas color avellano. Su actitud no había despertado ninguna sospecha. Esa misma mañana a las diez, al tomar el desayuno se mostró alegre y con ganas de bromear. Habitualmente pasaba horas leyendo en su habitación.

Ese día se produjeron muchas detenciones de personas totalmente ajenas a los hechos y que, por cualquier motivo, fueron acusadas ante las autoridades como sospechosas de haber sido los autores del atentado; también se detuvo a los anarquistas o grupos

de anarquistas conocidos por la policía en Madrid, como el grupo denominado «Cuatro de Mayo». Todos ellos, tras prestar declaración, fueron considerados inocentes. Fueron horas de febril actividad, de seguir pistas falsas y de tener que atender las denuncias formuladas, por poco verosímiles que parecieran.

Según recoge el *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*, en aquellos momentos al frente de la sección de orden público del ministerio de la Gobernación figuraba Emilio Moreno, cuya misión era coordinar la labor policíaca en Barcelona, Madrid y la frontera francesa. Por entonces, la policía tenía clasificado a Morral como «poco peligroso», por lo que, fatalmente, su retrato no apareció ni en la jefatura de policía de Barcelona ni en la sección de anarquismo de Madrid. Al mismo tiempo, la Guardia Civil registró su alojamiento de Barcelona; junto a los habituales productos químicos utilizados para la fabricación de explosivos, descubrió medicinas contra la sífilis. Al día siguiente, su fotografía apareció en la prensa y el ministro de la Gobernación, el conde de Romanones ofrecía 25.000 pesetas a quien descubriera al terrorista.

José Cuesta, dueño de la casa de huéspedes, fue sometido a un severo interrogatorio, y así se averiguó que a Madrid llegó en la mañana del lunes 21 de mayo, tras lo cual se dirigió al hotel Iberia, situado en la calle Arenal. Al enterarse de que el cortejo de la boda real no pasaría por esta calle, sino por la calle Mayor, el día 24 se trasladó a la casa de huéspedes del número 88 de esta calle. Acordó con José Cuesta el abono de 25 pesetas diarias por adelantado durante 14 días: ante oferta tan tentadora de un buen cliente, nadie se molestó en hacerle demasiadas preguntas. Afirmó en la pensión que le gustaban mucho las flores y pidió a su patrona que se las comprase a diario, lo que ésta hacía en un puesto instalado junto al inmueble.

Morral no levantó sospechas; hablaba perfectamente el alemán, circunstancia que pretendió aprovechar para incorporarse, como veremos a continuación, al grupo de periodistas extranjeros que presenciarían el acontecimiento desde una tribuna en el interior de la iglesia.



Número 84 de la calle Mayor, donde estuvo situada la casa de huéspedes de José Cuesta en el último piso

6.3 LA TRIBUNA DE PERIODISTAS

Fernando Prado en el diario digital *El Debate* del 11 agosto de 2023 nos cuenta que en 1931, el comandante Desmond Chapman-Huston y doña Pilar de Baviera, a quién antes hemos aludido, publicaron el libro *Alfonso XIII. Un estudio de la monarquía*. En el libro ambos relatan sus recuerdos de la boda real. Alfonso XIII todavía no tenía herederos por lo que el sucesor inmediato era el

hijo de su hermana, la difunta infanta Mercedes, fallecida en 1904, el infante Alfonso de Borbón-Dos Sicilias.

Este infante, que nunca fue nombrado príncipe de Asturias, tenía cuatro años y medio. Un niño de tan corta edad no podía estar sentado y sin moverse durante una ceremonia tan larga. La infanta Paz, madre de Pilar, sugirió que se sacara al niño del centro de la ceremonia —donde debía ocupar un lugar relevante por su condición de heredero— y se le situara en una de las tribunas del templo acompañado por su hija, quien cuidaría del niño. En esa tribuna, que fue desalojada, estaba previsto que se instalaran los periodistas acreditados que seguirían la ceremonia en la iglesia. Mateo Morral pensaba arrojar la bomba contra la real pareja dentro del templo y había podido lograr una acreditación falsa de periodista. El ministerio de la Gobernación reservó la tribuna para Pilar y el infante heredero, los periodistas no pudieron acceder a la iglesia y Morral tuvo que buscar un plan alternativo.

CAPÍTULO VII
¿QUIÉN FUE MATEO MORRAL?

7.1 ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nacido en Sabadell el 29 de noviembre de 1879, hijo de un industrial textil, recibió esmerada educación, en un ambiente familiar burgués y conservador contra el que pronto iniciaría un proceso de rebeldía.

Fue un estudiante brillante, muy dotado para el aprendizaje de idiomas: dominaba el francés y el inglés a los dieciséis años. Al finalizar sus estudios secundarios, y como muchos de los estudiantes burgueses de un cierto nivel económico en la época, marchó a Alemania, donde aprendió rápidamente el alemán y se licenció en ingeniería mecánica. Fue en esta etapa donde entró en contacto con el pensamiento de Nietzsche y el ideario anarquista. A su vuelta en 1902, asumió la reactivación del maltrecho negocio familiar y luego viajó como representante comercial por toda España. Ello no le impidió adoctrinar a los obreros de la fábrica de su propio padre, quien lo apartó de la empresa y la familia al poco tiempo. Le dio diez mil pesetas para que se estableciera por su cuenta, pero Morral, fiel a sus ideales, marchó a Barcelona, donde desempeñó el cargo de secretario de la Cooperativa Anarquista Barcelonesa, y al poco tiempo entró a trabajar como traductor y encargado de la biblioteca de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia, de índole libertaria y creada en 1901. El contacto con Ferrer tendría consecuencias en el futuro, al ser considerado Ferrer como maestro e inductor de la acción terrorista de Morral. También quedó probada la estrecha relación de Morral con Soledad Villafranca, directora de estudios primarios de la Escuela y, por aquel entonces, compañera de Ferrer. Para algunos historiadores Morral sintió por ella un amor platónico mientras que otros creen que Villafranca

tuvo una influencia decisiva en la deriva ideológica radical y fanatizada de Morral.

Por lo tanto, Morral no era un obrero anarquista con una educación autodidacta, era un anarquista ilustrado de orígenes burgueses con una formación intelectual propia de la época, conocedor y partícipe de las nuevas ideas políticas y filosóficas finiseculares. Sostuvo económicamente la publicación de varios semanarios anarquistas como *El Trabajo* de Sabadell y *El Rebelde* de Madrid.

Llegó también a editar obras como *El manual del soldado*, o el libro titulado *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévez*, donde proporcionaba detalles para la fabricación de explosivos, y modo y ocasión oportuna de utilizarlos. Además de sus actividades libertarias, también tenía inquietudes artísticas: poseía conocimientos sobre pintura y colaboró en la representación de una obra teatral de Ignasi Iglesias, *La Resclosa*. Su perfil psicológico, descrito por la prensa en los días posteriores al atentado y supuesto suicidio, encaja en el prototipo del joven intelectual finisecular, en permanente desacuerdo con la realidad burguesa. Tal vez el obrero, extenuado por el trabajo diario y la lucha por la supervivencia, no podía dedicar energías al pensamiento y a la teorización anarquista, pero el señorito burgués con acceso a la cultura de su época disponía de recursos y tiempo para obsesionarse con su papel de redentor de las clases oprimidas, como le sucedió a Morral.

Mateo Morral, al decir de los vecinos de Sabadell, no iba a los teatros, ni a las reuniones, ni a los bailes como los demás jóvenes. Por su hastío por las cosas mundanas, nadie se atrevía a creerle como era en realidad, sino que le suponían afectado de grave enfermedad. Como era delgado, pálido y demacrado y se mostraba siempre huraño y taciturno, muchos le creían tísico y le compadecían.

7.2 SE MUEVE POR MADRID

Desde su llegada a Madrid, acudió con frecuencia a las tertulias de la capital, hasta tal punto que, según cuenta Ramón Gómez de

la Serna, la víspera del atentado estuvo presente en la horchatería de Candelas en la calle de Alcalá:

«Como una escapada a los cafés literarios, se iban a solazar [los escritores modernistas] al café y horchatería de Candelas, que estaba en el edificio de La Equitativa, frente a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Era el primer café con ventiladores colgados del techo y estaba servido por morenas y opulentas mujeres (...)

En esa horchatería cuenta Ricardo Baroja que vio al ácrata Mateo Morral (...) iba a aquel café disuadidor de violencias, rico en horchata apagadora de fuego.»

Ramón Gómez de la Serna, *don Ramón María del Valle-Inclán*, Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, pp. 76-77.

En efecto, en *La Horchatería de Candelas* en la calle de Alcalá se reúnen por aquel entonces los escritores y artistas modernistas del momento: Azorín, Ricardo Baroja, Valle-Inclán, Pío Baroja. De entre todos ellos, Pío Baroja es el que más recuerdos nos ha dejado sobre el libertario catalán y sus andanzas por Madrid. Décadas después, en sus memorias redactadas en la postguerra, recordaba así a Mateo Morral y su paso por el local de la calle de Alcalá:

«El año 1906 fue el atentado de Mateo Morral en la calle Mayor contra los reyes. Este atentado nos produjo una impresión extraordinaria.

Creo que también la produjo en Madrid y en España. Todo el mundo se preguntó qué objeto podía tener aquello.

Por lo que nos dijeron, Mateo Morral, el autor del atentado, solía ir a la cervecería de la calle de Alcalá donde nos reuníamos por entonces varios escritores.

Parece que le acompañaban Francisco Iribarne, un tal Ibarra, ex empleado del tranvía y luego tabernero, y un polaco Dutrem Semovich, viajante o corredor de un producto farmacéutico llamado la Lecitina Billón. Ibarra estuvo preso después del crimen.

El polaco e Ibarra recuerdo que tuvieron una noche un gran altercado con el pintor Leandro Oroz, que dijo que los anarquistas dejaban de serlo en cuanto tenían cinco duros en el bolsillo».

Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1949, p. 790.

La bomba, según Pío Baroja, le habría sido entregada diez días antes, procedente de Francia, envuelta en una bandera francesa, por el ex militar y ex ministro de la Guerra durante la Primera República Nicolás Estévez, uno de sus principales mentores ideológicos. Recordemos que Mateo Morral escribió una obra titulada *Pensamientos revolucionarios de Nicolás Estévez*.

La cervecería de la calle de Alcalá a la que alude Baroja y la horchatería de Candelas, indicada por Ramón Gómez de la Serna, parecen ser el mismo local en el que se produjo el altercado al que se refiere Pío Baroja y que según, el creador de las greguerías, tuvo lugar entre Morral y Oroz, el pintor:

El diálogo entre el anarquista y un joven pintor un tanto impertinente fue, según Ricardo Baroja, el siguiente:

«— ¿Bah, bah! ¡Esos anarquistas! En cuanto tienen cinco duros dejan de serlo.

El catalán le miró como si fuera a comérselo.

— Sepa usted —murmuró con voz ronca— que yo tengo más de cinco duros y soy anarquista.

— ¡Bueno! Será usted una excepción.

— No, señor; no soy ninguna excepción.

— Pues yo conozco.

— Usted no conoce nada.

— ¡Hombre, yo...!

— Usted se calla si no quiere que le rompa la cabeza.»

A los pocos días el pintor hermano de don Pío iba a ver el cadáver del regicida que se había suicidado en la huida de la Guardia Civil en campos de Torrejón de Ardoz. (Ramón Gómez de la Serna, *op. cit.*, p. 77).

En definitiva, *El Candelas*, como era conocido, a pesar de sus pretensiones de modernidad, era el punto de reunión de un público variopinto, donde las riñas y exabruptos estaban a la orden del día. Su atmósfera cargada ha sido magistralmente descrita en *Pólvora Negra*, de Montero Glez. premio Azorín de 2008. Un local donde se concentraban artistas, escritores de más o menos fama, cesantes, señoritos y...anarquistas.



Edificio de La Equitativa a principios del siglo pasado. Diseñado por José Grases Riera, en sus bajos se encontraba la Horchatería Candelas, frecuentada por Mateo Morral en los días previos al 31 de mayo de 1906

7.3 ¿HÉROE «ROMÁNTICO», PERSONAJE «LITERARIO»?

Tras su muerte, Mateo Morral se convierte en un mártir de la causa anarquista. Es idealizado en el periódico *Les Temps Nouveaux*, en un artículo de redacción anónima, en el que se justifica el atentado y se cataloga su resultado de éxito, ya que para alcanzar la felicidad del pueblo es necesario asesinar a miembros de ese mismo pueblo:

«Nadie pensaba que a la inmensa bacanal de un pueblo ebrio de sumisión, pudiera alguien juntar su estrofa de rebeldía. Nadie absolutamente dudaba ante la algazara general que un descontento turbara

la fiesta, cambiando las risotadas en temblor de espanto. Nosotros no dormíamos, esperando burlar todas las previsiones [...] Se trataba, sirviéndonos de un lugar común, de aguar la fiesta y fue ensangrentada sobrepasando toda esperanza. Contra toda la fanfarronada desplegada ese día, nuestra acción se afirma valiente y épica.»

Ramón del Valle Inclán publicará en 1918 el poema *Rosa de Llamas*, reivindicando la figura de Mateo Morral:

Claras lejanías... Dunas escampadas...
La luz y la sombra gladiando en el monte.
Tragedia divina de rojas espadas
Y alados mancebos, sobre el horizonte.
El camino blanco, el herrén barroso,
la sombra lejana de uno que camina,
Y en medio del yermo, el perro rabioso,
Terrible el gañido de su sed canina.
...¡No muerdan los canes de la duna ascética
La sombra sombría del que va sin bienes,
El alma en combate, la expresión frenética,
Y el ramo de venas saltante en las sienes!
En mi senda estabas, mendigo escotero,
Con tu torbellino de acciones y ciencias:
Las rojas blasfemias por pan justiciero,
Y las utopías de nuevas conciencias.
¡Tú fuiste en mi vida una llamarada
Por tu negro verbo de Mateo Morral!
¡Por su dolor negro! ¡Por su alma enconada,
Que estalló en las ruedas del Carro Real!...

El proceso de exaltación del anarquista lo continuó en *Luces de Bohemia* en 1924, al añadir una escena homenajeándole, con el personaje de Mateo, un anarquista catalán que dialoga con Max Estrella.

El atentado de la calle Mayor y la posterior huida de Morral le inspiraron al escritor Pío Baroja una novela, *La dama errante* (1908), de ahí que los recuerdos barojianos acerca de Morral sean muchos.

En esta novela, que junto con *La ciudad de la niebla* y *El árbol de la ciencia* forma una trilogía, Baroja desmitifica el anarquismo como acción heroica. El doctor Enrique Aracil goza de una buena situación económica y profesional y su única hija María es una joven

encantadora pero seria y reflexiva. El doctor es un vanidoso superficial, amigo de estar «a la última»; ello le lleva a pronunciar una conferencia en el Ateneo de Madrid titulada *El anarquismo como sistema de crítica social*. A los pocos días, un joven catalán recién llegado de Barcelona, Nilo Brul (versión literaria de Morral), le muestra periódicos de esa capital en los que se glosa y alaba la conferencia del doctor. Este, henchido de orgullo, toma bajo su protección al catalán, y lo invita a comer a su casa en varias ocasiones. Le llega a entregar el texto de su conferencia con una dedicatoria. Pronto María siente una viva antipatía por Brul, al que considera soberbio y arrogante, teatral en su afán de ponerse la máscara de incomprendido, teniendo que parar sus avances amorosos. El día del atentado, Brul confiesa a Aracil que él ha puesto la bomba; de forma jactanciosa declara que ha pensado en suicidarse, pero que prefiere que el doctor le de refugio en su casa y se lo implora llorando. Aracil, descompuesto y aturdido, lo encierra en una buhardilla. En la prensa se da la identidad de Brul como autor del atentado, y entre sus pertenencias se descubre el texto con la dedicatoria del doctor Aracil. Este, sintiéndose perdido, lo confiesa todo a María: va a ser detenido como encubridor. María le convence para que huyan de Madrid y emprenden entonces un largo viaje, en condiciones penosas, que los llevará a Londres, escenario de *La ciudad de la niebla*.

Baroja reacciona contra el anarquista de salón, Aracil, un burgués acomodado que desea impresionar a sus conocidos con actitudes de falso progresismo. Nilo Brul es soberbio, cobarde, pagado de si mismo e incluso racista en su planteamiento de la cuestión catalana frente a otros pueblos de España. En definitiva, Baroja echa por tierra los excesos líricos de un Valle-Inclán y pone al descubierto el horror de justificar el asesinato de inocentes en aras de una idea de redención del pueblo, idea que aniquila a ese mismo pueblo.

CAPÍTULO VIII
LA HUIDA Y LA MUERTE

8.1 EL FIN

Según nos cuenta el *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*, a Morral no le resultó difícil dejar la pensión, aprovechando la confusión. Desorientado y hambriento, parece ser que ese día no tomó ningún alimento. Deambuló por el centro de la ciudad, hasta que entre las tres y las cuatro de la tarde se acercó a la redacción de *El Motín*, en la calle Ruiz n.º 4, periódico dirigido por José Nakens Pérez. Nakens de ideas republicanas, era muy conocido por sus inclinaciones izquierdistas y anticlericales, pero en modo alguno era un anarquista. Ferrer, su maestro, le había hablado a Morral de él con elogios. Se sabe que, poco antes del asesinato de Cánovas del Castillo, el italiano Angiolillo se había personado en la redacción y expuesto a Nakens su propósito, del que éste trató de disuadirle inútilmente.

Nakens al escuchar la narración de Morral entró en shock, ya que irónicamente, su única hija había estado en la calle Mayor esperando el paso de la carroza real. Afortunadamente, no había sufrido daño alguno. Finalmente, y a pesar del horror que le inspiró el atentado, trató de ocultarle, llevándole, ya muy entrada la noche, a casa de su amigo y correligionario Bernardo Mata García, quien le debía señalados favores. Mata era un antiguo sargento del Regimiento de Caballería de Albuela, sublevado bajo el mando del general Manuel Villacampa, el 19 de septiembre de 1886, por lo que se había visto precisado a permanecer, hasta su indulto, cinco años en Portugal. Morral fue presentado a Mata y a su familia como un periodista italiano evadido de un penal.

Mientras tanto, la policía obtenía su descripción de los propietarios de la casa de huéspedes y se hacía cargo del equipaje allí

abandonado por Morral. Al día siguiente, su fotografía apareció en la prensa.

A primera hora de la mañana del día 1 de junio, la mujer de Mata adquirió en la calle de Toledo ropas de mecánico para Morral quien, disfrazado, se creía más a salvo. Morral metió sus ropas del día anterior en un saco, que tiró en un descampado, y abandonó aquella casa sobre las diez de la mañana. Salió Morral al campo y anduvo errabundo casi dos días, despertando la suspicacia de todos los que tropezaban con él; además, tenía una pequeña herida en la mano derecha, producida al manipular la bomba, detalle ya conocido por la policía y divulgado por la prensa.

Finalmente, el sábado día 2 junio, acosado por el hambre y la fatiga, entró al mediodía en una taberna de la plaza de Torrejón de Ardoz, donde pidió de comer. Después se dirigió a la estación de ferrocarril y en uno de los bancos durmió una corta siesta. Cuando se despertó, nuevamente se puso a andar hasta las siete y media de la tarde en que entró en el Ventorro de los Jaraíces, cerca de Torrejón, a cuyos dueños, Jenaro Chamorro y Fermina Traisaz, pidió algo de comer.



El Ventorro de los Jaraíces en el trágico año de 1906. Todavía subsistía en 1964, año en que Fernando Fernán-Gómez lo incluyó como localización en su magistral película *El extraño viaje*

Sus modales finos, que desentonaban con las ropas que vestía, y su aspecto ojeroso y fatigado, hicieron entrar en sospechas a los

parroquianos del lugar. Alguien corrió a avisar a la Guardia Civil. Terminó su comida rápidamente, pagó y salió a la calle. Dudó entre volver a la estación a esperar hasta la noche el tren de Barcelona o continuar su marcha. Finalmente pareció que tomaba esta última decisión dirigiendo sus pasos hacia Alcalá de Henares. Sin embargo, apenas pudo andar esta vez, pues se le acercó un guarda jurado llamado Fructuoso Vega, que prestaba servicio en el próximo palacio de Aldovea y que era uno de los presentes en el ventorro. Fructuoso le conminó a acompañarle al cuartelillo, lo que Morral hizo; pero, no lejos del lugar, extrajo una pequeña pistola Browning con la que dió muerte en el acto a Vega. Trató de huir, mas, viéndose rodeado, se disparó en el corazón a orillas de un río próximo. El 3 de junio, el cadáver del anarquista fue trasladado en tren a Madrid y depositado en el hospital del Buen Suceso para su identificación. El pueblo madrileño, irritado, quiso arrastrar el cuerpo antes de arrojarlo al fuego, lo que impidió la fuerza pública.

Las 25.000 pesetas de recompensa fueron entregadas a la viuda del guarda, con cinco hijos a su cargo. En honor a su heroica actuación, Rodrigo Figueroa Torres, duque de Tovar, propietario de la finca de Aldovea, costeó una cruz en memoria de Fructuoso que se colocó en el kilómetro 4 de la carretera de Torrejón a Arganda del Rey, y se mantuvo allí hasta la Segunda República.

8.2 EN EL BUEN SUCESO

María Torres en el blog Periodismo Alternativo, nos expone lo vivido en el Hospital del Buen Suceso, en la calle Princesa:

«Mateo Morral es conducido a Madrid y depositado en la cripta del Hospital del Buen Suceso. Allí acuden Ricardo Baroja, que elabora un aguafuerte del cadáver del anarquista, su hermano Pío y Valle Inclán.»

En el prólogo de *La dama errante* (1908), cuenta Pío Baroja:

«Yo no creo que hablé nunca con Morral (sic). El hombre era oscuro y silencioso; formaba parte del corro de oyentes que, todavía hace años, tenían las mesas de los cafés donde charlaban los

literatos. (...). Después de cometido el atentado y encontrado a Morral muerto cerca de Torrejón de Ardoz, quise ir al hospital del Buen Suceso a ver su cadáver; pero no me dejaron pasar. En cambio, mi hermano Ricardo pasó e hizo un dibujo y luego un aguafuerte del anarquista en la cripta del Buen Suceso. Mi hermano se había acercado al médico militar que estaba de guardia a solicitar el paso, y le vio leyendo una novela mía, también de anarquistas, Aurora Roja. Hablaron los dos con este motivo, y el médico le acompañó a ver a Mateo Morral muerto.»

En 1924, Valle Inclán prologa la novela *El pedigree* de Ricardo Baroja, y también comenta su presencia en la cripta del Buen Suceso:

«En aquellas ramplonas postrimerías, trabé conocimiento con Ricardo Baroja. Treinta años hace que somos amigos. Juntos y fraternos, conversando todas las noches en el rincón de un café, hemos pasado de jóvenes a viejos. Juntos y diletantes asistimos al barnizaje de las exposiciones y a los teatros, a las revueltas populares y a las verbenas: Par a par, hemos sido mirones en bodas reales y fusilamientos. Mateo Morral, pasajero hacia su fin, estuvo en nuestra tertulia la última noche. Le conocimos juntos, y juntos fuimos a verle muerto. Ricardo Baroja hizo entonces una bella aguafuerte: Yo guardo la primera prueba.»

Manuel Sancho Ruiz en su estudio elaborado en 2006 con motivo del centenario del atentado, indica que el juez militar, Luis Burgón, partió el domingo 3 de junio a las cuatro y media de la madrugada hacia Torrejón para efectuar la diligencia de levantamiento del cadáver y ordenar su traslado a Madrid, que se efectuaría en el tren correo de Barcelona. Cuando Burgón llegó a Torrejón, el juez municipal del pueblo había practicado las primeras diligencias, ordenando el traslado de los cadáveres a un patio contiguo al juzgado. Por su parte, el juez de instrucción de Alcalá de Henares, Pedro Solís, se trasladó también al lugar del suceso y antes de la llegada del juez de Madrid ya había practicado la diligencia de identificación del cadáver gracias al reconocimiento del mismo por parte del dueño de la casa de huéspedes de la calle Mayor, José Cuesta, que sin género de dudas lo identificó por la pequeña cicatriz de la mejilla derecha y las facciones de su cara.

El juzgado de Alcalá se inhibió a continuación en favor de la jurisdicción militar.

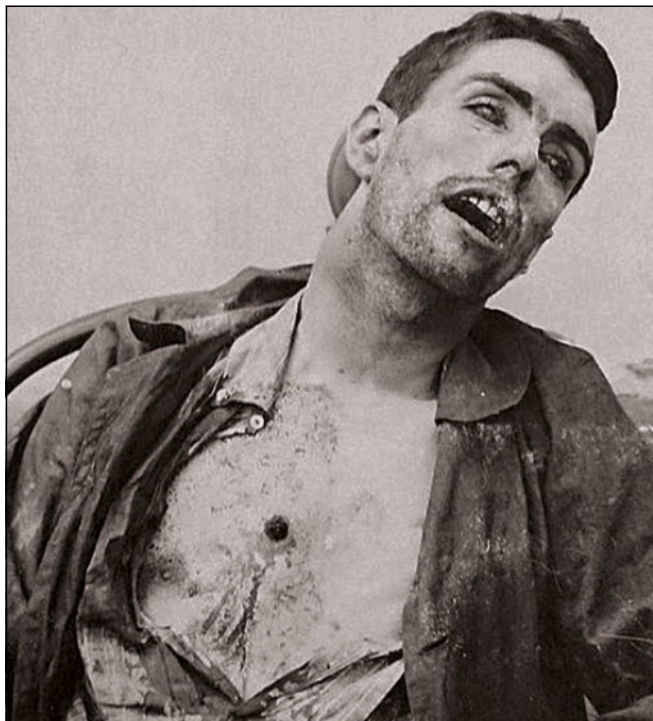
Esta serie de actuaciones judiciales y de inhibiciones sucesivas, se complicaría aún con la inhibición del juez militar en beneficio del juez decano de primera instancia e instrucción, Manuel del Valle, ya que desde el primer momento se había producido una actuación independiente y simultánea de ambas jurisdicciones. Como al llegar a Madrid el cadáver de Mateo Morral se hizo cargo de él el Sr. Burgón, que ordenó su traslado al Hospital del Buen Suceso, el Juez de primera instancia se trasladó a dicho hospital y lo reclamó, dando origen incluso a una entrevista entre los dos jueces y el presidente del gobierno Moret, resolviéndose finalmente que la jurisdicción ordinaria fuese la competente para continuar con la instrucción sumarial.

La autopsia, realizada el 4 de junio, la llevaron a cabo el médico forense Adriano Alonso Martínez en colaboración con los doctores Samaniego y Moreno Grau, interviniendo también Gómez Ocaña y Maestre, éste último catedrático de Medicina Legal. El conde de Romanones describió que: «La bala le había dejado un pequeño orificio perfectamente limpio en el pecho; su rostro juvenil y exento de los estigmas del criminal nato, mostraba completa placidez; sus manos cuidadas y pulidas denotaban al hombre de condición acomodada».

El dictamen pericial de los doctores antes indicados señalaba lo siguiente:

«Cadáver de hombre que representa tener de 24 a 26 años, moreno, con el pelo negro, formando en la región frontal un tupé de grandes dimensiones, con la barba crecida y el bigote al parecer recientemente cortado con tijeras. Viste traje de tela azul, teniendo desabrochada la blusa. Lleva puestos calcetines color café y alpargatas nuevas, de tela verde, ojetes dorados y planta de cáñamo. En el centro del tórax presenta una herida penetrante, al parecer de arma de fuego, con orificio de entrada de centímetro y medio aproximadamente de diámetro. Los bordes de un color negruzco como de quemadura de pólvora. De esta herida se desprende pequeña cantidad de sangre ya coagulada que corre a lo largo del pecho. La camisa está manchada de sangre. En el dedo medio de la mano derecha

y en la parte izquierda de la primera falange, hay una pequeña erosión, al parecer no reciente. En el pómulo puede verse una equimosis; en la frente una pequeña erosión; otra de mayores dimensiones en el labio inferior, próxima a la barbilla. Los ojos los tiene entreabiertos. En los órganos genitales manifiesta padecer blenorragia y con un suspensorio como preservativo de la orquitis».



El cadáver de Morral fotografiado en el Buen Suceso

En la bolsa de viaje de Morral se encontró medicación para tratar la sífilis.

Como expone María Torres en *Periodismo Alternativo*, en el sumario 220/1906 existen cuatro fotografías que, tras un estudio científico llevado a cabo por un comité de expertos, encabezado por la doctora en Medicina Legal y Forense María del Mar Robledo Acinas, por el criminalista Javier Durán, por José Romero Tamaral, un experto investigador criminal y por el criminalista Ioannis Koutsourais, demuestran que Morral no se suicidó con la citada pistola Browning.

Este arma no se acredita en el sumario, tan solo se menciona. El calibre de la Browning puede ser de 7,65 o de 9 milímetros. El orificio en el pecho de Mateo Morral tenía un agujero de un centímetro y medio de diámetro (ver fotografía). Se podía, razonablemente, descartar el suicidio y que el disparo fuera hecho a bocajarro o a quemarropa, ya que el disparo parecía haberse realizado a más de metro y medio de distancia.

El sumario llevado a cabo por el juzgado especial del distrito de Buenavista, bajo la dirección del Juez Manuel del Valle y Llano está lleno de irregularidades. A lo largo de muchos de sus folios al anarquista se le llama Moral, Morrals o Morán, no señalándose su nombre exacto hasta muy avanzado el procedimiento.

En varias jornadas de junio de 1907 tuvo lugar el juicio por el magnicidio frustrado. Ferrer Guardia es encausado, acusado de enviar dinero en un cheque a Nakens para sufragar los gastos de Mateo Morral, pero nunca se pudo probar este hecho y es absuelto. Se condenó a nueve años de prisión a José Nakens y a Bernardo Mata, por haber facilitado la huida de Mateo Morral. Fueron indultados con sospechosa rapidez un año después, con ocasión del primer cumpleaños del príncipe de Asturias en 1908 por el gobierno de Antonio Maura, a raíz de una campaña de prensa que suscitó un clamor popular a su favor, dentro y fuera de España, basada en la publicación de artículos del propio Nakens, quien aseguraba que solo había ayudado a Morral por humanidad, y relatando las terribles condiciones de su vida en la cárcel.

Ferrer fue considerado por un Consejo de Guerra —sin pruebas concluyentes— el responsable de la revuelta de 1909 conocida como la Semana Trágica de Barcelona, condenado a muerte y fusilado en Montjuich el 13 de octubre de 1909. Tal vez Ferrer pagó en 1909 su más que probable implicación ideológica en el intento de regicidio de 1906.

Baroja en sus memorias *Desde la última vuelta del camino* insiste en que quien realizó los preparativos para el traslado de la bomba Orsini de París a la frontera fue Nicolás Estévanez (1838-1914). Republicano federal histórico, había sido gobernador civil de Madrid con la primera República, y con Pi y Margall en

la presidencia ministro de la Guerra durante dieciocho días. En mayo de 1906, llegado a Barcelona para embarcar hacia Cuba, se reunió con Alejandro Lerroux, quien apareció en compañía de Ferrer Guardia y Mateo Morral, por lo que muchos sospecharon que Estévanez había introducido en España la bomba, tal y como opinaba Baroja; acogido a su exilio en París no fue molestado por la policía española ante la endeblez de las pruebas contra él.

8.3 CONSPIRACIÓN

Hoy en día, algunos autores insisten en que Morral no fue sino el instrumento de una conspiración que nació dentro del propio sistema político de la Restauración, ya que, si no se suicidó fue porque interesaba su muerte para evitar que revelara conexiones de altos vuelos. Así, la muerte de Alfonso XIII hubiera supuesto la subida al trono de su pequeño sobrino, hijo de su hermana fallecida María de las Mercedes, con lo que el infante don Carlos, padre del niño, hubiera sido elevado a la condición de regente del reino. El padre del infante, Alfonso de Borbón-Dos Sicilias, conde de Caserta había tenido en el pasado conexiones con el carlismo español, lo que hubiera implicado abrir una etapa política de involución y de aproximación a los postulados del tradicionalismo. Pero el conde de Caserta abandonó sus conexiones carlistas en 1888 reconociendo a Alfonso XIII, vivía retirado en Cannes, alejado de toda actividad política, y su hijo don Carlos siempre mantuvo su fidelidad y proximidad personal con Alfonso XIII, desempeñando funciones representativas por encargo del monarca. Don Carlos nunca tuvo apetencias de poder mientras duro la sucesión interina de su hijo, y en 1907 obtuvo la venia del rey para casarse con la princesa Luisa de Orleans con quien creó una segunda familia. Por tanto, esta teoría queda desacreditada por completo, aunque la existencia de un complot fraguado en las cocinas del poder de la época no resulta, hoy por hoy, descabellada.

8.4 EL MONUMENTO

En la revista digital *Pasión por Madrid* de 7 de abril de 2010 se nos recuerda la existencia de un pequeño monumento conmemorativo de las víctimas del atentado, que se encuentra en la plazoleta formada por la confluencia de las calles Mayor, del Sacramento y del Pretil de los Consejos, resguardado, a sus espaldas, por la Iglesia Arzobispal Castrense y el Palacio de los Consejos. Se realizó en el año 1963, en sustitución de un conjunto escultórico anterior, mucho más grandioso que el actual, que fue desmantelado durante la Segunda República.

Este primer monumento fue diseñado por el arquitecto Enrique Repullés y Vargas y ejecutado por el escultor Aniceto Marinas. Fue inaugurado en 1908 gracias a la iniciativa de la duquesa de la Conquista. Su núcleo principal era una escultura de la Virgen del Amor Hermoso, cuya festividad se celebra el 31 de mayo. La imagen descansaba sobre un pedestal de grandes dimensiones, formado por tres columnas agrupadas, que simbolizaban al pueblo, al ejército y a la aristocracia. Varios grupos de guirnaldas florales recorrían la vertical hasta alcanzar los pies de la Virgen. En la base, el monumento se ensanchaba para dar cabida a diferentes lápidas, donde estaban inscritos los nombres de los fallecidos. La figura de un ángel custodiaba el pedestal.

Tras su destrucción, los restos de esta obra fueron repartidos por distintos puntos de la ciudad. Algunos de sus elementos, entre ellos las citadas lápidas, se aprovecharon para levantar otro monumento, destinado para el Cuartel del Regimiento de Wad Ras, y otros fueron llevados a los depósitos municipales.

Diferentes partes del pedestal se conservan actualmente en el Parque de Olof Palme, en el Distrito de Usera. El 13 de julio de 1949 el Ayuntamiento de Madrid convocó por fin un concurso para la construcción de un nuevo monumento en recuerdo del atentado. El diseño ganador, firmado por Santiago Otalba Hernández, consistía en un grupo escultórico, integrado por una imagen de la Inmaculada Concepción y dos ángeles sujetando las armas reales, y una cruz de granito oscuro, con aplicaciones de bronce. Sin embar-

go, el proyecto no pudo materializarse, ya que el artista desistió de acometerlo, tal vez porque económicamente no le compensaba el trabajo ante la penuria de la postguerra.



Primer monumento conmemorativo

Hubo que esperar casi tres lustros para llegar al modesto monumento actual, obra del escultor madrileño Federico Coullaut-Valera terminado como ya se dijo en 1963. Increíblemente, hasta 1970 no se colocó la placa de mármol, con la siguiente leyenda conmemo-

rativa: «En memoria de las víctimas del atentado contra SS. MM. D. Alfonso XIII y D.^a Victoria Eugenia el 31 de mayo de 1906». Todo se hizo de una manera desganada, casi mezquina a la vista de los resultados.



El monumento en la actualidad

Durante años, el propietario del negocio ubicado en los bajos de Mayor 84 pagó de su bolsillo la corona de laurel que este caballero colocaba cada 31 de mayo. Cuando este benemérito ciudadano falleció hace pocos años, ya nadie se preocupó ni de la corona ni del monumento. Resulta lamentable que ninguna institución del Estado –Jefatura

del Estado, ministerio de Cultura, Ayuntamiento de Madrid, gobierno regional— haya tenido sensibilidad alguna para honrar la memoria de los españoles asesinados en aquel lugar y que, durante años, se salvara la situación gracias a la iniciativa encomiable de un particular. Por la imagen se puede observar que la lápida es ya casi ilegible.

8.5 ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE EL ATENTADO

Ciento veinte años después, muchos aspectos del atentado del 31 de mayo siguen siendo oscuros. No obstante, de todo lo expuesto hasta ahora podemos aventurar algunas conclusiones:

1.^a El largo recorrido de la comitiva de la iglesia de Los Jerónimos a palacio supuso un riesgo innecesario ya que existían otras alternativas más seguras con recorridos más cortos, como la que ya vimos respecto a la basílica de San Francisco El Grande.

2.^a Teniendo en cuenta la vigilancia a la que estaba sometido Ferrer i Guardia y su Escuela Moderna, incomprensiblemente no se había fichado al personal que en ella trabajaba, como es el caso de Morral, que era el bibliotecario.

3.^a Es de suponer que los dueños de las casas de huéspedes debían ser informantes de la policía. Sin embargo, un hombre solitario que no venía acompañado de familia alguna pudo moverse sin dificultad alguna de la fonda de la calle Arenal a la de Mayor sin que nadie reparase en lo extraño de la situación.

4.^a El ministerio de la Gobernación estaba centrado en la idea de un atentado en el interior del templo, lo que era bien difícil sobre todo tras la eliminación de la tribuna de la prensa. Una vez concluida la ceremonia nupcial, se tiene la sensación de que el ministerio relajó la vigilancia, cuando policías armados debían haber estado presentes en las casas de huéspedes del trayecto y, en especial, en las próximas a palacio.

5.^a Morral no era un lobo solitario. Tuvo cómplices que trasladaron la bomba Orsini a la frontera y, sobre todo, cómplices en Madrid, donde debió existir una célula anarquista que operaba desde semanas antes del enlace.

6.^a Ferrer i Guardia fue el inductor ideológico que actuó sobre la mente ya perturbada de Morral. No se sabe si Ferrer realizó actuaciones tales como supervisar la fabricación de la bomba en Londres o París.

7.^a Queda descartado que Morral se suicidara. Si era de vital importancia conservar su vida para obtener una confesión, cabe suponer que su muerte interesaba no sólo a sus potenciales cómplices anarquistas, sino también a misteriosos elementos que operaban dentro de la estructura gubernamental.

PARTE III
CRÓNICA DE UN FRACASO
MATRIMONIAL

CAPÍTULO IX
Y COMIERON PERDICES...

9.1 UN NIÑO MALCRIADO

Es evidente que no las comieron nunca. Ya que en el capítulo I se han expuesto algunos rasgos del carácter de Victoria Eugenia, pasamos a examinar la personalidad compleja de Alfonso XIII. Nacido rey, entorno a su persona se desarrolló una actitud de adoración, lógica por otro lado, de su madre, que lo consideraba el «niño del milagro», al ser garante de estabilidad y continuidad dinástica. El resto de la familia real, en especial su tía la infanta Isabel, contribuyó a favorecer sus caprichos y ocurrencias, sin que se le inculcara que su posición de rey implicaba, precisamente, disciplina, autocontrol y respeto a unas normas éticas y morales. En un ambiente femenino, sin una figura paterna que pusiera límites a sus antojos, Alfonso XIII fue toda su vida un niño caprichoso que lejos de asumir sus responsabilidades tendía a buscar culpables de sus propios errores.

Su educación fue limitada en el tiempo y pobre de contenidos. Al contrario que Alfonso XII, no experimentó el rigor de escuelas o academias en Europa que hubieran abierto sus horizontes. Sus profesores, la mayoría de los cuales eran militares de alta graduación, le inculcaron el amor al ejército, entendido como un conjunto de ordenanzas, uniformes y rangos; a la patria, cuya historia era concebida por sus educadores como una colección de hazañas y gestas repetidas hasta la saciedad, que evocaban en el niño una nostalgia imperial, acentuada por el ambiente depresivo de la derrota del 98, y a la religión, definida como el cumplimiento superficial de unos ritos. Su educación moral y religiosa fue confiada al padre Montaña, que la ejerció de 1896 hasta 1900: erudito en lenguas clásicas, políglota y ultraconservador, unos artículos contrarios al

partido liberal aparecidos en *El Siglo Futuro* motivaron su destitución, pero tuvo tiempo de inculcar en su alumno una desconfianza hacia el sistema parlamentario. Al Alfonso XIII niño se le hizo aprender la Constitución de 1876 de memoria, pero no se le hizo comprender que la limitación del poder regio era garantía de la supervivencia de la monarquía.

Su educación formal terminó con la proclamación de la mayoría de edad a los dieciséis años en 1902. Sus pasiones no incluyeron la lectura, pero sí la caza, las mujeres, los automóviles y los deportes, especialmente los novedosos en la España de la época como el tenis y el golf. A los diecinueve años fue padre por primera vez de un niño, Roger de Vilmorin, que en el futuro sería prestigioso botánico; la madre, Melanie, estaba casada con el aristócrata y también botánico Philippe de Vilmorin, que reconoció como suya la criatura, nacida ocho meses antes de la llegada de Victoria Eugenia a España.

9.2 ¿MATRIMONIO DE AMOR?

Se ha extendido la idea de que los novios contrajeron un matrimonio por amor que desafió a la reina Cristina y a las convenciones cortesanas, pero fue en realidad un matrimonio de Estado. El viaje a Londres en 1905 buscaba el enlace del rey con una de las sobrinas de Eduardo VII, y eso es lo que terminó por ocurrir, aunque no se esperaba que Victoria Eugenia fuera la elegida. Antes de la boda transcurrieron apenas seis meses de intercambio de tarjetas postales entre los jóvenes, que nunca llegaron a conocerse, ni a compartir gustos o aficiones. La novia, como una sonámbula, llegó al altar fascinada por un muchacho divertido e ingenioso y el novio lo hizo atraído por una pasión física.

Lo que se esperaba de Victoria Eugenia era que diera hijos varones a la Corona y que soportara en silencio las inevitables infidelidades de Alfonso XIII, que se daban como seguras dada su adicción al sexo. Así hubiera sido, repitiéndose los esquemas del matrimonio de la reina madre con Alfonso XII, pero el drama de la hemofilia destruyó cualquier posibilidad de convivencia en-

tre la pareja. Desde el nacimiento del infante Gonzalo en 1914 el matrimonio estaba roto, sin que coincidieran más que en actos oficiales en los que apenas se dirigían la palabra. En esta situación, Victoria Eugenia cobró conciencia de que su vida tenía una apariencia de brillantez, pero encerraba una condición miserable. Su válvula de escape fue, como veremos, su activa implicación en labores asistenciales que superó el grado de compromiso, más bien formal, de las soberanas de su entorno: tal vez, ya que no podía dar a sus hijos la salud, intentó contribuir a que otros desdichados la tuvieran.

Un factor que causó sorpresa a la nueva reina fue la permanencia en el palacio real de la reina madre. Lo usual y más discreto hubiera sido que la reina María Cristina, ante la llegada de una nueva soberana, hubiera previsto su instalación en otra residencia para evitar equívocos y tensiones innecesarias. Así sucedió en Italia cuando murió asesinado Humberto I como comentamos en el capítulo I: su viuda, la reina Margarita de Saboya, abandonó el palacio del Quirinal, reconociendo así que era el tiempo de que la nueva reina, Elena de Montenegro, estableciera las pautas de la nueva corte, más austera y hogareña en Villa Saboya. Se dijo que el rey Alfonso XIII rogó a su madre que no abandonara palacio, pero lo cierto es que aquella pecó de poco delicada y prudente al provocar la incómoda coexistencia de dos reinas bajo el mismo techo. Dos mujeres que siempre mantuvieron unas relaciones correctas e incluso aparentemente cordiales, pero que no sentían la una por la otra ni simpatía ni cercanía. Incluso la infanta Isabel, que tanta influencia tuvo bajo la regencia en la corte, abandonó palacio una vez proclamada la mayoría de edad del rey, para instalarse en su palacete de la calle Quintana— hoy propiedad del Ejército del Aire— ya que entendía que la próxima llegada de una nueva reina hacía su presencia inconveniente.

Victoria Eugenia pudo, por fin, tener casa propia cuando el ayuntamiento de Santander entregó al rey, el siete de septiembre de 1912, las llaves del palacio de la Magdalena. Proyectado por los arquitectos Riancho y Bringas, el palacio y la península del mismo nombre fueron donados, por suscripción pública, al rey

a título particular, es decir, a don Alfonso de Borbón, quedando el conjunto segregado del Real Patrimonio al ser propiedad particular del monarca. A la reina le agradó el estilo del edificio, de resonancias inglesas de estilo tudor victoriano; en 1913 a través de su mayordomo mayor, el duque de Santo Mauro supervisó la decoración interior con mobiliario estilo renacimiento y georgiano inglés, adquirido en su mayor parte en la casa Mapey de Bilbao. Defuit y Teijeiro diseñaron las vidrieras, Fernández Amiana se encargó de la pintura decorativa y Balbás de los azulejos. Las tallas de madera en pasamanos, puertas y artesonados de techos fueron obra de Terrojo, Roig y Lucas y Perfecto Martínez. Este palacio fue durante dieciocho años el lugar de los veraneos regios, pero también para Victoria Eugenia una creación propia que reflejaba sus gustos y personalidad: solía referirse al palacio al estilo montañés, como «la casuca», lo que demuestra el cariño que siempre le tuvo.

Amargó por muchos años a Victoria Eugenia en la corte la situación de su prima Beatriz de Sajonia Coburgo, conocida como Bee. Como se dijo en el capítulo I, Bee, que era su mejor amiga y confidente, conoció en la boda real de 1906 al primo del rey, Alfonso de Orleans, Ali, hijo de la infanta Eulalia. La pareja se enamoró y, finalmente contrajo matrimonio en Coburgo en 1909. Con la excusa de que Ali no había solicitado la venia del rey, que era menor de edad y que la novia no se había convertido al catolicismo, la pareja tuvo que exiliarse en Coburgo no regresando a España hasta 1912. Se cree que en este destierro influyó la envidia que Alfonso XIII siempre sintió por su primo: por su gran carrera militar, su creciente prestigio en la incipiente aviación española, su preparación técnica como alumno de la Academia de infantería de Toledo e incluso su apostura física. Ali y Bee eran el contrapunto de los reyes, ya que el suyo fue un matrimonio feliz, con tres hijos sanos, Alvaro, Ataulfo y Alfonso (muerto en la guerra civil). Finalmente, Ali fue rehabilitado en 1912, pero Bee, ya infanta de España tuvo que soportar las insinuaciones de Alfonso XIII, que fueron siempre rechazadas. Ello motivaría un segundo destierro de la pareja a Berna en 1916, donde Ali nominalmente fue designado agregado militar.

Para la reina fue motivo de gran tensión y de discusiones con su esposo esta coyuntura, que la privaba de su prima, su mejor apoyo en aquellos momentos, sintiéndose Victoria Eugenia impotente para frenar las intrigas y la maledicencia de la corte contra Bee. Finalmente, Ali y Bee, para alivio de Victoria Eugenia, pudieron regresar definitivamente a España después de la primera guerra mundial: Ali siguió desempeñando una gran labor en Marruecos y Bee se volvió más prudente y precavida en la corte. Las dos primas, a pesar de estas circunstancias, siempre mantuvieron su vínculo emocional. Así, después de la salida de la reina el 15 de abril de 1931, Bee quedó en Madrid, encargada por su prima de trasladar a París en un tren ambulancia a la agonizante infanta Isabel. Ali, siempre fiel a su primo a pesar del mal comportamiento de éste, lo acompañó a París vía Cartagena-Marsella.

Otro factor que ahondó la división del matrimonio fue la presencia en la corte de José Saavedra y Salamanca, II marqués de Viana, nieto como Villalobar de Ángel Saavedra, duque de Rivas y sobrino nieto del marqués de Salamanca. Hombre de gran riqueza y propietario de extensas fincas en Córdoba y Jaén, Alfonso XIII lo conoció antes de su mayoría de edad en la escuela de tiro de Carabanchel. Los dos hombres compartían dos grandes pasiones, la caza y las mujeres, y Viana terminaría siendo nombrado por el rey gentilhomme de cámara y montero mayor, convirtiéndose los dos en inseparables. Al principio la reina parecía sentir agrado con la presencia de Viana, y éste la adulaba y le enviaba con frecuencia ramos de flores de su palacio de Moratalla, conocido como el «versalles cordobés», pero pronto se esparcieron rumores de que Viana ejercía de alcahuete del rey, facilitando en las partidas de caza que organizaba en sus fincas su relación con mujeres de toda índole. Por otro lado, la inquina del rey hacia su esposa fue compartida por el marqués, que también sostenía que Victoria Eugenia había introducido la enfermedad de la hemofilia en la familia real española, ocultándola para conquistar a Alfonso XIII. Sea como fuere, reina y marqués se demostraron en los inicios de los años veinte una fuerte antipatía; los rumores de que Viana, por encargo de Alfonso XIII estaba sondeando a la Santa Sede para lograr la anu-

lación del matrimonio regio corrieron como la pólvora y afectaron, como era de esperar, a Victoria Eugenia. Es cierto que, al margen de rumores, Viana no fue una buena influencia sobre el rey: en 1922, cuando toda España estaba conmocionada por la tragedia de Annual y se estaba formando el expediente Picasso, el rey en secreto viajó con Viana a Deauville, la famosa ciudad balneario francesa creada por el duque de Morny, disfrutando de varias semanas de diversión con alcohol y mujeres. La presencia del rey en Deauville fue descubierta por casualidad por unos periodistas norteamericanos y el escándalo en España fue enorme, apodándose a Alfonso XIII el «héroe de Deauville». Finalmente, en 1927 la reina y el marqués tuvieron en palacio una fuerte discusión y esa misma noche Viana falleció, oficialmente de un ataque de uremia, aunque algunos cortesanos mantuvieron que a causa de la impresión que le causaron las duras palabras de la reina.

9.3 ENTORNO Y CEREMONIAL CORTESANO

A su llegada a España, Victoria Eugenia tuvo que afrontar el rígido ceremonial de la corte española, imbuido de tradiciones importadas de Borgoña, el más severo de Europa después de la corte de Viena. Victoria Eugenia había pasado su niñez en el ambiente austero de su abuela en los castillos de Osborne, Windsor o Balmoral y no conocía apenas la vida cortesana, ya que la reina Victoria, después de la muerte del príncipe Alberto, se había recluido: apenas pisaba Londres, salvo por grandes eventos como su jubileo de diamante en 1897, y la vida social londinense la lideraba el príncipe de Gales en las mansiones de sus amigos, aristócratas o nuevos ricos, para disgusto de la anciana reina, que consideraba a su hijo y a quienes le rodeaban unos disolutos. Por tanto, Victoria Eugenia no podía imaginar los rígidos mecanismos del protocolo de una corte como la española, que ni era recogida y burguesa como la de la reina Victoria ni festiva como la del *bon-vivant* príncipe de Gales, que ya como rey transformó la decoración del palacio de Buckingham, convirtiéndolo en la corte más brillante y cosmopolita de Europa. Por contra, en 1906 la corte

española, que seguía las pautas de la regencia, seguía siendo cerrada y anticuada en usos y costumbres, sin contacto alguno con el mundo artístico o literario.



Los fastos de la Corte: los reyes en la carroza de la Corona camino de una apertura de Cortes, C.1920

Aunque con el paso de los años la reina Victoria Eugenia ganó confianza y seguridad en si misma y apareciesen nuevos usos que ella impulsó, este protocolo subsistió hasta el derrumbe de la monarquía en 1931. Baste decir que, a principios de aquel año funesto para la monar-

quía, estaban al servicio de la reina 102 damas, todas ellas grandes de España por derecho propio o por matrimonio. No todas ejercían sus labores, por turnos de acompañamiento a la soberana, ya que muchas eran por entonces ancianas —alguna había sido designada en 1874—. Estas damas habían cumplimentado la ceremonia de la «toma de almohada», que se siguió realizando hasta 1931: en ella, por vez primera, una grande de España por derecho propio o esposa de un grande tenía el privilegio de sentarse por primera vez ante la reina, como una prerrogativa especial. La señora que se presentaba ante la reina iba acompañada por una madrina, y una vez que había tomado asiento— en una almohada de color carmesí—conversaba unos minutos con la soberana. El secretario de la mayordomía mayor expedía un certificado que acreditaba que la dama había cumplimentado el curioso ritual, probablemente herencia de la corte castellana y con cierta influencia hispanoárabe.

Entre sus damas, Victoria Eugenia descubrió enemigas, pero también compañeras que la apoyaron incondicionalmente. Se dijo que sintió gran antipatía por Sol Fitz-James, duquesa de Santoña y hermana del duque de Alba, y por Leticia Bosch-Labrús, duquesa de Dúrcal por matrimonio con un primo segundo del rey, Fernando de Borbón y Madán. Ambas damas le devolvieron con creces el desvío, motejando a la reina con epítetos tales como «la pava real» y tachándola de superficial y vanidosa.

Por el contrario, encontró en la duquesa de la Victoria, Carmen Angoloti a una auténtica hermana. Casada sin hijos con Pablo Montesino Espartero, duque de la Victoria y sobrino-nieto del general Espartero, Carmen desde su posición de dama apreció muy pronto las extraordinarias cualidades de su señora. Victoria Eugenia encontró en Carmen el apoyo que, como veremos, necesitó en su labor asistencial tras el desastre de Annual en 1921.

La reina María Cristina había creado la figura de las «damas chicas», mujeres aristócratas que no pertenecían a la grandeza (con lo que, para su alivio, quedaban exentas de la «toma de almohada»), pero que fueron seleccionadas por la reina madre como un grupo más próximo e íntimo que el de las damas de la grandeza. Victoria Eugenia pudo así designar «dama chica» a la malagueña Concepción Heredia Grund. Nieta del prócer malagueño Manuel Agustín

Heredia, creador en el primer tercio del siglo XIX de la siderurgia *La Concepción* en Marbella, Conchita permaneció soltera; era extrovertida e ingeniosa, pero también compartía las inquietudes de su reina, que en 1921 la destinó al hospital militar de Melilla.

Dama grande de España fue la duquesa de Lécera, Rosario Agrela. Condesa de Agrela por derecho propio, Rosario contrajo matrimonio con Jaime Silva y Mitjans, duque de Lécera, en 1919. El padre de Rosario era el empresario granadino Mariano de Agrela y Moreno, que hizo negocios con la caña de azúcar y fue nombrado conde de Agrela por designación de Alfonso XIII bajo la regencia de su madre, la reina María Cristina. No se sabe cuándo los Lécera entraron a formar parte del grupo de predilectos de Victoria Eugenia: en 1919, con motivo de su enlace, los Lécera visitaron a los reyes y en 1926 la duquesa fue designada dama, con lo que en cualquiera de estos años pudo comenzar la relación. Los duques, por su pasión por la moda y su anglofilia eran conocidos como «los elegantes», con lo que estaban en las antípodas de las rancias damas de la corte. Lo cierto es que Rosario y Jaime se convirtieron en indispensables para la reina. Atendían sus pequeñas necesidades— la última novedad literaria editada en Londres, un masajista para su ciática, o la búsqueda de un sanatorio suizo para el príncipe de Asturias—pero sobre todo fueron su paño de lágrimas y los depositarios de sus confidencias más íntimas. La reina parecía depender de ellos prácticamente en todo, algo que al rey empezó a desagradarle, advertido por el marqués de Viana. Es posible que Viana lanzara el rumor calumnioso de que los duques estaban enamorados de la reina, lo que dio lugar en la corte a todo tipo de chismes malintencionados.

Como prueba de su enorme fidelidad hacia la reina, sabemos que la última noche en el palacio real, del 14 al 15 de abril de 1931, el duque de Lécera custodió la puerta del príncipe de Asturias, convaleciente tras sufrir una caída mientras cazaba avutardas unos días antes.

Según cuenta el historiador Gerard Noel en su biografía sobre la reina, un día de principios de 1932 en Fontainebleau, el monarca, enfurecido, se cansó de la continua presencia de los Lécera, que

habían acompañado a su esposa al exilio pagándose sus gastos: «o los eliges a ellos o a mí», espetó. «Los elijo a ellos y no quiero volver a ver tu fea cara en mi vida», contestó siempre según la leyenda Victoria Eugenia, harta de los reproches de su marido sobre haber traído la hemofilia a España, de sus desprecios incluso en público y de sus continuas infidelidades. Los Lécera estuvieron junto a su señora por lo menos hasta 1938, cuando la duquesa de Lécera acompañó a la reina a visitar a su primogénito Alfonso Pío, enfermo en un hospital de Nueva York debido a una hemorragia.

CAPÍTULO X
LA LABOR SOCIAL DE LA REINA
VICTORIA EUGENIA

10.1 CONCIENCIACIÓN DE LA REINA

La reina Victoria Eugenia se centró en lo que hoy denominaríamos labor social, evitando la palabra «caridad», ya en el primer año de su estancia en España. En su nuevo reino se padecían problemas de primera magnitud a los que, hasta entonces, el régimen de la Restauración había sido incapaz de hacer frente. España contaba con dieciocho millones y medio de habitantes, más de la mitad de los cuales eran analfabetos. Según el historiador Javier Tusell, mientras que en Francia el porcentaje de personas que no sabían leer ni escribir era del 24 %, en España era del 63 % y, en algunas regiones, sobre todo en el Sur, se superaba el 80 %. Entre las mujeres las cifras eran aterradoras ya que el 71 % eran analfabetas. Una cuarta parte de los recién nacidos no llegaban al año de vida, y la esperanza de vida se fijaba en los treinta y tres años.

A finales de noviembre de 1906 la reina visitó por primera vez uno de los barrios más miserables de la capital, La Inclusa

El distrito de la Inclusa se situaba al sur de la ciudad, entre los distritos de Hospital y La Latina, llegando al norte al de Centro y al sur a los límites de la ciudad. Por el oeste subía hasta limitar con la calle de Toledo y alcanzaba la calle de la Colegiata y por el este sus límites llegaban a la del Amparo, de Miguel Servet y de Embajadores llegando por el sur hasta la Dehesa de la Arganzuela.

En este barrio, en viviendas insalubres, sin las más elementales condiciones higiénicas, se hacinaban miles de personas, expuestas a todo tipo de enfermedades infectocontagiosas y con graves problemas de malnutrición. La reina lo visitó acompañada de su camarera mayor, la duquesa de San Carlos, que a pesar de su aparente rigidez y severidad prestó un gran servicio a la soberana en sus primeros años en España,

compartiendo con ella sus anhelos de contribuir a una mejora de las condiciones de vida de los marginados de la sociedad. El objetivo inicial era visitar en el barrio la Casa de Maternidad: Victoria Eugenia se quedó impactada con el nivel de pobreza que vio.

Después de asistir al II Congreso Internacional contra la tuberculosis que se celebró en el sanatorio de Nuestra Señora de las Mercedes, en San Sebastián, la reina tomó conciencia del enorme problema causado por esta enfermedad. Por iniciativa suya se organizó en esta ciudad una colecta pública —la fiesta de la Flor— para recaudar fondos para crear dispensarios antituberculosos. En 1913 se celebraron fiestas de las Flores en Madrid y Bilbao y en los años posteriores la fiesta se extendió a toda la geografía española.

Después de estos primeros pasos en San Sebastián para luchar contra la tuberculosis, la reina impulsó la creación en Madrid de varios dispensarios públicos, como el de María Cristina, en la calle de Goya, y la fundación de los sanatorios de Humera y Valdelatas. Como nos cuenta Alexia Olga Aguado Rodríguez, de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, el actual hospital de Cantoblanco es la adaptación del antiguo Sanatorio Popular Antituberculoso Victoria Eugenia, ubicado en el monte de Valdelatas, en la zona noreste de la Comunidad de Madrid. Este hospital se construyó alejado de la ciudad, para evitar la propagación de la enfermedad y aislar a los enfermos en espacios saludables; su emplazamiento en plena naturaleza, en el Monte de Valdelatas, era un lugar idóneo y fue el primer hospital para enfermos tuberculosos en Madrid. El recinto se inauguró el 25 de mayo de 1917, bajo la protección del Real Patronato Central de Dispensarios e Instituciones Antituberculosas, institución benéfica presidida por la reina Victoria Eugenia.

El Sanatorio Popular Antituberculosos Victoria Eugenia fue concebido como un hospital en el que los pacientes tenían un fácil acceso a la naturaleza, pues el tratamiento habitual consistía en el reposo, baños de sol y de aire puro. El edificio constaba de grandes salas de atención, con numerosas camas disponibles; en ellas grandes ventanales dejaban entrar la luz y una gran terraza recorría todo el edificio de un extremo a otro, lo que permitía el paseo de los enfermos.

A lo largo del siglo xx, la generalización del uso de antibióticos permitió tratamientos eficaces contra la tuberculosis y quedó en desuso la principal función del Sanatorio Victoria Eugenia, que comenzó a acoger otros servicios.

En la actualidad se encuentra integrado en el complejo del Hospital Universitario La Paz, con diferentes servicios; además, forma parte también del Centro Nacional de Investigaciones Clínicas y de Medicina Preventiva, dependiente del instituto Carlos III. Cabe destacar, en relación a su antiguo uso clínico, que cuenta con una unidad de Aislamiento Respiratorio, que es centro de referencia en la Comunidad de Madrid.



Sanatorio de Valdelatas en la época de su apertura, imagen de los fondos del Instituto de Biología y Sueroterapia

10.2 LA CRUZ ROJA Y LA GUERRA DE MARRUECOS

Nos cuenta Antonio Manuel Moral Roncal en su estudio de 8 noviembre de 2022 que, durante las campañas militares desarrolladas en el norte de Marruecos de 1909 y 1911, la reina patrocinó todo tipo de actuaciones destinadas a la recaudación de dine-

ro para ayudar a los heridos y a las familias de los fallecidos en acción de guerra, sobre todo de aquellos provenientes de los estratos sociales humildes.

Aunque la Cruz Roja Española se había creado en 1864, es la guerra de Marruecos la que la impulsa en nuestro país gracias a la labor de la reina. Las bases para su reorganización fueron aprobadas por un Real Decreto de 16 de enero de 1916, aunque los estatutos de la sección española no serían promulgados hasta el siguiente año. En dicho decreto se declaró expresamente que el rey ejercería la jefatura suprema de la sección, pudiendo delegarla en su esposa; el rey la asumiría siempre en caso de guerra. Administrativamente, la sección dependió de los ministerios de la Guerra y Marina y, en lo tocante a cuestiones internacionales, del de Estado. Quedó legislado que la ley de presupuestos del Estado destinaría 50.000 pesetas a la institución, cantidad que fue invertida en obligaciones del Tesoro para cotizar en bolsa. Paralelamente, se nombraron todos los altos cargos que debían asumir las misiones de inspector, contador, tesorero y secretario general. La reina logró el derecho a nombrar al representante de la Asamblea Central de Damas.

A partir de entonces, Victoria Eugenia fue la presidenta de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja hasta 1931, lo cual le permitió ayudar a los más desfavorecidos, impulsar una modernización de la asistencia sanitaria y contactar con una red de personalidades que actuaran en beneficio de la Cruz Roja. De esta manera, la reina estimuló los primeros trabajos de la Asamblea Central femenina impulsando el cuerpo de Damas Enfermeras –todas voluntarias– pero también promoviendo la necesidad de organizar otro de enfermeras profesionales. Para estas últimas, Victoria Eugenia creó una nueva escuela de enfermería a la altura de las mejores de Europa, la Escuela de San José y Santa Adela en 1918. No sólo presidió la comisión para su creación, sino que, con la ayuda de un comité de expertos, Victoria Eugenia impulsó uno de los programas de formación de enfermeras de más altura técnica en Europa. En el primer año, las señoritas enfermeras se examinaban de: anatomía, fisiología, sepsia y antisepsia, instrumental quirúrgico y de

laboratorio, química, patología, microbiología, alcoholismo, tuberculosis y puericultura. No se centró solo en la capital: en 1921, por ejemplo, viajó hasta Sevilla para ver los tres centros que tenía allí la Cruz Roja, y unos años más tarde se desplazó hasta Hospitalet de Llobregat, en Cataluña, para ver el dispensario.



Victoria Eugenia con el uniforme de enfermera de la Cruz Roja, durante su visita al Hospital de San José y Santa Adela. *La Esfera*, 19.11.1921

Tras el desastre de Annual, en el verano de 1921, la reina se involucró mucho más en las tareas de promoción de la labor de la Cruz Roja española. Impulsó la presencia de enfermeras –bajo las órdenes de la duquesa de la Victoria como vimos anteriormente– en Melilla y en otros puntos del Protectorado, gestionó la compra de material sanitario para los hospitales con ayuda de algunas embajadas españolas en Europa, visitó a los heridos y convalecientes en diferentes hospitales desplegados por la geografía española e hizo lo posible para que, con su asistencia en fiestas y celebraciones, se recaudara la mayor cantidad posible de dinero para los heridos y enfermos de las campañas africanas, cuya duración se extendió hasta 1927. La reina tuvo la fortuna, como quedó dicho, de contar con las grandes dotes

de la duquesa de la Victoria como enfermera, pero sobre todo como organizadora. Carmen Angoloti era la candidata idónea para encabezar la expedición humanitaria impulsada por la reina Victoria Eugenia en el norte de África durante la Guerra del Rif. Tras Annual la reina encomendó a Carmen la organización de los hospitales de campaña para atender a los soldados españoles heridos. Como señaló Isabel Cendoya en *La Razón* del 14 de octubre de 2022, la duquesa fue nombrada Inspectora General de los Hospitales de Marruecos, y se trasladó al Protectorado, junto con María del Carmen Merry del Val, María Benavente Barbará y Conchita Heredia. Su labor se concretó en la apertura de varios hospitales en Tetuán, Larache, Ceuta y Arcila, así como en la puesta en marcha de los hospitales de campaña necesarios para atender a los heridos en batalla como el Hospital de la Cruz Roja de Melilla.

Siguiendo instrucciones de la reina, la duquesa organizó un nuevo sistema de hospitales y normas básicas que pudiesen atender de manera más adecuada a los militares. Las más importantes fueron: una eficiente clasificación de los heridos, un cuidado renovado para los soldados que hubieran necesitado operaciones y mejoras en la alimentación y la higiene. Con esto, logró inaugurar dos hospitales en tan solo dos años, ambos en Melilla e incluso dos más, provisionales, en los siguientes años

10.3 OTRAS LABORES SOCIALES DE LA REINA VICTORIA EUGENIA

Junto a las demandas que planteaba la campaña de Marruecos, Moral Roncal nos recuerda que la reina continuó visitando y fomentando la labor, por ejemplo, del asilo de San Rafael en la capital. Refundado en 1892 como refugio para niños raquíticos y escrofulosos pobres, su capacidad pasó de 25 a 120 camas en las que se atendieron a miles de enfermos con tumores blancos, mal de Pott, raquitismos y parálisis infantil. También aceptó, entre otras muchas, la presidencia del Patronato de Ciegos que le ofreció el gobernador de Madrid, mientras el rey cedía 75.000 pesetas obtenidas como indemnización por una expropiación para que se construyera un edificio para albergar obreros sin trabajo y hogar en la capital.



Un oficial herido besa la mano de la reina en el hospital de la Cruz Roja, Mundo Gráfico. BNE

Diversas asociaciones solicitaron que Victoria Eugenia las honrara con la presidencia honoraria, como la «Asociación de Señoras de Santiago del Arma de Caballería», que la soberana aceptó al saber que su finalidad era mejorar la vida material y

moral del soldado en campaña. Las infantas Isabel y Luisa, en Madrid y en Sevilla, continuaron apoyando la labor de los sanitarios, con su presencia y actividad en actos en su favor. Paralelamente, la presencia de las mujeres de la familia real en apoyo de otro tipo de instituciones, no directamente relacionadas con la guerra del Rif, continuó, por ejemplo, con la asistencia de Victoria Eugenia a la inauguración de escuelas infantiles y maternidades. La identificación de la familia real con gestos de consuelo y de preocupación, ayudó a construir una imagen positiva de, al menos, sus miembros femeninos durante esa época.

Por último, haremos una breve mención a los orígenes del hospital de la Cruz Roja sito en la avenida de reina Victoria de Madrid. Se remontan al legado testamentario de doña Adela Balboa y Gómez, que dispuso en 1890 la constitución de una Fundación para la «construcción de una casa de salud para las enfermedades contagiosas o variolosas, en la que se admitan criados y criadas de servir en esta Corte». Las obras se concluyeron en 1908, levantándose en el número 24 de la actual avenida reina Victoria un conjunto de cuatro pabellones de planta rectangular, paralelos dos a dos, con una iglesia ubicada en el centro del pabellón principal y con un jardín central.

El edificio se denominó «Casa de Salud San José y Santa Adela», pero no se pudo poner en marcha debido al agotamiento de los fondos fundacionales. Por iniciativa de la reina madre María Cristina, en 1913 se constituyó un Patronato, cuyo propósito era poner en marcha el hospital, dedicándolo a la asistencia de sirvientas y a la atención de los soldados heridos en la guerra de Marruecos. Tampoco ello sirvió para la plena operatividad del hospital.

Por fin, en diciembre de 1918, y gracias a la iniciativa de Victoria Eugenia, un Real Decreto puso el Patronato del hospital bajo la dirección de la Cruz Roja Española, lo que impulsó ya definitivamente su eficaz funcionamiento. En su entrada se levanta en la actualidad un monumento en honor de la duquesa de la Victoria, Carmen Angoloti



La reina Victoria Eugenia con el uniforme de la Cruz Roja. Fuente: Archivo General de Palacio

CAPÍTULO XI

VISITAS REALES

La pareja real, a pesar de su distanciamiento, tenía que dar sensación de unidad en España y en el extranjero. Por ello, fueron numerosas las visitas de los reyes a otras cortes europeas, unas veces por motivos familiares y otras por razones de estado y diplomáticas. En el primer grupo figura el viaje a Gran Bretaña en 1907, el primero después de la boda, para asistir al enlace del cuñado viudo del rey, el infante don Carlos, con la princesa Luisa de Orleans, hija de los condes París. En esta ocasión la reina vería por última vez a su tío, que fallecería en 1910. Finalmente, en 1921, los reyes de los belgas Alberto I e Isabel visitaron Madrid para agradecer la labor de mediación de Alfonso XIII con su «oficina de cautivos» durante la guerra, que benefició a muchos soldados belgas. Los reyes de Bélgica fueron agasajados en el Ayuntamiento de Madrid y visitaron Segovia y Toledo, donde se detuvieron en el Alcázar y la catedral. La visita fue devuelta por los reyes españoles en mayo de 1923, los cuales pudieron examinar las instalaciones del puerto de Amberes. En 1921, como consecuencia de la visita a Madrid de los reyes de los belgas, las dos legaciones de Madrid y Bruselas fueron elevadas al rango de embajadas.

En noviembre de 1923 se produjo la visita a Italia. En aquella ocasión, los reyes viajaron acompañados por el genera Primo de Rivera, aunque la visita estaba programada desde mucho antes de la proclamación de la dictadura por el ministro de Estado Santiago Alba. Era la primera vez que un soberano español realizaba una visita oficial al reino de Italia desde su reconocimiento por Isabel II, abuela de Alfonso XIII, en 1865. La visita se había demorado desde entonces por cuestiones dinásticas —el destronamiento de los borbones en el reino de las dos Sicilias con motivo de la unificación italiana— y religiosas —la llamada «cuestión romana»— Por culpa de salidas de tono

de un siempre indiscreto Alfonso XIII, se produjeron situaciones violentas que tuvieron un impacto, negativo por supuesto, en la prensa española. Así, al llegar a Roma el rey presentó a Primo de Rivera como «mi Mussolini», lo que parecía significar su simpatía por el régimen fascista italiano. En la pomposa ceremonia de recepción por el papa Pío XI a los reyes en el palacio apostólico, el rey pronunció un discurso calificado como «ultramontano», en el que recordaba su título de «rey católico», la labor de España a lo largo de la historia en defensa de la fe y contra la herejía y la voluntad unánime de los españoles de empuñar las armas en defensa de la religión si el papa convocaba una nueva cruzada a la manera de Urbano II. El papa, algo sorprendido ante la vehemencia del rey, optó por acogerse a palabras más conciliadoras y tolerantes. La reina Victoria Eugenia tuvo ocasión de agradecer al Sumo Pontífice la concesión en aquel mismo año de la Rosa de Oro, la más alta distinción que podía obtener una soberana católica de la Santa Sede, y que habían recibido Isabel II en 1868 y María Cristina de Austria en 1886.

La visita fue devuelta por los reyes de Italia en 1924, aunque para decepción de Primo de Rivera no fueron acompañados de Mussolini. En honor de Víctor Manuel III y la reina Elena se celebraron recepciones en palacio, función de gala en el Teatro Real, paradas militares en el paseo de Rosales y visita a San Lorenzo de El Escorial.

En territorio nacional nos vamos a detener en una muy significativa visita de la real pareja a Ceuta y Dar Riffien, una vez producido el desembarco de Alhucemas en 1925. Seguimos lo expuesto en *El Faro de Ceuta* por Enrique Abuín el 5 de octubre de 2022.

El miércoles 5 de octubre de 1927, Ceuta se engalanó ya desde el amanecer y se elaboró un bando para que la ciudadanía participara activamente hasta el punto de que todos los edificios importantes se iluminaron, incluida la fortaleza del monte Hacho, y el arrendatario de Tabacos Ceuta puso a disposición de las autoridades 100.000 cajetillas de puros y 5.000 de cigarros habanos.

El día 4 de octubre, los reyes partieron de Madrid en tren especial. También salió el entonces jefe de Gobierno, Miguel Primo de Rivera, en un rápido hacia Algeciras, donde se recibió con toda la pompa a Alfonso XIII y a Victoria Eugenia. Tras el recibimiento

oficial, las autoridades acompañaron a sus majestades a embarcarse en medio de una gran expectación.

A las once en punto el buque Vicente Puchol entraba al puerto ceutí seguido del Jaime I, en el que venían los reyes. A la vez que los barcos llegaban a la ciudad, tres escuadras de aviones e hidroaviones pasaron por el cielo. El muelle de La Puntilla se dispuso con alfombras rojas para hacer los honores. Las autoridades esperaron allí a la numerosa expedición, y el acorazado Alfonso XII lanzó unas salvas a la ciudad contestando a las baterías del Monte Hacho.

Cuando el acorazado Jaime I hizo presencia la multitud estalló en «vivas». El presidente de la Junta Municipal, José García Benítez, fue el primero en recibir a los reyes junto al general Sanjurjo y los generales Berenguer y Souza así como otras personalidades. Acto seguido, Alfonso XIII pasó revista a las tropas y montó en un automóvil descapotable para el desfile por la ciudad antes de partir hacia el acuartelamiento de Dar Riffien, a seis kilómetros de Ceuta, la cuna de La Legión.

En el trayecto de Ceuta a Dar Riffien también hubo muchos vítores hacia los monarcas con arcos florales y pancartas repartidas por el territorio. A la llegada al cuartel, Victoria Eugenia entregó al Tercio de Extranjeros la Enseña Nacional de los Caballeros Legionarios que fue recepcionada por el coronel Sanz de Larín. Tras la entrega se bendijo la bandera, se ofició una misa y se presentó a los reyes al Jalifa de la zona; a continuación, tuvo lugar un desfile de diferentes kábilas de Yebala con preciosos regalos como diez caballos árabes o tapices.

Por la tarde, en torno a las cinco y media, retornaron los soberanos hacia Ceuta, donde Alfonso XIII se dirigió hacia la empresa petrolífera Ybarrola para inaugurarla y Victoria Eugenia hacia el Hospital de la Cruz Roja. A continuación, la pareja se encontró en el Ayuntamiento y después entraron en la Iglesia de Nuestra Señora de África bajo palio con las varas transportada por los concejales.

Todo este recorrido está documentado por las imágenes de Bartolomé Ros, que fue fotografiando todos los pasos de los sobe-

ranos, quienes procedieron a la inauguración oficial del palacio municipal antes de marcharse al acorazado Jaime I, donde hicieron noche y se dio la cena oficial.



Los reyes en Dar Riffien reciben el homenaje de las Kábilas y del Jalifa, fotografía de Bartolomé Ros (recogida en El Faro de Ceuta, 5 de octubre de 2022)

Al siguiente día, el 6 de octubre de 1927, los reyes hicieron un esperado y emotivo viaje a Tetuán (entonces capital del Protectorado Español) y por la noche se les dio una cena de gala en el Ayuntamiento. Tras la cena partieron a la Hípica y una hora después emprendieron el viaje hasta la ciudad de Melilla.

Fueron jornadas que parecieron el cenit del reinado: tras veinte años de guerra, el protectorado estaba pacificado gracias al desembarco de Alhucemas de 1925, y los reyes pudieron entrar triunfalmente en Tetuán, tan vinculada a la historia de España desde la guerra de 1859-1860. Todos los sacrificios y la sangre derramada de españoles parecía tener una recompensa y un premio al heroísmo. Pocos podían pensar que, en apenas tres años y medio, aquella monarquía iba a desvanecerse en el polvo de la historia.

Finalmente, la presencia de los reyes en la Exposición Internacional de Barcelona y en la Iberoamericana de Sevilla fue el canto del cisne del reinado. La de Barcelona tuvo lugar entre el 20 de mayo de 1929 y el 15 de enero de 1930. La familia real se alojó en el recién construido palacio de Pedralbes, pero como espacio de representación de la Casa Real y de recepción de invitados extranjeros se construyó el palacete Albéniz. El palacio nacional hizo las veces de pabellón de España y en sus interiores se habilitaron espacios como despachos para los reyes y un salón del trono (actual restaurante del museo de Arte de Catalunya).

La Iberoamericana fue inaugurada el 9 de mayo de 1929 y fue clausurada el 21 de junio de 1930. Se realizó para dar muestra del hermanamiento entre España, Hispanoamérica, Estados Unidos, Portugal y Brasil. La Semana Santa de 1930 coincidió, por tanto, con la Exposición y los reyes la pasaron en Sevilla. Fue éste el último recuerdo grato de la reina en España, pues a Victoria Eugenia le encantaba la ciudad. Aseguraba que allí «se vivía mucho mejor que en el palacio real de Madrid». Los reyes viajaron junto a las infantas Beatriz y Cristina y su hijo, el infante don Jaime. En la mañana del Jueves Santo, los reyes y las infantas asistieron a la celebración de los oficios en la catedral y, después, y los infantes presenciaron el desfile de las cofradías.

En plena celebración de las Exposiciones, tuvo lugar en enero de 1930 la dimisión de Primo de Rivera, y clausurada la Iberoamericana, en agosto de 1930 se firmó el llamado pacto de San Sebastián entre las fuerzas opositoras al régimen monárquico. Los fastos dejaban paso a oscuros presagios.

PARTE IV

LA CREACIÓN DE UNA IMAGEN

CAPÍTULO XII
EL REY DE LOS FOTÓGRAFOS

12.1 LOS ANTECEDENTES

Durante el reinado de Isabel II se descubrió el valor propagandístico de la difusión de una concreta imagen de la familia real, como compendio de las virtudes burguesas y de la felicidad conyugal. Ello, evidentemente, estaba muy lejos de la realidad, pero la Corona se sirvió de eminentes artistas para extender esta ficción, hasta los años cincuenta del siglo XIX mediante la litografía y el grabado, y a partir de finales de la década de los cincuenta mediante la fotografía. Artistas como Alonso Martínez, Fernando Debás y el infante Sebastián Gabriel nos legaron extraordinarios ejemplos de la captura de imágenes de Isabel II, el rey consorte y su prole. En un principio, estas fotografías tenían un consumo interno en la real familia y sus allegados. Será Charles Clifford el que, ya desde las primeras visitas regias durante los años de la Unión Liberal, tome las primeras instantáneas de las ciudades honradas por la presencia de la reina: de calles engalanadas, monumentos célebres, arcos triunfales y desembarcos. Su trabajo era insertado en libros conmemorativos que, a la manera de crónicas, nos narran los trayectos y gloriosas entradas de Isabel II —Asturias en 1858, Baleares, Cataluña y Aragón en 1860, Andalucía en 1862, Extremadura en 1865—. Así, se entregaban a la reina lujosos álbumes que compendaban textos y fotografías, con destino a la real biblioteca. Sobre la base de las fotografías de Clifford se compusieron litografías con mayor difusión gracias a la prensa de la época.

En la época del sexenio revolucionario, la fotografía desempeñó un importante papel político en la propaganda del joven rey Alfonso XII, mediante la reproducción de imágenes en la prensa dinástica.

Habrá que esperar al cambio de siglo para que comience la gran difusión de fotografías de miembros de la familia real: estamos ya ante una producción de imágenes a escala industrial, ante el interés que suscitó en el público la nueva familia real constituida por la boda de Alfonso XIII. La tarjeta postal, con retratos regios en el anverso, fue el medio ideal de propaganda dinástica entre 1906 y 1925, en línea con lo ya hecho por otras casas reales europeas.

12.2 FRANZEN

El dan s Christian Franzen (1863-1923) fue, sin lugar a dudas, uno de los fotógrafos más destacados del panorama madrileño desde finales del siglo XIX hasta 1920. Su estudio en la calle Príncipe 11 fue un centro artístico de primer orden y sus fotografías son el ejemplo más destacado de belleza, calidad técnica e innovación artística. Sus secciones en la revista *Blanco y Negro* (*Estudios fisionómicos*, *Madrid de noche* y *Fotografías íntimas*) fueron justamente célebres y el empleo del flash de magnesio le permitió captar ambientes nocturnos, que recoger  en su obra de 1898 *Salones de Madrid*. Autotitulado *el rey de los fotógrafos*, su producción sirvió de gran apoyo propagandístico a otro rey, Alfonso XIII, con un reinado marcado por el progresivo declive del sistema político de la Restauración, la aparición de nuevas fuerzas políticas que no se integraron en el régimen de 1876, las crisis derivadas de Marruecos, el impacto de la Semana Trágica de 1909, los dos magnicidios de Canalejas y Dato en 1912 y 1921, la huelga general de 1917 y el colofón marcado por el golpe de Estado de 1923. A lo anterior se sum  una tragedia familiar por las enfermedades de tres hijos varones y una crisis matrimonial que concluyó con el alejamiento íntimo y emocional de los reyes.

Nada de esto aparece en las fotografías de Franzen, que gracias a su talento artístico nos transmite la imagen de los reyes plenos de majestad: su habilidad consigue incluso embellecer a Alfonso XIII (lo que no es necesario con la radiante belleza de la reina Victoria Eugenia). De los infantes niños hace un tratamiento dominado por su ternura hacia la infancia, sin que se reflejen dolores ni enferme-

dades: la idea principal es que cuatro hijos varones aseguran la continuidad dinástica y el futuro de la institución monárquica. Llama la atención que en las imágenes de Franzen no aparezcan nunca posando juntos los reyes; Franzen hizo montajes de fotografías previas de los reyes, cuyas imágenes solían combinarse con las del príncipe de Asturias, sin que los resultados fueran siempre óptimos, ya que se advertía, por la distancia emocional de los retratados, que esas tarjetas eran el resultado de una operación del estudio para la yuxtaposición de negativos.

En 1971, con el cierre definitivo del estudio Franzen, RTVE adquirió la mayor parte de los delicados negativos, muchos de ellos en placas de cristal. Las fotografías que reproducimos en este libro proceden del álbum de tarjetas postales conservado en la Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid.

Franzen consiguió lo que ningún otro fotógrafo en su posición había logrado, que la Casa Real le permitiera comercializar los negativos de los retratos oficiales mediante la tirada, a gran escala, de tarjetas postales con la corona real estampada en la imagen. Franzen necesitaba de los buenos oficios de una fábrica de producción masiva de las tarjetas y la encontró en la casa Guilleminot, cuyo sello aparece en el reverso de las imágenes que a continuación reproducimos. En 1858, Gustave Guilleminot (1830-1895) fundó una fábrica de productos fotográficos en París (placas de vidrio, colodión, papel salado o albúmina, bandejas de revelado, lentes, etc.). Rápidamente se expandió y abrió una fábrica en Aubervilliers, pero esta fue destruida durante la guerra franco-prusiana. Restableció un pequeño taller en París y luego, con la ayuda de su hijo René, desarrolló el negocio y lo trasladó en 1892-93 a Chantilly, a una antigua hilandería. Tras décadas de éxito y reconocimiento mundial, la fábrica Guilleminot no pudo resistir la competencia de gigantes como Kodak y Fuji y cerró sus puertas en 1991.

Se muestran en este libro las tarjetas postales producidas en esta casa francesa

La comercialización de estas tarjetas postales en Madrid se llevó a cabo, principalmente, en el establecimiento de la calle Arenal conocido como Palomeque, tradicional tienda de artículos religio-

sos, tarjetas postales y soldaditos de plomo fundada en 1873. Por desgracia, todo eso ha desaparecido: Palomeque echó el cierre el 26 de mayo de 2018.

A continuación, reproducimos algunas tarjetas postales impresas sobre negativos de Franzen:



Alfonso XIII



La reina Victoria



La reina Victoria



La reina con Alfonso, Jaime y Beatriz



Alfonso, principe Asturias



Infante Jaime



Infanta Beatriz



Infanta María Cristina



Infantes Juan y Gonzalo



La reina y sus seis hijos

PARTE V

JUICIOS LITERARIOS

CAPÍTULO XIII
BAROJA Y UNAMUNO

13.1 TERTULIAS DOMÉSTICAS

En 1932 Pio Baroja publicó *Los visionarios* que, junto con *La familia de Errotacho* y *El cabo de las tormentas*, forma la denominada «trilogía republicana» de Baroja, cuya ambientación se sitúa en los meses posteriores al advenimiento de la Segunda República.

En *Los visionarios*, la protagonista, Margot, presta servicios como enfermera en casa del marqués de los Carvajales cuya madre, la anciana condesa de Zurita, está gravemente enferma. En uno de los días posteriores al 14 de abril, tiene lugar en casa del marqués una tertulia, algo escasa en número pues los convidados habituales prefieren encerrarse en casa en esos días de cierta exaltación. A la tertulia acude el médico Fermín Acha —un *alter ego* del propio Baroja— y en ella se habla de los sucesos del momento. Baroja, por boca de los contertulios, formula juicios sobre el rey, la reina y el resto de la familia real, saliendo a la luz temas que, durante veinticinco años, habían estado cubiertos por un manto de silencio.

Sobre Alfonso XIII, Baroja emite una catarata de juicios despectivos que hoy nos parecen, al tener más perspectiva histórica, injustos en su mayor parte pero que, en 1932, eran representativos de la opinión que sobre el monarca tenía la burguesía intelectual de la época: una burguesía liberal y progresista que no podía ocultar el desagrado y un sentimiento de frustración sobre la actuación del monarca. Ese sentimiento se centraba en la figura de Alfonso XIII, verdadero chivo expiatorio de la ira nacional, no tanto sobre la institución monárquica. Podría decirse que los contertulios seguían el parecer del político conservador Sánchez Guerra, que en un célebre mitin celebrado en el teatro de la Zarzuela se calificó a sí mismo de «monárquico sin rey». A continuación, exponemos la parte de la novela en la que se

desarrolla la tertulia. Los epígrafes son añadidos al texto para mejor estructurar el contenido:

1. EL REY, HOMBRE VULGAR Y EGOÍSTA

«Ya se sabe. Ahora todo lo que ha hecho el rey es malo –dijo el marqués.

– Se le critica por todo –añadió el duque–. Y, sin embargo, a mí me parece que es natural y lógico que el pueblo tenga afecto por su rey.

– Antes sí lo era –contestó el doctor–. Ahora no lo es. ¡Qué se va a hacer! Cada tiempo tiene sus dogmas. Hoy no se acepta un rey o un emperador más que si es hombre de talento o afortunado para su pueblo.

– Pero no todo el mundo es talentudo y hombre de éxito.

– Cierto; tampoco todo el mundo es rey.

– ¿Y usted cree que el rey era un hombre apasionado? –preguntó la marquesa.

–No. Don Alfonso era hombre frío, indiferente a la reina, indiferente también con relación a las demás mujeres. Algunos devaneos pasajeros, que en su posición de sultán eran facilísimos y nada más. El rey tenía los gustos y las inclinaciones de un señorito de la burguesía. Anduvo con una cupletista tonta, insignificante, que en Cuba, según dicen, estuvo liada hasta con los negros; se enredó con una cómica vulgar. Era, y perdonen ustedes que les diga, esencialmente un cursi. ¿Se puede convertir un palacio en una casa tan ramplona como aquella, si no tiene uno un fondo de vulgaridad y de plebeyez? Porque allí hasta se comía mal –añadió el médico, que sin duda era un *gourmand*.

– Ah, sí. Detestablemente –repuso la marquesa–. El pobre Juanito Pío me decía una vez en un castellano chapurrado de italiano: *Sempre polo, sempre polo en questo palazzo*.

– ¿Qué quería decir con *polo*? –preguntó el duque.

– Pollo.

– ¡Ah, ya!

– No se puede hacer nada más chabacano ni más pobre con tantos medios –agregó el médico–. ¡Qué habitaciones interiores en el palacio! ¡Qué alcobas! ¡Qué cuarto de baño! Ni el señor Custodio, de Madrid, enriquecido en los pellejos o en los ultramarinos; ni el

señor Puchol, de Barcelona, del ramo de géneros de punto, arreglan su casa de campo de una manera más cursi.

– ¿Qué quiere usted? No sabían más –dijo el marqués.

– ¡Qué miseria! Tenerlo todo y no poder hacer nada. No conseguir ni siquiera tener un amigo verdadero, porque no lo tenía.

– Es verdad.

– Las dificultades nuestro rey las resolvía encerrándose en su cuarto y paseándose allí horas y horas con el cigarro en la boca.

– Él, sin duda, creía así pesar mejor el pro y el contra de las cosas –replicó el duque.

– Era un error suyo.

– A mí no me parece mal el hombre reconcentrado –dijo Roberto.

– A mí tampoco –repuso el médico–. La mayoría de los hombres se reconcentran y a veces se subliman por los instintos no satisfechos. El erotismo, el orgullo, el deseo de poder y de gloria, concentrados y no saciados saltan como el agua en una presa o refluyen hacia su origen, y el enamoradizo se convierte en un místico o en un poeta, y el soberbio, en un explorador o en un hombre de ciencia. Pero ¿en qué puede convertirse un egoísta vulgar a quien la vida le da con abundancia no lo que pide, sino más de lo que pide? No se puede convertir más que en una momia, en una rama seca y hueca, que parece que puede tener algo dentro, pero que, en realidad, no tiene nada.

– Le encuentro a usted muy severo, doctor –dijo tristemente el duque.

– No, yo busco determinar el caso. El hacer un diagnóstico, si no certero, aproximado. En el rey no ha habido, ni hay, vida interior; únicamente gestos pegadizos, frases superficiales, nada. Todo le estaba permitido, todo era lícito para él; nadie le contradecía, todo lo que hacía era perfecto. No ha afrontado ningún peligro deliberadamente. Si se ha encontrado con algún peligro por su alta posición no ha ido a él, le ha salido al paso como al que le cae un rayo.

– Creo que es usted un poco injusto.»

2. EL REY, PETULANTE Y COBARDE

«– Creo que no. El rey no ha tenido nunca una decisión valiente; pero él se cree valiente. Se ha hecho su máscara a fuerza de petulancia y de jactancia. Cree que si fuera militar sería un héroe, cuando es egoísta, y rastrero. Cree que su padre era un gran capitán, cuando era un señorito insignificante. En una interviú que

celebró el rey con un periodista inglés días antes del cambio de gobierno le dijo que España era monárquica y católica y que no habría revolución. “¿Y si la hubiera?” –le preguntó el periodista. “Si la hubiera, yo me pondría al frente de mi ejército y derramaría por las instituciones hasta la última gota de sangre”.

– Sí; esas son baladronadas de mal gusto.

– El rey dijo, y muchos le oyeron, esta frase: “Si pierdo el reino, lo perderé en la calle”; y cuando ve el peligro inminente echa a correr como un conejo, se escapa como puede y deja a su mujer y a sus hijos metidos en Madrid, en el Palacio, rodeados de una multitud hostil, en una situación verdaderamente horrorosa.

– Sí, eso también a mí me ha parecido muy mal. Yo no me siento valiente, pero jamás hubiera huido de una manera tan fea – saltó el marqués.

– Le han aconsejado –repuso el duque.

– Él es muy capaz de zafarse de todos los consejos que le puedan dar. El hombre, cuando comprende que todo su valor es una farsa, que la máscara va dejándole al descubierto la cara verdadera para todos y hasta para él mismo, se muestra cínico. El pueblo durante mucho tiempo no le odia. Le cree más simpático de lo que es. Supone que es un golfillo calavera que se divierte y no le ve seco, egoísta, mezquino, preparando su fortuna como un avaro.

– Pero usted no puede creer que toda la culpa sea suya –dijo el marqués–; es un hombre que ha vivido gran parte de su vida aislado, encerrado, vigilado.

– Cierto. Su infancia produjo muchas preocupaciones y temores. Se aseguraba que su padre murió tuberculoso y se temía que la enfermedad apareciera en él. Por eso doña María Cristina le tuvo constantemente en la Casa de Campo y en El Pardo.

– Y él dicen que aseguraba que los historiadores del porvenir le llamarían el “rey conejo” –saltó Roberto.

(...)»

3. LA DESCENDENCIA DE LA PAREJA

«¿Y los hijos de nuestro rey?

– Han tenido mala suerte. El príncipe de Asturias, el hemofílico, parece que mostraba cierta crueldad. Para él era un gran placer matar conejos o pichones. Los palaciegos se los ofrecían

para que él los matara a tiros. Este sadismo es frecuente en los degenerados; por lo que dicen los historiadores, don Carlos, el hijo de Felipe II, a quien los historiadores y escritores protestantes quisieron pintar como un héroe, entre ellos Schiller, parece que era también así.

– ¿Y el mudo?

– Dicen que es también un turbulento, un vesánico. El mudo decía en el tren, al marcharse, a un pollo de San Sebastián, con aire vengativo: “Ahora, haceos todos *bizkaitarras*”»

4. LA HEMOFILIA

«– Y esa hemofilia, ¿qué es? –preguntó la marquesa.

– Es una enfermedad constitucional, un tanto misteriosa.

– ¿Y de qué depende?

– ¡Ah! No se sabe. Se habla de trastornos hepáticos oscuros, de un fermento especial que obra en la sangre, de que los vasos se hacen más quebradizos; pero las causas no se conocen. Se sabe que influye la herencia. Por otra parte, los médicos de los países de la Europa del Sur no tenemos mucha experiencia respecto de la hemofilia, porque los casos vistos son poco frecuentes. Conocemos la enfermedad más de oídas que por experiencia, y en esa cuestión estamos casi a la misma altura que los profanos. La hemofilia les viene, seguramente, a los príncipes e infantes de la reina Victoria de España. Un médico austriaco me aseguraba que a los Battemberg les provenía la enfermedad de la familia polaca del conde de Hauke. Una de las mujeres de esa familia, abuela de la reina Victoria, casó de una manera morgánica con un príncipe de Hesse.

– ¿Y qué clase de enfermedad es? ¿A quiénes ataca?

– Es una enfermedad de gente del Norte, pálida, descolorida, poco pigmentada por falta de sol. Hay escasa hemofilia en los países del Sur, aunque, sin embargo, se encuentra en los indios y en los gitanos. Yo he tenido algunos casos.

– ¡En los gitanos! ¡Qué extraño!

– Esta enfermedad del príncipe de Asturias debe de tener el mismo origen que la del último zarevich.

– Ahora que aquí no teníamos ningún Rasputín.

– Parece que lo siente usted, querido Roberto –indicó el doctor.

– Era un tipo magnífico.

– Por lo menos muy pintoresco.»

5. EL REY, HOMBRE SIN PALABRA

«— El rey tampoco creo que se parezca al zar Nicolás —dijo el marqués.

— Nada. Aquel era un cándido apasionado y alcohólico. El nuestro es todo lo contrario; es un hombre de temperamento pobre, seco y sin expansión, lleno de pequeñas perfidias. Alfonso no cree en los hombres; cree que todos son unos pobres majaderos que fingen como él. No cree en las mujeres, y menos en las extranjeras. Un profesor de la Universidad le dice que él también está casado con una inglesa, y el rey le contesta: “Pues está usted aviado”. El rey no cree tampoco en las ideas; en cambio, cree en un Dios hecho exclusivamente para él, para un Borbón Habsburgo, a quien él puede conquistar un poco y engañar otro poco poniendo sus rodillas huesudas en el suelo de la capilla real. El personaje es chismoso y malintencionado como pocos, no cabe duda. A un aristócrata pontificio bilbaíno le prometía rehabilitar su título en España siempre que le veía. Luego no lo hacía, se reía y disfrutaba con eso. Sentía también una gran satisfacción en mortificar y rebajar a las gentes humildes, a sus empleados o a los alabarderos; así ha resultado que la mayoría de los alabarderos y de los empleados de Palacio eran republicanos. ¿Se comprende esto? No, no se comprende sin que haya una razón de antipatía, de falta de gracia y de humanidad en el rey.

— Sí, si yo no lo dudo; tenía muchos defectos —dijo el marqués—; ¿pero ¿quién no los tiene?

— Alfonso XIII se ve que creía que las fórmulas lo son todo. No comprendía lo que podía haber debajo de ellas. Hombre sin palabra, le parecía lícito engañar; creía solo en la superficie de las cosas. Con algunos hombres de fama se hacía el pequeño, pero luego se burlaba de ellos. Era un ventajista, un señorito de casino, con una mentalidad de charrán. Estaba acostumbrado a la vileza de la gente, a que un primer ministro hiciera de perro debajo de la mesa para divertir al príncipe de Asturias.

Engañaba a los políticos. Después de la Semana Sangrienta de Barcelona, cuando Ferrer fue preso, estaba deseando suprimirlo. Ferrer, como pensador y como pedagogo, era un hombre mediocre, superficial, nulo, es evidente; pero como político, por su valor y por su decisión, era muy peligroso para la Monarquía. Por otra parte, todo el mundo sabía que en la Semana Sangrienta él no tuvo participación alguna, principalmente porque los republicanos no lo querían. En

cambio, la tuvo, y grande, en el atentado de la calle Mayor cuando la boda de Alfonso XIII. El rey estaba deseando condenar a muerte a Ferrer. Sin embargo, disimuló, consiguió que sus ministros Maura y La Cierva defendieran a ultranza el fusilamiento, y él, que era el que tenía más interés en matarlo, aparentó que no lo indultaba por la imposición de sus consejeros.

(...)

– Alfonso es un chulito, como su padre; un mangoneador y un cominero. Nunca se hubiera olvidado de los tiquismiquis de la política. Este rey fantasma, este rey momia, de cartón piedra, con gustos de burgués petulante y con unas queridas de saldo que parecían patronas de casas de huéspedes, no nos alegraba la vida a los españoles.

– En España quizá ha quedado mal, pero en el extranjero tenía mucho cartel –dijo el duque.

– ¡Bah!

– Ahora mismo los periódicos extranjeros le elogian mucho.»

6. EL REY, HOMBRE SUPERFICIAL EN SUS JUICIOS

«– ¿Pero eso qué valor tiene? Son las mismas gentes que creen que las españolas llevan la navaja en la liga y que los grandes de España son toreros. Esa opinión no tiene ninguna importancia. Alfonso XIII ha sido uno de tantos valores falsos que dependía en parte de la utilidad. Inglaterra y Francia prefieren que España no se mueva, que sea un país hidalgo, un país solo de historia, un país neutro. ¡Y qué mayor neutralidad que la Monarquía nuestra y un rey como Alfonso! El rey tenía acerca de la política europea unas ideas muy primarias. Superficial en sus juicios, creía a Francia débil porque no veía debajo de este pueblo de tranquilos burgueses un imperialismo terrible, científico, el único imperialismo auténtico europeo de nuestra época. Creía en el Kaiser porque le parecía que la guerra era cuestión de bigotes, de uniformes, de sables y de paso militar. Durante el conflicto europeo, decía con una malicia estólida: “Como Borbón me entiendo con los franceses; como Habsburgo y por mi madre, con alemanes y austríacos”. Le parecía que la guerra era cuestión solo de arrogancia. El general Silvestre, un sargentón alto, moreno, de cara siniestra, le parecía el prototipo del militar. Silvestre le decía: “Descuide Su Majestad, yo avanzaré”. Y cuando avanzaba por tierras de Marruecos poniendo el

pobre tinglado armado por los políticos españoles en peligro, el rey le telegrafiaba: “Olé los hombres”.

– Pero ese es el sentimiento general de la gente –dijo el duque–. Todo el mundo cree que la guerra es así, una cuestión de valor y hasta de imprevisión.

– Que lo crea un menestral puede estar bien, ¡pero un rey!

– Hay que decir que pensaba como el pueblo.

– Pensar como el pueblo, en la mayoría de los casos es una prueba de tontería, de bellaquería. Durante los primeros años de la Dictadura, don Alfonso decía: “Así vamos bien”. Y no comprendía que se iba hundiendo. Admiraba el fascismo porque Mussolini se le presentaba con su aparato de gestos, de frases y de lugares comunes. Mirándolo todo de una manera superficial, decía que el suplicio del garrote era un suplicio benigno, más humano que los demás, porque no dejaba sangre. ¡Como si al que le matan le importara mucho manchar o no con su sangre el pavimento! Cuando la condena de Galán, no veía ni comprendía la ebullición popular, y mientras jugaba al ajedrez en Palacio, decía: “Ese es asunto fallado y resuelto; que no me hablen de indulto”. En todo tenía la idea del que no ve más que las formas.

– Eso creo que le pasa a la mayoría de la gente –dijo Roberto–, incluidos los reyes.

– Cierto; pero es que hoy los altos cargos exigen mayores capacidades que antes, porque no están apoyados en la efusión popular. El rey había llegado a creer –prosiguió el doctor– que apariencia es lo mismo que realidad. Cuando iba a visitar ciudades españolas se contentaba con ver un pueblo amañado, falsificado. Se sentaba sobre el mismo trono que el día anterior, adornado con unos tapices siempre los mismos, traídos unos días antes de Madrid. No se le ocurría pensar qué habría debajo de aquella guardarropía protocolar, qué pueblo sería aquel que no veía más que a lo lejos.

– Tiene que ser difícil. Para eso se debe tener mucho talento –dijo el marqués–, ser un Enrique IV, un Federico de Prusia.

– Para él, lo mismo daba parecer que ser; buscaba el aplauso de todo lo que consideraba fuerte y pudiese llevar a la popularidad; adulaba a los periodistas, a quienes íntimamente despreciaba. Creía que un ejército falso, débil interiormente, mal organizado, podía ser una máquina poderosa, y que con él bastaba para tener un gran país y una defensa para su persona y su familia. Ha podido ver cómo el ejército le ha abandonado con desdén. Como variaba de uniformes a cada momento, creía que era un gran militar, un gran marino, el primer

agricultor, el primer republicano, etc., etc. Esta eterna ficción llega un momento en que se descubre y quiebra por todas partes.

– Pues nos ha fastidiado –saltó la marquesa.

– No era capaz de un sentimiento generoso ni de una resolución enérgica. Desconfiado, egoísta, vengativo en pequeño, creía que conocía a su pueblo y lo suponía muy tonto. No se le ocurría, cuando iba a cazar al coto de Doñana, en tiempo de la guerra de Marruecos, que a poca distancia, al otro lado del Estrecho, se batían los jóvenes españoles por una cosa que no les importaba nada, que no era popular y que no podían ver con gusto que ellos iban al matadero, a un matadero estúpido, sin grandeza, mientras el rey se divertía tirando a los conejos o a las liebres.

– Pero eso ha pasado siempre –dijo el marqués.

– Ciertó; pasaba antes, y parecía natural y no se notaba; ahora que en nuestros tiempos se ha notado. El espíritu popular era otro.

– ¿Y usted cree que es por su torpeza por lo que la gente le odia ahora? –preguntó el duque.

– Yo creo que la gente le hubiera admirado si hubiera sido un tirano un poco alegre e histriónico; por lo menos, hubiera tenido sus partidarios; pero era un funcionario triste, con aire de enterrador, quizá con un complejo de humillación, a pesar de su posición alta, tipo sin alegría y, naturalmente, sin popularidad. El mismo Fernando VII, un hombre encanallado, solapado y falso, tenía más gracia que Alfonso XIII. Físicamente no era tampoco atractivo. Tenía una voz gangosa, desagradable.

– El tipo estaba bien, era alto, esbelto –dijo la marquesa.

– Se parecía al retrato de Carreño de Carlos II *el Hechizado*.

– Viéndole en las instantáneas con su labio belfo y la boca como un agujero negro, no tenía ningún gran aspecto –dijo Roberto.

– Pero era fuerte –dijo la marquesa.

– Sí, era fuerte –replicó el doctor–, pero con algunos estigmas de degeneración. Ese belfo de los austriacos, de la familia de los Habsburgos, se ha dado en todos los decadentes de la familia.

– Este era un pequeño Felipe II seco y melancólico, que quería pasar por hombre amable –observó Roberto.

– Pero aquel rey comprendía a su país y a su tiempo, y este no –repuso el doctor–. A veces no sabía ni ser atento. A un famoso novelista valenciano recién llegado de América lo iban a llevar a Palacio. El hombre era vanidoso e hinchado de su importancia, con ínfulas aristocráticas disimuladas, como todos

los republicanos. Había comido en el Nuevo Club con unos personajes palatinos con la satisfacción de la plebeyez triunfante, y al día siguiente esperaba en el hotel a que le avisaran para ir a Palacio. El rey no recordó la cita, y el novelista, ofendido en lo más profundo de su espíritu de burgués, se fue más republicano que nunca.

– ¡Qué torpeza! –dijeron todos.

– En el fondo, a don Alfonso, como a un pequeño Calígula, le molestaban todas las superioridades. Le presentan en casa del duque de Alba a un profesor de filosofía, y, ofendido de que hubiera una superioridad que no fuese la suya, le dice: “Vamos, que se dedica usted al camelo”. Es la plebeyez. Lo mismo hubiera dicho el dependiente de comercio. No puede aceptar que otro sepa lo que él no sabe.

– ¿Y usted no cree que el rey buscó a su manera la felicidad de España? –preguntó el duque.

– Sí, quizá Alfonso XIII aspiró a la simpatía y a la amistad de los españoles; pero probablemente no comprendió que para esto se necesitaba primero conocerlos y luego conocer el país. De esto no se cuidó. Se hizo de sus súbditos una idea falsa y amanerada, y cuando vio que no alcanzaba lo que quería, tomó una actitud mixta de despecho y de chulería.

– Eso es un error más que otra cosa –observó el duque–. Es posible que él creyera de buena fe que, como monarca constitucional, debía llevar a la práctica esa consigna de que el rey reina y no gobierna.

– Eso es una farsa –dijo Roberto.

– En la práctica lo tiene que ser –aseguró el marqués–. Si no fuera así, entre los constitucionales no podría haber reyes buenos y malos.

– Yo, ciertamente –indicó el doctor–, no digo que el rey no quisiera que España tuviera fuerza e importancia, porque a todo el que está en un pedestal le conviene que este sea fuerte; pero en él eso era un deseo nada más. Por poco que hubiera investigado habría visto que los instrumentos de esta grandeza eran falsos, sobre todo el ejército. Había aquí más generales que en Francia o que en Alemania, las compañías tenían a veces más oficiales que soldados; todo era ficticio y sacrificando el país al ejército; el ejército estaba descontento.

– Era difícil ver esto –murmuró el duque.»

7. EL REY CAE CON LA DICTADURA

«— No creo. Solo el buen deseo hubiera bastado. El rey cogió un país propicio para ser gobernado; las colonias se habían perdido, los carlistas estaban olvidados, los republicanos no tenían fuerza, la burguesía era monárquica y los estudiantes de entonces tiraban del coche real cuando el matrimonio de los reyes, como podían haberlo hecho en tiempo de Fernando VII. Únicamente el pequeño territorio de Marruecos español podía dar disgustos, y los dio, y ha contribuido a la caída de la Monarquía. El rey, en estas últimas épocas, se veía que estaba ya desalentado; se pasó media vida dominado por uno de sus favoritos, a quien odiaba, y luego por el dictador, a quien también odiaba como a un preceptor o a un amo.

— Indudablemente el dictador le dominaba —dijo la marquesa.

— ¡Y cómo! El rey consiguió, al fin, echarle la zancadilla, sin comprender que al derribarle se caía también él.

— Al llegar a Cartagena dicen que el rey lloraba —afirmó el duque—. Al desembarcar en Marsella parece que don Alfonso exclamó: “Dejo España, que es lo que más he amado en mi vida”.

— El infierno está poblado de buenas intenciones —repuso el doctor con cierta ironía.»

8. LA REINA, ENTRE LA ADMIRACIÓN Y LA COMPASIÓN

«Y la reina, ¿qué le parece a usted? —preguntó la marquesa.

— La reina es una mujer de un carácter mucho más digno que su marido. Creo que era la única persona noble de la familia. La aristocracia, ustedes lo sabrán mejor que yo, le puso la proa; dijo que era tonta, y de ella salió el mote de “la Pava Real”.

— La verdad es que al principio parecía tonta, vanidosa y superficial —afirmó la marquesa—; luego ya se vio que no.

— A la aristocracia, y perdonen ustedes, le gustaba más el chulo sacristanesco y ventajista que aquella muchacha medio inglesa, medio alemana, un poco cándida. La reina Victoria tiene indudablemente más tipo espiritual de alemana que de inglesa.

— Así lo creo yo también —dijo la marquesa.

— Es una mujer de espíritu romántico, con esa sensualidad alemana un poco difusa. Al principio, de buena fe, estaba enamorada de su marido, y luego dolida de su apartamento. Hubiera podido

ser una reina popular en otro ambiente. No tenía el orgullo exasperado ni la soberbia satánica para ser una madame Veto.

*Madame Veto avait promis
De faire égorger tout Paris.*

tarareó Roberto con el aire de *la Carmañola*.

– La reina Victoria producía el entusiasmo de mucha gente; sobre todo en Francia y en Inglaterra se la admiraba por su belleza. La única persona a quien vi manifestarse contra ella fue a un revolucionario francés llamado Pioch. Había entrado nuestra reina en el Teatro de la Opera, de París, en un palco. Todo el mundo se puso en pie y comenzó a aplaudir con entusiasmo al verla tan guapa y tan rubia. Ella saludó amablemente. Entonces el revolucionario Pioch, hombre grueso, de bigote y melenas, se levantó en su butaca y gritó con voz estentórea: “¡Viva Landrú!”, es decir, viva el matador de mujeres.

– Es una barbaridad, pero tiene gracia.

– La reina no sé si después, como dicen, ha acudido a bailes y a diversiones. En su situación, me parece muy lógico que haya querido aturdirse, olvidarse de una vida tan arrastrada, tan decorativa por fuera e íntimamente tan miserable.

– Podía haberse reportado un poco esa señora –dijo el marqués.

– Pues ¿por qué lo dice usted?

– Yo he visto a la reina y a sus damas, con unos cuantos palacios, en una verbena que tuvieron en una finca del Plantío y, ¡diablo!, aquello no me pareció muy decente. Bailaban al son del organillo de manubrio, a lo chulo, como podía haberse bailado en un baile de cocineras. Comían churros, bebían licores, fumaban ellas y ellos, se decían cosas brutales, las parejas se escondían en los rincones y, al último, algunos y algunas se tiraban pedazos de churro mojados en chocolate al chaleco de los hombres y a los mantones de Manila de las mujeres. Aquello no me pareció nada bien.

– Esas son tonterías –dijo la marquesa.

– ¿Por qué?

– Porque sí. A un sitio de esa clase de diversión se va o no se va. Si se va, hay que hacer lo que hacen los demás. Porque si la reina iba a ir a una fiesta de ese tipo a estar como reina de España y a bailar como la gigante en las fiestas de Zaragoza o de Pamplona, no se divertiría mucho. Al ir a esa verbena, iba como una mujer más, en aquel momento ni superior ni inferior a las otras. Tampoco

iba a hacer una selección de sus damas y de sus palaciegos y a no permitir que fueran a una fiesta de esta clase más que señoras catequistas y señores de la Adoración Nocturna.

– Estoy con usted, marquesa. Tiene usted razón –dijo el médico.

– Yo no lo creo así.

– Pues así es. Además, que las fiestas han variado de nuestro tiempo acá. En nuestro tiempo, una muchacha que enseñaba la pantorrilla era una escandalosa, y estos últimos años las faldas se llevaban por encima de la rodilla, y no creo que las mujeres fuesen ni mejores ni peores que antes.

– Exacto –dijo el médico.

– Yo seré antiguo, pero para mí las formas tienen mucha importancia –repuso el marqués.

– ¿Y sabría la reina Victoria que en su familia existía esa enfermedad de la hemofilia? –preguntó la marquesa.

– No creo. La que evidentemente debía de saberlo era la reina madre. No es posible que en las cancillerías y en los medios diplomáticos se ignorase una circunstancia de tanto bulto. Se asegura que la infanta Eulalia lo advirtió.

– Se dice, sin embargo, que Alfonso XIII tuvo una explicación violenta con su suegra por esta cuestión y que desde entonces riñeron y ya no se hablaban.



El 15 de abril de 1931, camino de la estación de El Escorial donde la familia real cogería el tren hacia París, se hizo una alto en Galapagar. La reina se despidió de los últimos fieles: entre ellos figura Pilar Primo de Rivera

— ¿Y usted cree en esos amores de la reina? —preguntó el duque.

— Yo he oído únicamente que hace unos años la reina tuvo una amistad platónica con un aristócrata. El rey se consideró ofendido y ordenó al aristócrata que desapareciera de España. No quería a su mujer, pero le ofendía aquella amistad.

— Sentimiento muy de español —dijo la marquesa con cierta ironía.

— De español y de todo el mundo —replicó el marqués.

— ¿Y usted cree que la reina estaba encariñada con España?

— Yo creo que sí. Al marcharse lloraba, y varias veces dijo: “Me habré equivocado quizá, pero mis intenciones han sido hacer el bien”. Creo que tenía razón.»

13.2 EN LA PENÍNSULA DE LA MAGDALENA

En agosto de 1934, Miguel de Unamuno compuso su *Cuaderno de la Magdalena*, una serie de evocaciones en prosa poética y verso inspiradas por el ambiente de aquel hermoso rincón de la península de la Magdalena en Santander, junto al palacio real,

En uno de los pasajes, Unamuno evoca la figura de la reina exiliada, en los siguientes términos:

«También ella, Ena, soñaría desde este mirador maravilloso en su vaga e inocente niñez, en la isla de Wight, en el sosiego entre las brumas y las espumas del canal. Las olas, éstas que hacen cabri-las, vendrían a sus pies —a los pies de sus miradas— como sirenas anglicanas, susurrándole en su lengua maternal —el inglés es un susurro marino— viejos cuentos bíblicos de su niñez solitaria. La mar le desplegaría sus olas con la misma serenidad que en la primera aurora y bizmándole con recuerdos de las serenas auroras de su niñez —con sus brumas y sus espumas— le calmaría dolores de madre y de mujer. La mar sin una arruga sobre su frente azul, la mar serena. No siempre.

(...)

La mar tiene sus galernas y pierde la serenidad. Como las tiene el pueblo. Y esto hubo de sentirlo Ena —luego Victoria— cuando un día oyó el rumor del oleaje del pueblo en revuelta, que no revolución. Ya antes, apenas al pisar tierra de España, el día mismo en que iba a compartir el trono, oyó el estampido de la barbarie y llegó a salpicarle la sangre. Y aquel estampido salvaje debió reteñirle en adelante. Con el susurro de estas olas, de estas sirenas anglicanas, que venían a morir al pie de sus miradas, que debía recibir el resón agorero de aquella bomba de la calle Mayor de Madrid. Era para vivir en espíritu, ausente de toda patria terrenal.

(...)

Cuando desde aquí, desde esta atalaya de la Magdalena de Santander, la pobre Ena —luego Victoria— oyendo a las sirenas anglicanas se distraía de sus pesares regios, algunas veces le llegaría el retintín de los susurros palaciegos, de camarillas que decían de crisis y de favoritismos y de enredos. Pero eso no era ni el estallido de la bomba ni el griterío de la asonada de la des-

pedida revolucionaria. Y hoy los mismos susurros, las mismas camarillas. Sólo ha cambiado el nombre. ¿Renovación? ¿Rescate? Ni lo uno ni lo otro. ¿El pueblo? Es sordo para todos los afiliados a los partidos todos. Ni su tradición es la de los sedicentes tradicionalistas ni su revolución la de los que se dicen –por decirse algo– revolucionarios.

Escribo estas líneas aquí, en el que fue palacio real de la Magdalena y hoy es la sede de la Universidad de Verano y las escribo frente a la mar en cuya frente no han dejado arrugas los siglos y trayendo en mi alma española el alma de mi pueblo sordo a programas, sean de renovación o de rescate».

EPÍLOGO (1934-1944)
MUERTE Y RESURRECCIÓN

Ricardo Mateos Sainz de Medrano nos recuerda que, en el verano de 1934, el rey Alfonso XIII invitó a sus hijas y al infante Gonzalo a pasar las vacaciones en los lagos de Carintia donde, el 12 de agosto, el infante y su hermana Beatriz sufrieron un accidente de automóvil en Krumpendorf am Wörthersee. Las consecuencias fueron trágicas, ya que el infante de apenas veinte años falleció desangrado esa misma noche a consecuencia de una hemorragia abdominal. La reina, avisada, viajó para asistir a su funeral y el infante Alfonso de Orleans, que se encontraba con ellos, escribió:

«la terrible tragedia del pobre Kiki [Gonzalo] ha envuelto de sombras nuestras vacaciones. Lo siento muchísimo por la pobre Beatriz que era quien conducía. Ella no es responsable, pero puedes imaginarte su preocupación».

Esta pérdida ahondó la brecha entre los esposos.

Otra nueva tragedia, la muerte del antiguo príncipe de Asturias, golpeó a los reyes exiliados. Alfonso, conde de Covadonga, falleció desangrado tras un accidente automovilístico en Miami, el 6 de septiembre de 1938, cuando conducía junto a una chica de alterne. Solo y abandonado de todos, únicamente Victoria Eugenia viajó hasta los Estados Unidos para visitar su tumba en el Graceland Memorial Park Cemetery:

«Que tuviera que morir de esa horrible manera —escribía la reina a su prima Beatriz—, tan solo y lejos, sin nadie que le quisiera y que tratase de ayudarle y confortarle al final, es una idea que rompe mi corazón y hace que mi dolor sea más duro de escuchar. Quiero a todos mis hijos por igual, pero sin duda había un especial lazo de amor y de comprensión entre Alfonsito y yo (...).

Desgraciadamente este último año de vida de Alfonsito yo no le escribía con demasiada frecuencia, y ahora me tortura la idea de pensar que creyera que no le quería más».

En cuatro años los reyes habían perdido a dos de sus hijos.

Finalmente, el 15 de enero de 1941 Alfonso XIII abdicó sus derechos en su hijo Juan, que tomó el título de conde de Barcelona. El 28 de febrero, fallecía en sus habitaciones del Grand Hotel de Roma. Siguiendo de nuevo a Ricardo Mateos Sainz de Medrano, ello fue un golpe muy duro para la reina, que en sus últimos días no se había separado de él. Victoria Eugenia confesó a su prima Beatriz en carta fechada en Roma el 4 de abril de 1941 (Archivo Orleans Borbón), lo siguiente:

«Sé que te conduces con nosotros por la muerte de mi pobre Alfonso y que te das cuenta de la tristeza y el lamento en mi corazón por lo que podría haber sido. Fuimos tan felices al comienzo de nuestra vida de casados, y quizá podríamos haber continuado siéndolo de no haber tenido él las maléficas influencias que lo arruinaron todo. Me siento agradecida por haber podido estar con él hasta el final durante toda su espantosa enfermedad, y él parecía tan contento de tenerme cerca suyo. Todas las barreras se cayeron y él fue de nuevo el mismo de siempre. Por tanto, siempre conservaré un añorado recuerdo de sus últimos días en la tierra que me han ayudado a olvidar los momentos dolorosos y amargos. Fue terrible ver como sufría, pero su valentía y su paciencia fueron increíbles y nunca pasó una palabra de queja por sus labios. Este es un momento muy duro porque se los han llevado de nuestro lado con el mundo en estas turbulencias y con los jóvenes hombros de Juan, que reciben la carga tan pesada de las responsabilidades, sin un padre al que poder acudir para ayuda y consejo. Pero él lo habla todo conmigo, le gusta tener mi opinión y es realmente todo cuanto yo pudiera desear que sea».

Atrás quedaban treinta y cinco años de matrimonio, más abundante en momentos amargos que en los felices. No obstante, según las palabras de Victoria Eugenia, la muerte pareció unir a la pareja en el momento postrero.

La princesa Beatriz, madre de la reina, que padecía serios problemas circulatorios, falleció en Sussex el 26 de octubre de 1944; la

reina alcanzó a verla con vida gracias al avión que Jorge VI le envió para trasladarla desde Lausana:

«Llegué allí justo a tiempo –escribía al infante Alfonso de Orleans– y recibí su última y amorosa bienvenida. Dos días después murió y su final fue muy apacible. Era el último vínculo con la feliz época victoriana».

Desparecían seres queridos convertidos en sombras del pasado, hijos, esposo, madre. Comenzaba una nueva etapa para la reina viuda, ya concienciada de que su exilio sería definitivo, pero consciente de que la ausencia del rey le confería un papel de mayor influencia en los avatares de la familia real. Era, como reina madre, la depositaria de largos años de experiencia y sabiduría acumulados. Ya no dependía de terceras personas y era libre para decidir su destino.

ANEXO I
LOS HIJOS DE LOS REYES

1. Alfonso Pío, príncipe de Asturias, nacido en Madrid el 10 de mayo de 1907. Su educación fue muy descuidada, y su estado de salud no le permitió recibir la formación militar prevista para el heredero del trono, aunque cuando alcanzó la mayoría de edad en 1928 se le organizó un acto de jura de bandera. Antes de 1931, se tanteó un posible matrimonio con su prima segunda la princesa Ileana de Rumanía, proyecto que fracasó. El 11 de junio de 1933 renunció a sus derechos dinásticos adoptando el título de conde Covadonga. El 21 de junio del mismo año contrajo matrimonio con la cubana Edelmira Sampedro Ocejo y Robato en Ouchy (Suiza), que fue disuelto el 8 de mayo de 1937 en La Habana. El 3 de julio de ese año contrajo un segundo matrimonio con la también cubana Marta Rocafort y Altarraz, que también terminó en divorcio el 8 de enero de 1938. Alfonso murió en Miami el 6 de septiembre de 1938 en un accidente de coche que, aunque no revistió gravedad le provocó, dada su condición de hemofílico, abundantes hemorragias internas que le causaron la muerte. No tuvo sucesión.

2. Jaime, nacido en el palacio de La Granja el 23 de junio de 1908. Nació con problemas auditivos, y a los cuatro años padeció una infección en los oídos con abundante supuración. Para evitar una posible meningitis, los médicos le fracturaron los huesos del oído interno, por lo que devino sordomudo. Durante diez días, desde el 11 hasta el 21 de junio de 1933 fue príncipe de Asturias en el exilio, hasta que presionado por su padre renunció ese día 21 a sus derechos dinásticos, concediéndosele el título de duque de Segovia. El 4 de marzo de 1935 contrajo matrimonio en Roma con Enmanuela Dampierre, hija del conde Roger de Damperre y de donna Victoria Rúspoli. De este matrimonio na-

ció Alfonso de Borbón Dampierre. El seis de mayo de 1947 un tribunal de Bucarest pronunció sentencia de divorcio de este matrimonio. El 3 de agosto de 1949 don Jaime volvió a casarse en Insbruck con la alemana Charlotte Tiedemann, nacida en Prusia Oriental (Koenigsberg, actual Kaliningrado) el 2 de enero de 1919. Charlotte animó a don Jaime a reivindicar frente a su hermano don Juan su condición de jefe de la Casa Real Española, al entender que su renuncia había sido obtenida con abuso de su buena fe. El infante murió en Suiza en 1975 en extrañas circunstancias, al parecer a consecuencia de las heridas que le causó su segunda esposa en la cabeza de un botellazo, en el marco de una violenta discusión. Los hechos nunca fueron esclarecidos

3. Beatriz, nacida en el palacio de La Granja el 22 de junio de 1909. El 14 de enero de 1935 contrajo matrimonio en Roma con Alejandro Torlonia, príncipe de Civitella Cessi. Con descendencia. La infanta regresó a España en 1950 para una visita a Madrid y Segovia, pero las manifestaciones monárquicas que su presencia suscitó en la capital de España provocaron su inmediata expulsión. Murió en Roma en 2002, siendo la más longeva de los hijos.

El 21 de mayo de 1910 nació muerto un hijo varón que hubiera llevado el nombre de Fernando.

4. María Cristina, nacida en Madrid el 12 de diciembre de 1911. Alfonso XIII intentó su matrimonio con el rey de los belgas Leopoldo III, viudo de Astrid de Suecia, pero el proyecto no prosperó. El 10 de junio de 1940 contrajo matrimonio en Roma con Enrique Eugenio Marone Cinzano, conde Marone. Con descendencia. La infanta murió en Madrid en 1996, donde se encontraba con motivo de una visita familiar.

5. Juan, nacido en el palacio de La Granja el 20 de junio de 1913. El 12 de octubre de 1935 contrajo matrimonio en Roma con María de las Mercedes de Borbón, hija del infante Carlos de Borbón Dos Sicilias y de la princesa de Francia Luisa de Orleans, hija de los condes de París. Don Juan sucedió a su padre en los derechos dinásticos a los que renunciaron sus dos hermanos mayores; él ante su hijo Juan Carlos I terminaría por

renunciar a su condición de jefe de la Casa Real Española en 1977, falleciendo en 1993.

6. Gonzalo, nacido en Madrid el 24 de octubre de 1914. Dotado de gran inteligencia y afición al estudio, estaba previsto su ingreso en la Universidad de Lovaina en la carrera de ingeniero de obras públicas. Sin embargo, falleció en Carintia el 12 de agosto de 1934 al igual que su hermano mayor en un accidente de coche que, aunque no revistió gravedad, le provocó, dada su condición de hemofílico, abundantes hemorragias internas que le causaron la muerte. Parece ser, aunque no se ha esclarecido, que el infante tomaba clases de conducir con su hermana Beatriz, conduciendo él mismo el automóvil y que, para esquivar a un ciclista, la infanta giró el volante chocando el vehículo contra un árbol. No tuvo sucesión.

ANEXO II
LAS JOYAS DE LA REINA

Con independencia de su encomiable labor social, es cierto que la reina Victoria Eugenia fue una apasionada de las joyas, una entusiasta coleccionista. Las joyas eran, seguramente para ella, la compensación de una vida privada y familiar triste y miserable, como si al rodearse de objetos bellos encontrara consuelo y una suerte de talismanes que le infundían seguridad. Para sus enemigos todo ello era la muestra de su codicia y vanidad.

Con independencia de las denominadas *joyas de pasar* (apelativo que les dio la condesa de Barcelona), legadas en su testamento a don Juan de Borbón, su joyero terminaría por dispersarse para financiar su exilio o en otros legados al resto de sus hijos. Fue el suyo el joyero más espléndido de la Corona española junto con el de la abuela de su esposo, Isabel II.

Según nos cuenta Ana Polo Alonso el 20 de marzo de 2022 en *El Independiente*, la imagen más conocida de Victoria Eugenia siempre estará ligada a la tiara *Flor de Lis*, la también llamada tiara Ansorena, por el joyero que la hizo, y que permanece como joya de pasar en la Corona española. Es una diadema que Alfonso XIII encargó para su entonces prometida en 1906, hecha con platino con forma de cestillo con charnelas de flores de lis (símbolo de los Borbones) unidas por hojas de millegrain de diamantes.

Ya fuera de las joyas de pasar, una de las piezas más singulares de su colección era el *parure* de esmeraldas colombianas, un conjunto de collar largo con pendientes, pulsera, broche y anillo. Las gigantescas esmeraldas las heredó Victoria Eugenia de su madrina, la emperatriz Eugenia. En 1858, Eugenia encargó al joyero parisino Eugène Fontenay una magnífica tiara de diamantes y esmeraldas de estilo medieval con formas de hoja de fresa. El resultado fue una majestuosa creación de esmeraldas de talla rectangular.



La tiara de las flores de lis



En la imagen la reina luce el *bandeau* de esmeraldas

Cuando Napoleón III fue derrocado y la pareja tuvo que partir al exilio en 1870, Eugenia se llevó todas las joyas que pudo, incluidas aquellas enormes esmeraldas. Se sabe que vendió algunas en una subasta de Christie's, aunque el paradero del resto fue un misterio durante años.

En 1920 llegaron a manos de Victoria Eugenia. Hay dos leyendas para explicar cómo acabaron en Madrid. La primera cuenta que la emperatriz Eugenia regaló a su ahijada un abanico por su boda en 1906 y que aquélla, pensando que era un obsequio de poco valor, lo guardó en un armario hasta que años más tarde, y por casualidad, miró en la caja y descubrió las esmeraldas. La otra versión es que, en 1920, tras morir la emperatriz, Victoria Eugenia heredó el abanico y, tras unos meses, descubrió en la caja las esmeraldas.

Sea como fuere, Victoria Eugenia se hizo con aquel regalo de valor inmenso e hizo que un joyero español, Sanz, le creara el citado *parure* y también un *bandeau*, una joya muy a la moda en los años veinte, que se lucía en la frente como una banda. Este conjunto seguía en poder de Victoria Eugenia en 1947, cuando lo lució durante las celebraciones de la boda de Isabel II de Inglaterra.

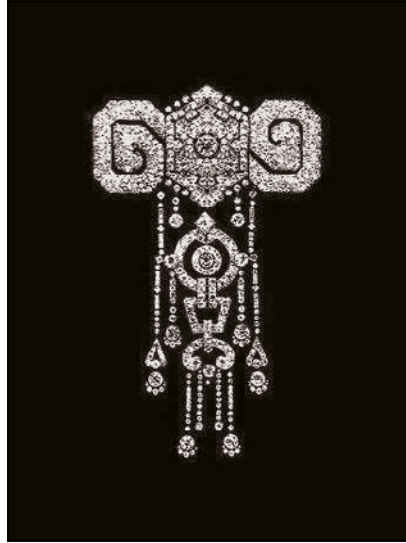
En 1961, ya en el exilio, la reina Victoria Eugenia vendió el *parure* de esmeraldas en una subasta en la casa *Stucker*, en la ciudad suiza de Berna. Se dice que lo hizo para poder pagar la boda de su nieto, el entonces príncipe Juan Carlos, con Sofía de Grecia. El collar fue comprado por Cartier: siete de las esmeraldas fueron trasladadas a un nuevo collar fastuoso, el que el Sha de Persia, Reza Pahlevi, compró para su esposa Farah.

Después de la caída del Sha, el collar se quedó en una caja fuerte del Banco Central de Teherán. Con los años, sin embargo, se pudo comprobar que ahora son propiedad de la *socialite* libanesa Rose-Marie Chagoury.

El fabuloso *corsage* de diamantes fue encargado por Victoria Eugenia a la casa Cartier de París. Consistía en un broche gigantesco que se llevaba a la altura del pecho. El de Victoria Eugenia era rectangular, con grandes espirales a los extremos y del cual colgaban unas formas geométricas de grandes dimensiones. A su muerte, en 1969, el *corsage* pasó a su segundo hijo, el infante Jaime, duque

de Segovia, a pesar de que su madre había estipulado que todas sus joyas que no fueran de pasar se quedaran en manos de sus hijas. Pero Jaime entendió que, legalmente, le correspondían algunas joyas y el *corsage* acabó en sus manos. Su segunda esposa, Charlotte Tiedemann, lo lució para una fotografía oficial tomada en los años setenta. Al enviudar, decidió venderlo en una subasta de *Christie's*, en Ginebra. El actual paradero de la joya es desconocido.

Finalmente, también de París vino la famosa tiara *Chaumet*, otra de las joyas desaparecidas más icónicas. La tiara realizada por Chaumet fue uno de los regalos de boda más importantes que recibió Victoria Eugenia en 1906. Concebida originalmente con diamantes, aguamarinas y turquesas- posteriormente, en algún momento de la década de 1960, las turquesas, que habían perdido su color y brillo, fueron reemplazadas por diamantes- la pieza incorporaba flores de lis y motivos geométricos, y se convirtió rápidamente en una de las joyas más emblemáticas y fotografiadas de la reina. Fue estrenada en una gala en el Teatro Real al día siguiente de la boda de 1906. Pasó a manos de su hija María Cristina, condesa Marone, que la heredó tras la muerte de su madre en 1969. A partir de ese momento, su rastro se pierde. No vuelve a aparecer en actos públicos ni en subastas conocidas. Su paradero actual es desconocido, por lo que se considera una de las grandes tiaras perdidas del joyero real español.



El corsage de diamantes



En la imagen la reina luce la tiara *Chaumet*

BIBLIOGRAFÍA

A lo largo de toda la obra se han citado las fuentes provenientes de prensa y revistas digitales consultadas, con mención expresa de los autores y, cuando se ha dispuesto de la información, de la fecha del correspondiente trabajo.

A continuación, se hará referencia de libros y estudios monográficos que han sido esenciales para la composición de este libro. Llama la atención la relativa escasez en España de obras sobre la figura de la reina Victoria Eugenia, oscurecida por la abundante bibliografía sobre Alfonso XIII y su reinado. Por el contrario, en Gran Bretaña, ya después de la segunda guerra mundial, la reina tuvo su primer biógrafo con Gerard Noel, cuya obra, que sepamos, no ha sido traducida en nuestro país.

EYRE, P., *Ena, la novela*. La Esfera de los Libros, 2010.

GUERRA DE LA VEGA, R. *Madrid, historia de la fotografía*, tomo I, la época antigua. Edición del autor, 2003.

MADARIAGA DE LA CAMPA, B., *Real Sitio de La Magdalena*. Ediciones de Librería Estudio, Santander, 1986.

MATEOS SÁINZ DE MEDRANO, R., *La reina Victoria Eugenia. Un faro en un largo y doloroso exilio*. Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2025.

MONTERO GLEZ., *Pólvora negra*. Planeta, premio Azorín, 2008.

TUSELL GÓMEZ, J. y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G., *Alfonso XIII. El rey polémico*. Taurus, 2002.

Se ha consultado el *Diccionario Biográfico* de la Real Academia de la Historia para las figuras de Mateo Morral, Nicolás Estévez y los duques de Lécera.

En este libro se pretende hacer un acercamiento, desde diferentes facetas, al matrimonio entre Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, del que se cumplen ciento veinte años en 2026. La obra analiza en su primera parte las circunstancias que rodearon la celebración del matrimonio: los antecedentes familiares de la novia, los obstáculos iniciales a la boda, la polémica sobre la enfermedad de la hemofilia y el ceremonial y boato que la rodeó.

En la segunda parte se examina el atentado de Mateo Morral: las pesquisas policiales, los posibles sospechosos, las circunstancias que rodearon la muerte del anarquista y la polémica sobre su supuesto suicidio.

En la parte tercera el libro se adentra en la intimidad de la pareja: su fracaso matrimonial motivado, en gran parte, por la aparición de la hemofilia en el seno de la familia real y por el creciente rencor de Alfonso XIII hacia la reina Victoria, el entorno cortesano y las amistades de la pareja, con malas y buenas influencias. También se mencionan las tareas de representación de la pareja real, con sus principales viajes al extranjero y por España. Por último, la parte tercera también se centra en la labor asistencial de la reina Victoria Eugenia, dominada por dos factores: su vinculación con la Cruz Roja y su implicación en la atención hospitalaria en la guerra de África a raíz del desastre de Annual.

La parte cuarta recuerda la figura de Christian Franzen, que a través de sus fotografías fue decisivo a la hora de divulgar una imagen amable de la familia real.

En la parte quinta, dos de nuestros más brillantes escritores, Baroja y Unamuno, escriben y opinan sin tapujos sobre la real pareja después de 1931.

Finalmente, en el epílogo la propia reina Victoria, a través de sus cartas, rememora hechos trágicos vividos por la familia real en el exilio, así como la muerte de Alfonso XIII en 1941.

